AGUSTINA FERNANDEZ

Novela

RETRATO DE UNA MALA MADRE

BÄRENHAUS

AGUSTINA
FERNANDEZ
Novela
RETRATO
DE UNA
MALA
MADRE
BÄRENHAUS

AGUSTINA FERNANDEZ

Novela

RETRATO DE UNA MALA MADRE

BÄRENHAUS

AGUSTINA
FERNANDEZ

RETRATO DE UNA MALA MADRE

BÄRENHAUS

Fernandez, Agustina

Retrato de una mala madre / Agustina Fernandez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Bärenhaus, 2023.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8449-48-7

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas. I. Título.

CDD A863

© 2016, 2023, Agustina Fernandez

Corrección de textos: Juan José Lanusse

Diseño de cubierta e interior: Departamento de arte de Editorial Bärenhaus S.R.L.

Todos los derechos reservados

© 2016, 2023, Editorial Bärenhaus S.R.L.

Publicado bajo el sello Bärenhaus

Quevedo 4014 (C1419BZL) C.A.B.A.

www.editorialbarenhaus.com

ISBN 978-987-8449-48-7

1º edición: marzo de 2023

1º edición digital: febrero de 2023

Conversión a formato digital: Libresque

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Sobre este libro

—Maté a mi hijo –retumbó su voz en aquel gran baño blanco–. No había

sangre, sólo agua por todas partes. Pero aquella escena fue aún más siniestra

que todas las que me había imaginado. Finalmente, el fantasma que nos

acechaba –y, silenciosamente, nos unía– se apoderó de ella. Yo, ¿me habría

salvado?

La narradora de esta historia descubre que su vecina padece un extraño síndrome que la lleva a enfermar a su hijo y se obsesiona con ella porque siente que algo terrible las une.

Alrededor hay otras madres, mujeres que se alejan o se acercan al ideal de la progenitora perfecta, pero que en todos los casos están avaladas por sus historias.

Esta es una novela cruda y honesta, que indaga en los confines más oscuros de la maternidad sin huirle a ninguna de sus facetas, ni siquiera a las que nadie se anima a mirar.

Sobre la locura, la frustración, la hipocresía y el miedo a la condena. Sobre mujeres que deciden ser madres. Sobre lo irreversible que es el amor.

“El amor maternal no tiene nada de natural: pero, precisamente, por eso, hay malas madres.”

Simone de Beauvoir, El segundo sexo

Sobre Agustina Fernandez

Agustina Fernandez nació en Buenos Aires, el 28 de diciembre de 1981.

Estudió Periodismo y desde entonces trabaja en gráfica. Creadora y directora de la revista Gata Flora y de otros proyectos editoriales, es colaboradora permanente del diario La Nación y de otros medios. En los últimos años se ha descubierto fotógrafa y escritora. Retrato de una mala madre es su primera novela.

Índice

Cubierta

Portada

Créditos

Sobre este libro

Sobre Agustina Fernandez

Dedicatoria

Epígrafe

Nota de la autora

Retrato de una mala madre

Agradecimientos

A las madres maravillosas que me rodean, pero sobre todo a la mía, a quien amo

“Unas encuentran en ella (la maternidad) una felicidad y un beneficio identitario, irremplazables. Otras consiguen conciliar las exigencias contradictorias, mejor o peor. Finalmente hay quienes no reconocerán jamás que no lo consiguen y que su experiencia maternal es un fracaso. En efecto, en nuestra sociedad no hay nada más indecible que esa confesión. Reconocer que una se ha equivocado, que no estaba hecha para ser madre, y que ha obtenido de ello pocas satisfacciones os convertiría en una especie de monstruo irresponsable.”

Elisabeth Badinter, La mujer y la madre

Nota de la autora

Escribí este libro escuchando, cada día, cada hora, la música del compositor estadounidense Philip Glass.

Si se me permite la sugerencia, recomiendo especialmente Metamorphosis: Two, el solo de piano que creo que genera el clima perfecto para leer esta historia.

—Maté a mi hijo —retumbó su voz en aquel gran baño blanco.

No había sangre, sólo agua por todas partes. Pero aquella escena fue aún más siniestra que todas las que me había imaginado. Finalmente,

el fantasma que nos acechaba —y, silenciosamente, nos unía— se apoderó de ella. Yo, ¿me habría salvado?

(…) las exigencias de amor de los niños no tienen medida, requieren exclusividad, no admiten ser compartidas.

Sigmund Freud, Nuevas conferencias

de introducción al psicoanálisis

Ana

A Ana la conocí en la primera reunión para organizar el jardín rodante en Altos del Oeste. Luego de la terapia, los antidepresivos y la ayuda de Juan, mi familia y amigos, por aquel entonces creía haber superado la crisis posparto. Aunque lo cierto era que no me terminaba de esmerar lo suficiente como para que mi relación con Allegra fuese al menos sana. Cumplía impecablemente con mis obligaciones formales como madre: el baño, la comida, la ropa, las visitas al pediatra… pero me fastidiaba su llanto, sus tiempos, que no eran los míos pero a los que debía adecuarme. Me enojaba cuando no podía hacerla dormir, o cuando lograba que conciliase el sueño y la siesta duraba apenas unos minutos. Debo reconocer que anhelaba su presencia cuando no estaba conmigo, pero cuando llegaba, la sola realidad de sus múltiples necesidades, me abrumaba. Lo que extrañaba de ella cuando no estaba conmigo era la idea de tener una hija. Pero no podía librarme de la frustración que me generaba que aquello fuese realidad, ni del miedo a mi misma. Sin embargo creía que lo intentaba y que, incluso, lo estaba logrando.

El trabajo, mi vuelta a aquello que me daba tantas satisfacciones, había sido un gran aliciente. Pero necesitaba allanar más terreno, tener más espacio, más tiempo. Las niñeras nunca me gustaron. Contratar una iba en contra de lo que me había propuesto antes de ser madre, cuando soñaba con una película tan diferente a la que estaba viviendo. Pero eso era antes, cuando creía que me haría cargo de mi hija, que la incorporaría a mi vida y que, sobre todo, trataría de hacer de su infancia lo más feliz que pudiese. Una vez que nació no pude sostener tantos anhelos, se me escaparon para volar muy lejos. El jardín rodante, entonces, me urgía. Además a ella también le haría bien, estaría cuidada, más estimulada y en contacto con sus pares. Hasta entonces la cuidaban sus abuelas, todos los días. Trabajaban ellas para que yo pudiese trabajar.

Cuando Ana llegó, la maestra y yo tomábamos un café en el buffet del

barrio, que la mayoría llamaba “Club House”, aunque lo cierto era que se trataba de un espacio muy venido a menos, que hacía las veces de kiosco, almacén, panadería, parrilla y rotisería con delivery. De “club” no tenía más que la posibilidad de tener una cuenta corriente y de “house”, francamente, nada. Mucho menos se parecía estéticamente a las propiedades que así suelen llamarse en los countries.

Yo había llegado primera y tuve que esperar a la maestra durante media hora. Lo mismo había ocurrido con los mails, la cadena seguía porque yo la remontaba con frecuencia, lo que demostraba no sólo mi interés en la formación del jardín, sino también cierto grado de ansiedad por hacerlo realidad. El resto de las madres, en cambio, no le ponían el mismo ímpetu, por lo que en algún momento me sentí algo inhibida. Aunque seguí.

—Hola soy Ana. Perdón por la tardanza. Inés, mi hija, no me dejaba salir. Se hacía caca o lloraba. Se pone caprichosa cuando tengo que salir, y eso que me voy todos los días a trabajar. No me gusta dejársela así a mi mamá, entonces hasta que la calmo... Perdón —se presentó así, con una disculpa.

De unos treinta y siete u ocho años, vestía jeans, zapatillas blancas de cuero y una remera negra con una estampa de flores. Pelo largo, con colita. Pecas, ojos azules y sonrisa franca. Una chica sencilla, común. Dejó su bandolera de cuerina marrón colgada en la silla y le puso tres cucharadas de azúcar al cortado.

—De la administración me dijeron que me daban un espacio para armar el jardincito —Al final, se animó Eugenia, la maestra jardinera. Pelo largo, negro azabache, ojos saltones, dientes grandes y amarillos. Jeans, zapatillas de lona azul y remera grande rayada—. Pienso poner un albañil a trabajar para dejarlo en condiciones. Voy a invertir en esto.

—Qué bueno —aventuré para incentivarla—. Es más práctico que el lugar sea siempre el mismo y no ir rotando en las casas. Los nenes se van a adaptar más fácil y si alguno quiere faltar es menos complicado por si toca justo en su casa…

—Pero, ¿vos te vas a quedar sola con los nenes en ese espacio? —se preocupó, al contrario, Ana.

—Bueno, sí, aunque la idea es sumar a una ayudante si superamos los cinco nenes.

—Y el lugar, ¿en qué condiciones está? —insistió Ana.

—Tiene mucha humedad y no hay calefacción. Pero traigo al pintor y tengo un caloventor. Tal vez si ustedes tienen alguna estufa eléctrica, la podemos sumar…

—Sí, eso no sería problema. El lugar tendría que estar en perfectas condiciones, sino sería un peligro en todos los sentidos —intervine intentando sacar a flote un costado confiable—. Además habría que armar un botiquín, poner un matafuegos, cumplir con las normas de habilitación que exige un espacio donde se va a desarrollar una actividad con menores. Mi hermano es arquitecto, puede venir a echar un vistazo para orientarnos con la reforma, incluso dirigir al albañil.

Eugenia se mostraba de acuerdo, mientras Ana parecía tener muchas dudas. Y

enseguida supe que esto venía raro, lento, casi imposible. Y, por más desesperada que estuviese por unas horas extra para mí, tampoco dejaría a mi hija en un espacio con humedad, frío y un caloventor al alcance de la mano. Nos levantamos de la mesa porque la maestra nos llevó a ver el lugar y Ana me hizo notar su desconfianza con una mueca. No supe qué hacer y le sonreí. No estaba de su lado, quería avanzar.

El lugar era un desastre. Ahí no dejaría a Allegra. Mucho menos Ana. El resto de las madres, que nunca llegaron, ni siquiera alcanzarían a verlo. Porque lo que siguió a ese encuentro fue también entre Eugenia, Ana y yo, que al final resolvimos hacerlo rodante, en nuestras casas. Dos veces por semana, tres horas.

Una semana en lo de Ana, otra en la mía. Y si se sumaba alguien, bien, veríamos cómo seguía.

La primera semana de jardín a pedido de Ana fue en su casa, un mes después de nuestra reunión. Hacía poco que vivíamos en el barrio y nunca había ido a lo de un vecino. Allegra estaba feliz. Yo también. La cambié linda, le armé una mochilita de oso con una mamadera, pañales y toallitas húmedas. Y caminamos juntas los pocos metros que separaban las casas al ritmo de la canción que de aquel día en adelante le cantaría cada vez que había jardín: “Jardín, jardín.

Estamos invitados, a tomar el té. Jardín, jardín, jardín”. Ella me seguía a los gritos con su habla tardía, que tanto preocupaba a las abuelas. Le gustaba verme contenta.

Abrió la puerta una mujer de unos sesenta y cinco años: la abuela Tuli. Alta, de

abultada melena chocolate, idénticos los ojos y la sonrisa de Ana. Su madre.

Atrás apareció una nena de ojos color turquesa o verde, pero muy claros, sorprendentes. Era Inés, quien sería la inseparable amiga de mi hija.

La casa, de estilo colonial, con muchas macetas y tejas color lacre, dejaba adivinar ya en la entrada a sus dueños: que ponderaban la literatura como algo digno de exhibirse, que no se preocupaban mucho por la decoración o la estética, a juzgar por el eclecticismo mal logrado de sus muebles, y que les gustaba viajar a lugares exóticos. En el recibidor, junto a una biblioteca ubicada justo en el medio de la ventana que daba a la calle, Ana tenía una especie de altar con velas, cintas y souvenirs entre fotos, en las que se la podía ver frente a la torre Eiffel, montada a un camello, con las pirámides de fondo, en un mercado que parecía ser en Marruecos y hasta en la India, paradita delante del Taj Mahal. Sola, siempre.

Conocer a esta mujer alivió bastante mis miedos respecto de vivir en un barrio cerrado. O, al menos, al entrar en contacto con ella entendí que no se trataba de un gueto uniforme que se había atrincherado entre cercos de alambre romboidal.

Ana cultivaba un vocabulario rico, leía mucho y salía a trabajar todos los días.

Tenía una librería en un populoso centro barrial cercano desde hacía diez años.

Allí vendía sobre todo textos escolares, pero también se daba el lujo de contar siempre con las últimas novedades de novela romántica histórica, su gran debilidad, y “para no quedar mal”, como decía, algunos autores de textos fundamentales.

Su madre le cuidaba a Inés, todas las mañanas, religiosamente. Y eso me daba algo de lástima por aquella mujer aún joven, en sus primeros sesentas, que parecía no disfrutar del todo aquel deber. La vida, a esa edad, tiene mucho para dar todavía. Una cosa son los nietos. Pero hay más. Y la mirada de la abuela Tuli reflejaba deseos no cumplidos, quizá acumulados desde mucho antes. Pero Ana parecía ser la niña mimada, única mujer de sus tres hijos, a quien nada podía negársele. Incluso, permanentes agresiones verbales de las que fui siendo testigo con el tiempo. Solapadamente, la primogénita le disparaba: “vos porque estás siempre dejada, desarreglada”, “mamá, no acotes con

nivel de ama de casa", le decía. Y había algo de miedo en sus palabras. Pavor a caer en ese destino, que tal vez le resultaba tan inexorable como íntimamente soñado. Porque Ana se esforzaba demasiado en dejar claro su rol de contribuyente fundamental de la economía familiar, mujer independiente al estilo de la feminista que se le había animado a la maternidad a último momento pero que, a la vez, dejaba entrever

un fuerte costado doméstico.

Las horas juntas, gracias al jardín rodante de las nenas, hicieron que se colaran en nuestras charlas algunas confesiones. Entonces, Ana me contó que había tenido un matrimonio anterior de varios años con el que había perdido un hijo.

La primera vez que tocó el tema no ahondó en detalles y sólo se abocó a las causas médicas del fallecimiento de ese bebé recién nacido. Y desde aquel momento se me presentó una nueva Ana: otra madre marcada por el dolor.

Al mes de conocerla tuve un sueño extraño. Soñé que una tarde que llevaba a Allegra a jugar a lo de su amiga Inés, Ana me presentaba a una amiga de la familia que no había visto nunca. De unos veintipico largos, morocha, flaquita, me llamaron la atención sus ojos claros y lo afectuosa que fue al saludarme, como si estuviese sensibilizada por algo. Al rato, cuando la fui a buscar a mi hija, Ana me abrió la puerta con los ojos llenos de lágrimas mientras, de fondo, la extraña invitada también lloraba sentada en el sillón. Yo la abrazaba a Ana y le decía al oído que ya sabía quién era esa mujer: la mamá de Inés. Sí, me decía ella.

(…) esa mujer invitaba a la invención, dando quizá las claves suficientes para acertar con la verdad.

Julio Cortázar, Las babas del diablo

Valeria

Ojos saltones. Ese fue el resumen que mi veloz, y a veces odiosa, mente fisonomista hizo de su cara. Hago esfuerzos terribles para mirar a los ojos a la gente cuando algo desvía mi atención en su rostro. Pero con Valeria fue muy fácil. Verdes y redondos, aquellos grandes ojos de mirada inquisidora me resultaron caricaturescos, además de intimidantes. Me recorrieron de arriba abajo y viceversa, cual scanner de alta resolución.

—Exoftalmia —me explicó, con cualquier excusa, lo antes que pudo— se llama lo que tengo. Es por un trastorno endocrino. Además, no veo nada. Igual, de la miopía me operé, ¿no te diste cuenta del lente intraocular?

Psicóloga. Cuarenta y tres años. Madre de dos hijos varones: Luca, de cinco, y Marcos, de dos. Coquetería, mucha. Belleza, poca. Casada con un tipo diez años mayor que venía de un matrimonio anterior, Valeria parecía necesitar dar rápido las señales de su vida para que la gente pudiese tener un panorama claro y así poder atar cabos, como lo haría ella en aquellos laberintos de flechas, nombres y adjetivos que construía para los pocos pacientes que decía que atendía y todo aquel que se posara frente a sus protuberantes globos oculares.

La primera vez que la vi fue cuando llevó a Marcos al jardín rodante, a los pocos días de recibir un mail mío en busca de una mayor convocatoria. Justo tocaba en mi casa. Y nunca hubiese imaginado que tras atravesar mi puerta, lo mismo haría con mi vida. Inmediatamente, lo bañó todo con la vista. El nene, que estaba de su mano, se soltó y corrió directo al rincón donde la maestra jugaba con mi hija y la de Ana. Entonces la invité a pasar, a tomar algo. Había que hacer una especie de adaptación esos primeros días. Y aceptó.

Me felicitó por la decoración y enseguida quiso saber todo lo posible sobre mí. A qué me dedicaba, por qué tenía tantos libros, qué hacía mi marido, quién había proyectado la casa, cómo estaba compuesta mi familia, de dónde veníamos y

hasta si hacía gimnasia y de qué tipo. Pero, aunque le contesté todo cual autómata, pareció querer saber más. Hasta que, intimidada, intenté desviar la conversación para incorporar a Ana, que también estaba allí con nosotras.

—¿Saben de alguien más que quiera sumar su nene al jardín? —pregunté de repente.

—No, la verdad es que no conozco mucha gente del barrio pero de los pocos que saludo ninguno tiene chicos de la edad de los nuestros —contestó Ana, a quien mucho no le interesaba traer a su nena, pero se debatía entre cierta necesidad de independencia y su afán sobreprotector, sumado a sus ganas de hacer amigas.

—Sí, puedo conseguir más gente —aventuró Valeria—. Vivo acá desde hace varios años, conozco muchos vecinos y sé quiénes tienen hijos que rondan esta edad. Voy a llamar a algunos y les aviso. Además por

Luca, el mío de cinco, sé de varios hermanitos que pueden venir. Con él nunca participé en los jardines rodantes que me ofrecieron, porque esta modalidad es típica de los barrios cerrados. Luca es obeso —soltó, como si nada. Entonces levanté la vista del diario que ojeaba mientras charlábamos y me la quedé mirando, como esperando más información al respecto—. Fue un bebé obeso y, ahora, es un nene obeso —

prosiguió—. Hice de todo desde que nació, voy de especialista en especialista.

Estuvo internado muchas veces. Pero mejora al principio y luego volvemos a lo mismo. No se puede mover bien, no corre. Intelectualmente es normal, va a prescolar, a un colegio bilingüe que queda cerca. Pero allí también ya tiene problemas, porque los compañeros lo cargan. Sí, es increíble, tan chiquitos… No es cierto que los niños no tienen maldad, algunos la tienen. No es el caso de Luca, que es un amor. Además de los factores psicológicos que padece por su enfermedad sufre la condena de sus pares, pobrecito. Pero siento que en algún momento lo vamos a superar. Y hablo en primera persona del plural, me incluyo, porque esta es una batalla que me corresponde como madre y de la cual no reniego de llevar adelante sola. Mi marido viaja mucho, no puedo contar con él físicamente. Aunque su presencia emocional es suficiente. Tiene muchos contactos y solemos visitar los mejores pediatras no sólo de la Argentina, sino también de afuera. Hemos ido a Estados Unidos, a Canadá y a Francia. Lucas y yo. Si he pateado pasillos con olor a desinfectante, dormido en habitaciones enormes, donde no sabés si es de día o de noche… Y la misma incertidumbre tenés con la vida de los que allí te rodean. Entre viaje y viaje, internación y turnos, los dos nenes, tuve que dejar de lado mi profesión. Tengo algunos pacientes que atiendo en un consultorio de acá cerca, los miércoles. Pero tuve

que abocar mi vida y mi energía a este nene. Ojo, esto tiene que ver con una especie de contrato tácito que tenemos con mi marido, él no podría estar en el día a día. Se que está orgulloso de mí como madre y eso me hace feliz. Porque, en el camino, una va virando los medios hacia la autorrealización, ¿no? Bah, eso creo. Al principio era la carrera, luego el amor, la familia, la maternidad…

cuando sos madre pasa el Tsunami, ¿no? Se desestabiliza todo, cambia el eje de tu mundo. Mis hijos son lo más importante que tengo y hoy intento ser mejor sólo por ellos. ¡Uf chicas, perdón por el monólogo! Cómo se nota que necesito un espacio de reflexión, en casa de herrero… ¿Ya es la hora? Sí. ¡Marquitos!

¿Vamos?

El día que nos mudamos a Altos del Oeste llovía a cántaros. Casi no nos dejan entrar el camión de mudanzas porque era de cuatro ejes y según el guardia de la entrada la circulación de este tipo de vehículos está prohibida porque rompen el asfalto. Nos había sucedido lo mismo durante la construcción de la casa, cuando tuvimos que hacer el llenado de la loza. “Por eso no hay casas de arquitectura”, sentenció mi hermano, a cargo del proyecto. Estaba en lo cierto, allí no había casas de arquitectura, aunque tampoco abundaba la vivienda paradigmática del country bonaerense: grande y lujosa. En Altos del Oeste, las casas eran sencillas, de bajo costo y rápida construcción. Los lotes no superaban los seiscientos metros y su precio era más que conveniente respecto de los barrios comunes de los alrededores. Claro que existían algunas excepciones, intermitencias del paisaje. Como la que daba al “arroyo” —en verdad, un paso cloacal que atraviesa el Buen Ayre, a pocos kilómetros del Ceamse—, un caserón de puro vidrio, tras el que se puede ver a sus dueños tomando mate en sus reposeras de caño y lona, junto a su gata pelada al estilo poodle. O el chalet del jefe de seguridad del barrio, de estilo afrancesado con ventanas de vitraux.

Concebida con un proyecto de vanguardia que lo hacía debutar a mi hermano en la profesión, nuestra casa también sería una excepción en aquel barrio cerrado.

La Casa Allegra, como la llamó en honor a mi hija, tenía toda la inspiración de Le Corbusier y Mies van der Rohe, varios guiños a otros tantos colegas brasileros de moda y materiales tan nobles como sencillos. “La casa del agujero”

le decían los vecinos por el patio interno, o simplemente “la casa rara”. Pero para mi no era rara, aunque con el tiempo he llegado a la conclusión de que quizá mi tendencia a identificarme con lo diferente se deba a la exclusividad que me dio mi nombre. Me llamo Ignacia, por cierto.

Mi marido, Juan, y yo vivimos toda la vida en casas de la zona oeste del Gran Buenos Aires, en Ituzaingó y Castelar. Cuando nos juntamos, alquilamos un departamento en el que nunca me sentí del todo cómoda, porque aunque era luminoso y funcional, con todas las amenities, carecía de calidez y originalidad.

Y a la hora de comprar lo nuestro, el lote en ese gueto se presentó como la opción más accesible, con el tan en boga plus de la

redundante “seguridad asegurada”. Pero lo cierto era que dudábamos de cómo sería la vida allí dentro, sobre todo los códigos sociales de los vecinos. Y todo nos parecía, o me parecía más a mi que a Juan, tan pretencioso: las mujeres de melenas decoloradas trotando al ritmo del personal trainer, los autos más caros que las casas, el festejo de Halloween, del que muchos no tenían idea hasta que se mudaban allí y

entonces prácticamente se convertían a una especie de nueva religión que los obligaba a participar de esas celebraciones, entre otras cosas, como hacer deporte, comprarse un cuatriciclo para andar dentro del barrio, mandar a los hijos a un colegio bilingüe o mimetizarse con los vecinos. Teníamos miedo de criar a nuestra hija en un lugar como éste, ubicado por momentos en las antípodas de lo que alguna vez habíamos soñado como el entorno ideal para que creciesen niños. Un lugar que se me antojaba como demoledor de la originalidad, del estilo y del buen gusto. Aunque tampoco había muchas más opciones para nuestro presupuesto, porque frente a esto nos quedaba vivir en un departamento o en una casa prácticamente blindada. Así fue como elegimos vivir en Altos del Oeste, donde pensábamos que al menos la inseguridad se reduciría al afuera.

Al principio las cosas resultaron difíciles, sobre todo para mí. Me sentía ajena a aquel sistema de normas y valores sociales. Mientras escribía, desde la ventana de mi estudio que daba a la calle, observaba la peregrinación de empleadas domésticas y albañiles que ingresaban en la mañana bajo el sol, la lluvia o el frío. Me imaginaba cómo quedaría la imagen si les sacase una foto cenital. Y

pensaba que se verían como hormigas, caminando en fila, cargando sus múltiples bolsas. Algunos andarían muchas cuadras desde la entrada del barrio hasta las casas de sus patrones, previo viaje en tren y colectivo, la mayoría de las veces ambos. Me preguntaba qué pensarían al verme en pijama, trabajando cómodamente en lo alto de mi bienestar. No era mi intención ostentarles la que para ellos sería mi “plácida” vida, como aquellos vecinos que colgaban el último modelo de televisor centrado en el marco de la ventana de su living. Porque en este tipo de comunidades, si uno tenía la suerte de no enterarse de la vida de los demás llegaba un mail mensual para arruinar la sensación. Allí se detallaba quiénes debían expensas, quiénes depositaban de más para estar tranquilos, quiénes ayudaban con dinero para las mejoras de la infraestructura, y las multas por todo tipo de infracciones, desde exceso de velocidad hasta cuando se escapaba el perro.

Pero una vez instalados, cuando el hecho de vivir en un barrio cerrado dejó de ser noticia tanto para nosotros como para nuestra familia y amigos, la vida en Altos del Oeste comenzó a transcurrir con aparente tranquilidad, de puertas abiertas, con muchos chicos en las calles, pajaritos y hasta bichitos de luz en verano. Aunque seguía siendo cierto que aquel perímetro coronado con alambre electrificado marcaba una gran diferencia entre vivir dentro o fuera. Dentro, Buenos Aires se asemejaba más a alguna provincia del interior del país, donde

uno podía al menos dormir y caminar sin miedo. Las noticias para la sección policial del diario quedaban afuera, o al menos eso suponíamos cuando pensábamos que allí dentro nada malo podría pasarnos. Por eso habíamos llegado a convencernos, primero Juan y luego yo, de que nos gustaba vivir allí.

Además, al final, no habíamos hecho demasiadas concesiones.

Gracias al fútbol, Juan se hizo varios conocidos rápidamente. En cambio, para mí que no iba al gimnasio del barrio ni participaba de las actividades recreativas, fiestas o cualquier otro espacio de sociabilización, el contacto con la gente del barrio comenzó recién con la organización de un jardín rodante para Allegra, sugerencia de mi terapeuta, Maritriz, la psiquiatra a quien había acudido tras el nacimiento de mi hija, hacía dos años. Ella me había motivado a reactivar mi vida profesional, lo que fue el puntapié inicial del proceso de interiorizar aquel suceso que no fue tan feliz como se suponía que debía ser.

El periodismo y la fotografía eran mis pasiones, pensaba y miraba a través de ellas. Además de que me habían permitido conocer, fundamentalmente, el sabor de la gratificación de ser una profesional en lo que me gustaba hacer, las ciudades más excitantes del mundo y a las personas. Porque si hay algo en lo que creo es en mi capacidad para mirar y descubrir la verdad de la gente. Aunque, paradójicamente, la maternidad me había atravesado de tal modo que tuve que reorganizar en aquella larga terapia, a la que concurría semanalmente, quién era y cuál era mi verdad. Lo que nunca imaginé fue que iba a encontrarla en otra mujer, ni que conocerla cambiaría mi vida.

Así como de un día para el otro decidí que ser madre era, contrariamente a lo que pensaba hasta entonces, una labor admirable, quedé embarazada. En aquel momento, con Juan estábamos felices, plenos, recién casados. Nos sentíamos exitosos en todo lo que

hacíamos. Y si bien la propuesta fue mía, él accedió con una felicidad que fue creciendo durante los nueve meses de la espera, que fueron la cálida y tranquila antesala de un quiebre que me modificaría para siempre.

Me preparé para la llegada de mi hija haciendo una especie de duelo con mi trabajo, que ahora sería otro: ser madre. Y hasta me descubrí trasladando mis obsesiones laborales a mi nuevo rol de embarazada. Los controles médicos se convirtieron en mi nuevo gran deber. Fui una paciente prolija, organizada al extremo, cumplidora y muy inquisidora. Asistía a los turnos con la obstetra con una carpeta donde llevaba un exhaustivo registro de mi embarazo. Allí tenía cada ecografía, los estudios de sangre, los prospectos de los medicamentos que

me recetaban, sobre los que además solía investigar en foros de internet para tomar nota de la experiencia de otras personas, listas de dudas previas a la consulta, etcétera. Las repuestas y recomendaciones de mi doctora solían satisfacerme, aunque a veces me resultaba poco profesional que no me atendiese el teléfono o tardase varios días en responderme los mails sobre alguna cuestión que para mi no podía esperar hasta el próximo control. Y pronto, la actitud de la obstetra comenzó a cambiar. Evadía mis cuestionamientos con frases como

“tranquila, confiá en mi” o “estás en buenas manos”, lo que fue dejando al descubierto lo patológica que me veía.

Durante el último mes del embarazo, me permití el lujo de dormir largas siestas junto a mi mamá, entregándome sin resistencia a la calidez de lo doméstico, antes el último entorno donde me gustaba estar. Hice una lista de lecturas y de películas que cumplí al pie de la letra, y hasta lo acompañé a Juan en sus maratones de series norteamericanas de espías, miembros del FBI y catástrofes naturales. Armé el cuartito para la beba con toda la inspiración escandinava, que era lo último en decoración según me dictaban los innumerables blogs y revistas de decoración, estilo de vida y moda que consumo. Tenía tiempo y energía para todo. Ponía música y me sentaba en el piso de aquella habitación a imaginarla.

La soñé especial, diferente, original. Anhelaba que el nombre que habíamos elegido no se pusiese de moda, así la acompañaría, como a mí, la sensación de ser única, siempre.

La panza nunca me pesó mucho como para poner un freno absoluto a mis obligaciones laborales. Seguí escribiendo notas para los medios en

los que colaboraba hasta apenas unos días antes del parto. Todo transcurrió como lo había imaginado, hasta que el que parecía mi mejor plan se arruinó durante uno de los últimos controles, cuando la obstetra me dio la noticia de la cesárea. La beba tenía una vuelta de cordón y había que operar lo antes posible. Esa fue mi primera frustración respecto de la maternidad.

Sentí que debutaba con un fracaso. Me había preparado física y psicológicamente para un parto natural. Hice yoga, pilates y eutonía durante los nueve meses. Me leí toda la bibliografía de Laura Gutman. Y tuve asistencia perfecta en el curso de preparto, donde si bien no me sentí identificada jamás con aquellas mujeres excedidas en peso, ruidosas, poco interesantes y bastante desarregladas, me esforcé por hacer de esas clases algo productivo. Había internalizado la teoría, el contenido y hasta muchas imágenes de lo que se me venía. No me podían cambiar el guión a último momento, no estaba preparada

para aquello. Y cuando la obstetra cortó mi vientre, sacó a Allegra y me la dio, sentí que algo andaba mal.

No supe qué hacer, cómo agarrarla, no podía prenderla a la teta. Transpiraba.

Hasta ahí, todas sensaciones comunes a las primerizas. Pero lo mío iba más allá.

No soportaba la mirada inquisidora de los familiares y amigos que nos habían ido a visitar al sanatorio para conocer a la beba. Todos opinaban y me observaban. Me resultaban descarados, ordinarios, brutos y desubicados. Y

Allegra lloraba. Fuerte. Muy fuerte. Quería que se la llevasen. No podía mirarla, y comenzó a darme miedo aquel pequeño ser demandante que dependía sólo de mi.

Creí no poder amamantarla nunca, aunque lo logré con la intervención y esfuerzo de una puericultora que venía a mi casa periódicamente. Ella me decía que todas las mujeres podíamos, sin excepciones, que la leche era la misma para una madre desnutrida de África que para una inglesa de clase alta y que la que decía que no podía era porque no quería. Se esmeraba en derribar todos los mitos, así como en enaltecer todas las virtudes, entre las que me gustó la de la lactancia como acelerador clave del descenso de peso. Necesitaba volver a mi antiguo yo, con urgencia.

Allegra tenía dos semanas y seguía sin poder conectarme

profundamente con ella. La tribuna en la que sentía que se habían convertido todos los que me rodeaban, me aplaudía por el logro de la teta. Hablaban de mi instinto maternal, pero en mi pensamiento comenzó a librarse una batalla entre dos madres: la buena y la mala. Hubo momentos en los que tuve arranques de afecto con la nena, alguna vez que logré alimentarla y dormirla, pero aunque me esmeraba en sostener aquella actitud que tanto me costaba, crecía en mí una angustia que se hacía cada vez más evidente. Recuerdo que me esmeraba, quería tenerla en brazos, pero me exasperaba el llanto y no podía calmarla. Me sentía poseída por ella, dominada por su incipiente ser, que me reclamaba a libre demanda. Juan estaba mal, triste y preocupado. Y no era para menos, yo estaba rechazando a nuestra hija. Además, lo vencía el cansancio porque era él quien se levantaba a la noche, cuando la beba lloraba. Lloraba Allegra, lloraba él. Pensé que frente a mi peor versión iba a dejarme. Pero ocurrió todo lo contrario. Habló con la obstetra y juntos decidieron una interconsulta con una psiquiatra, así fue como conocí a Maritriz, quien en la primera sesión me diagnosticó psicosis post parto.

Chau teta, hola antidepresivos. Mágicamente me fui sintiendo mejor y la

angustia parecía no estar más. Además de narcóticos me recetó la vuelta al trabajo, al ámbito de mis gratificaciones. Así pude empezar una aparente buena relación con mi hija. Le pedí perdón y prometí resarcir los daños, le conté que a diferencia de los demás animales nosotros tenemos algo que nos hace tan maravillosos como vulnerables: el pensamiento. Ella me miraba absorta y cada tanto me regalaba una sonrisa. Entonces me sentía perdonada. Pero al no haber cortado de cuajo la raíz de la locura a tiempo, las cosas se pusieron mucho peor.

Tal vez fueron mis ganas de seguir adelante, o pura negación. Lo cierto fue que subestimé a mi costado más oscuro, creí poder acallarlo a fuerza de voluntad.

Pero me equivoqué. Una psicosis post parto no es un traspié en el camino, como quise pensar y hacer creer a todos, hasta a mi terapeuta. Una psicosis post parto es un pozo del que, muchas veces, no se sale sólo con una soga que alguien tira.

Quien cae también tiene que tener la convicción de salir, debe creer que puede hacerlo. Y ese no era mi caso.

Todos me ayudaban con la nena, las abuelas siempre estaban

disponibles y Juan se hacía cargo de ella casi a la par mío. Yo estaba muy ocupada, me encargaban muchas notas desde el diario y de repente me invadió una ola de productividad.

Por aquellos meses armé un cuaderno con notas, fotos y dibujos para inspirarme.

Sentía que había salido ilesa de aquel choque inicial con la maternidad, que lo había superado. Pero lo cierto es que no hacía más que poner obstáculos entre mi hija y yo. Quería escribir y sacar fotos, había un nuevo tema del que no podría escapar. Entonces comprendí lo difícil que es renunciar al monopolio que significa en la vida de la mujer el hecho de ser madre.

Los antidepresivos no me garantizaban la armonía que me hubiese gustado tener siempre. Tenía días luminosos, en los que la vida no podía ser más generosa conmigo. Pero había otros negros, cuando me sentía expuesta en mi torpe condición de mamá primeriza y psicótica. No quería que me invadiesen. Tomaba mal hasta las anotaciones que el pediatra hacía en la ficha de Allegra, que me esforzaba por leer y nunca llegaba porque me tapaba con un lapicero. Me esforcé mucho, luché contra mi exaltada bipolaridad. Sabía que aquellos primeros meses, y luego años, eran fundamentales para la nena. Me conectaron con recuerdos muy primarios de mi propia infancia, incluso con sensaciones más remotas aún, desconocidas. Sentí tristeza y soledad. Me costaba dar amor aunque me lo proponía fervientemente porque sabía que mis padres me lo habían dado durante esa etapa fundacional. Pero también, y muy a menudo, me invadía una fuerte angustia al ver mi libertad coartada por la obligación de tener una hija. Me pesaba su presencia, aunque por aquel entonces no quería verlo.

Mi madre tuvo cuatro hijos, de los cuales soy la última. Ella es mi paradigma de la buena maternidad, un ideal inalcanzable aunque motivador. Emprendió la aventura de criar hijos como única obligación y en tiempos de problemas económicos. Las fotos de la época de nuestra infancia la reflejan bella y feliz, enamorada de mi padre y plena. Aún puede relatar cada detalle del parto en el que nacimos cada uno, incluso recuerda el nombre de cada medicamento, o qué hacer en cada circunstancia con un bebé, las etapas de la evolución… Mientras, yo a los cuatro meses de Allegra ya había olvidado cuánto medía cuando nació.

Una tarde, mientras estudiaba para rendir un examen en la facultad de periodismo, mamá me trajo un té, se me sentó al lado y me dijo que

no me apurase para tener hijos, que hiciera antes todo lo que soñase. Recordé el miedo que tenía durante mi adolescencia de que quedase embarazada. Supuse que sentía que no estaba preparada, lo cual era cierto. Pero, ¿alguna vez está listo uno para traer una vida al mundo y hacerse cargo de esa existencia para siempre?

La idea es más que pretenciosa y digna de un ser que se siente demasiado confiado de sí mismo.

Nací en Bariloche, en el paraíso de la Patagonia, donde mis padres fueron a parar tras un sueño de otra época. La aventura duró poco, apenas los meses de mi gestación y algunos más. El embarazo fue gemelar pero mi hermano murió en la panza. Y ese fue el motivo de la vuelta de la familia a Buenos Aires, además de la razón de la tristeza de mi madre y el porqué de la nostalgia que me caracteriza.

Ser una pieza de dos, que fueron pensadas para funcionar juntas, para vivir en un complejo binomio, es parte de mi consciencia. Soy gemela, con todo lo que esto implica, a pesar de que mi compañero me haya dejado sola.

Mis padres me hablaron desde que tengo uso de razón de aquel gemelo, sin saber si era hombre o mujer, aunque inclinándose más mamá siempre por la opción femenina. Pienso que el hecho de sentirme tan diferente a los demás no sólo tiene que ver con mi nombre, y me pregunto cuántas mujeres se llaman Ignacia o cuántas personas han perdido a su gemelo en el útero. Hay épocas en las que estoy más vulnerable y fantaseo con esa hermana que sería igual a mi físicamente, pero complementaria, tal vez, en su personalidad. He investigado mucho al respecto y hasta creé mis propias escenas de nuestro contacto en el vientre de mamá. Incluso me suscribí a the lone twin network, una web donde gemelos que quedaron solos comparten su experiencia.

El relato de mi madre sobre mi llegada al mundo está teñido de imágenes tristes.

Sobre su dolor, sobre su pérdida. Ocurre que su verdad oscilaba entre el nacimiento y la muerte. Pero allí estaba yo, que había sobrevivido para mamarlo.

Dolor que, inexorablemente, volvió con la llegada de mi hija y que parece fluir, impunemente, en la sangre de las madres de mi familia.

“Mejor parir con dolor, así se es una mejor madre”, solía repetir mi abuela materna. Ella tuvo cinco partos naturales. Muchos hijos, mucho

dolor. Pero nunca miedo. Quedó viuda del amor de su vida joven y enfrentó todo lo que le tocó vivir después con dignidad y esfuerzo. Tejió sweaters para todo el barrio, primero a mano, luego con una máquina y más tarde con algunas empleadas. Sus hijos aún recuerdan el ruido que hacían aquellos aparatos, que no descansaban ni siquiera a la noche. Mi abuela cocinó para los que vivían en su casa y cualquiera que se sentase en su mesa. No tenía tiempo para otra cosa que no fuese ganar plata o cocinar y cuando las cosas no salían como lo había planeado, lloraba, gritaba y les decía a sus hijos que se iba a tirar bajo el tren. Entonces salía de la casa por un rato para volver renovada al cabo de unas horas a cocinar la cena.

A su vez, su dolor desciende de su madre, una valenciana de largas trenzas rubias cuyos padres trajeron a la Argentina y casaron a sus trece años con un hombre treinta años mayor que ella, un profesor de literatura mujeriego y politiquero. El tipo era un ausente, ni siquiera la acompañaba a parir. Mi abuela recuerda cuando la vio bajar del colectivo con su hermana menor en brazos, envuelta en la manta que le había tejido apenas algunas noches atrás mientras esperaba romper bolsa. Mi bisabuela fue una de las primeras mujeres del país que prefirió enfrentar una separación pública a vivir en la hipocresía. Crió a sus cinco hijos sola. Limpió y cosió para sostener a su familia. Pero no siempre alcanzaba, y algunas noches tenían que esperar a que los vecinos terminasen de comer para poder ellos cenar las sobras que gentilmente les ofrecían. A veces me cuesta creer que mi abuela pasó hambre, o que mi bisabuela logró que fuese a un prestigioso colegio pupilo de monjas a cambio de su trabajo en la limpieza. Los fines de semana no podía ir a buscarla porque no tenía dinero para el boleto, además tenía que cuidar de los otros hermanos. Cuánto sufrimiento, cuánto dolor. Hasta debió afrontar la muerte de uno de sus hijos, que fue atropellado mientras jugaba en la puerta de su casa con un caracol vivo. Cuenta una leyenda familiar que cuando salió a la calle tras oír el choque, se paró frente a su niño fallecido y no lloró. Sólo atinó a sacarle el bicho de la mano al nene y se lo llevó al baño, donde se quedó encerrada durante días, mirándolo subir y bajar por los azulejos.

Ellas fueron las madres que quizá sin saberlo, o ni siquiera quererlo, sentaron las bases de mi maternidad. Sus historias condicionaron la mía. Ellas viven en mí, como yo viviré siempre en mi hija. Todas llevamos en la sangre un código que nos unifica y, a la vez, nos restringe, pero que también con el tiempo he llegado a convencerme de que puede ser alterado. Las vivencias de mis antecesoras, inexorablemente, son mías. Porque el dolor, así como la felicidad y la locura viajan en los genes. Ellas son lo que me tocó. Podía juzgarlas,

pensar en imitarlas o construirme cual absoluto opuesto, pero las bases ya estaban sentadas, incluso para Allegra y las demás mujeres que viniesen.

El nacimiento de mi hija se me antojó como el ingreso a un big brother virtual.

Desde entonces, me sentí observada para siempre. Y juzgada. Ya no más valorada como profesional, incluso como mujer. Sólo como madre. Esta condición había devorado a las demás. Y lo asombroso era que yo también me encontraba reduciendo a toda mujer que tuviese hijos a su modo de ser mamá.

Enseguida me comparaba y la mayoría de las veces no me veía parecida a ninguna. Eso me generaba bronca, resentimiento y miedo. Miedo de mi misma.

Hasta que conocí a Valeria.

No había que traer hijos a un mundo como éste. No había que perpetuar el sufrimiento, ni acrecentar el número de animales lujuriosos, carentes de emociones duraderas, que sólo se movían, que iban de aquí para allá, llevados por sus caprichos y por sus vanidades.

Virginia Woolf, La Señora Dalloway

Lucrecia

Ya la había cruzado un par de veces acarreando un cochecito con un nene.

Pelirroja, de flequillo, con lentes para ver con marco negro ancho, jeans chupines, borcegos y remeras con estampas. Todo en un riguroso negro. Pensé que su look era innovador para un barrio cerrado. Casi en las antípodas de la generosa paleta que suelen elegir las eternas peregrinas que hacen footing en Altos del Oeste, luciendo sus conjuntitos deportivos comprados a granel en los outlets de Miami.

A simple vista, la casa en la que vivía no tenía nada que ver con Lucrecia. Beige, colonial, parecida al resto, otra vivienda de country. Incluso tenía un sapo de material que custodiaba un cantero algo desprolijo. Estaba segura de que si hubiera podido hablar, la lengua de los Stones en su remera hubiese vociferado su disgusto por aquel sapo, la casa y el barrio. Todo esto, sumado a esa actitud autómata que tenía al caminar, me intrigaba.

El jardín rodante me había convertido una especie de cazadora furtiva de niños aún no escolarizados pero en condiciones de empezar a liberar un poco de energía y, por qué no, algo de tiempo materno. Entonces, desde el auto, mientras corría por la noche o cuando salía a pasear con Allegra, interrogaba sin ningún tipo de prurito a todo aquel que en ese momento estuviese ejerciendo la custodia de un posible compañerito más para mi hija. Y en eso estaba la noche en que la conocí a Lucrecia. Me disponía a ponerme los auriculares para salir a correr y evadirme con el viento fresco, al ritmo de buena música y un inhalar y exhalar tranquilos. Cuando la vi, fumaba sentada en la rampa de adoquines de la entrada de su casa. Y la encaré.

—Hola, soy tu vecina de enfrente, la de la casa de allá —le señalé—. Me llamo Ignacia, ¿cómo estás?

—Hola —dijo sin pararse, mientras miraba la casa dándome a entender que no me tenía ni de vista—. Soy Lucrecia.

Me acerqué para darle un beso y olí la marihuana.

—Perdón que te moleste, sé que tenés un nene porque te vi algunas veces con él.

Parezco una chusma, pero la ventana del estudio donde trabajo da al frente y suelo ser dispersa frente a la computadora —reí pero ella no me acompañó—. En fin, quería comentarte que con otras mamás del barrio organizamos un jardín rodante.

—Ay, perdón, ¿qué es eso?

—Contratamos una maestra jardinera dos veces por semana para que los nenes jueguen y empiecen a aprender algunas cosas durante tres horas. La idea es que haya siempre alguien adulto, además de la maestra en la casa y no pueden ser más de cinco nenes. Por ahora tres. Tienen alrededor de dos años. ¿El tuyo cuánto tiene?

—Sí, cumple dos la semana que viene.

—Ah, genial. Bueno, pensalo. Te dejo seguir disfrutando de este momento de paz.

Lucrecia me hizo un guiño a modo de saludo mientras pitaba su porro. Me fui con la sensación de que no le había interesado en lo más mínimo esta cuestión de las mamás del barrio. Pero, para sorpresa de mis fantasmales prejuicios, al otro día a las nueve de la mañana golpeó mi puerta. Yo aprovechaba para escribir, mientras Allegra

pasaba sus horas de juego en la casa de Ana. Me asomé desde mi ventana al mundo y la vi. Venía sola, con toda su negrura a cuestas, que contrastaba pictóricamente con aquella melena carmín. Lucrecia parecía un figurín art, digno de ser retratado por alguno de estos ilustradores de moda que han logrado reivindicar el lápiz y la mano alzada en la era digital. Como levitando sobre unas altas plataformas de charol y tachas, traía un celular que miraba mientras esperaba. Le golpeé el vidrio desde arriba para avisarle que me esperase unos minutos. Y me fui a cambiar el pantalón de pijama por unos jeans.

Cuando le abrí la puerta entró de inmediato. Entonces le invité un café, que también aceptó sin dudar. Se sentó en la barra de la cocina, me preguntó si se podía fumar. No solía permitir el cigarrillo en casa, pero me dio vergüenza decirle que no, abrí una ventana y le di el ok. Fumaba de una manera muy seductora, mostrando permanente sus muñecas. Así divisé un tatuaje en su brazo izquierdo: “karma”, decía en cursiva.

No me hablaba y parecía no incomodarse. Pero como no podía soportar el silencio, le pregunté cuánto hacía que vivía en el barrio.

—Me mudé hace unos meses. La casa nos la prestó la hermana de mi marido.

Somos de Capital, de Villa Crespo. Pero no pudimos seguir pagando el alquiler del PH donde vivíamos. Somos artistas —sonrió mientras sorbía el café.

—Qué bueno, ¿qué hacen?

—Él hace instalaciones y performances. Yo, pinto. Nos va muy bien o muy mal.

Y aunque el Malba y la Tate Modern me compraron obra, ni eso nos alcanzó para organizarnos mejor y prever —río—. No te quiero cargar la casa de malas vibraciones.

—Para que te sirva de consuelo, el periodismo ni la fotografía, que son las dos actividades que ejerzo, tampoco nos alcanzarían para pagar los impuestos de mi casa. Pero, afortunadamente, mi marido trabaja de otra cosa —descomprimí—.

Y, ¿cómo se llama tu hijo?

—Benjamín. Ah, me hiciste acordar para qué viene, lo quiero mandar al jardín rodante que me comentaste. Mi suegra lo cuida bastante en

la semana para que podamos trabajar, pero necesito pintar más y, de paso, que se divierta un rato con amiguitos. Me parece fundamental que interactúe con sus pares, creo que sería muy estimulante para él.

Coordinamos, anotamos nombres, mails y teléfonos. Tomó un último trago de su café, me agradeció y se fue. Inmediatamente volví a mi escritorio, no podía perder más tiempo. Pero la tentación de googlearla me pudo. Entonces tecleé su nombre y en la primera línea apareció su web. “Entrar, enter”. Entré. Una obra impactante, con una paleta que iba del rosa al rojo, daba la bienvenida: una mujer acostada en el piso, con en el vientre sangrando y los ojos abiertos miraba al techo sin expresión.

Casi nunca sueño con David (su hijo), y no pienso mucho en él. Ha hecho pocas incursiones en la vida de mi fantasía. Cuando estoy con él lo adoro plenamente y sin ambigüedades. Cuando estoy lejos, y siempre que sepa que lo cuidan bien, mengua muy rápidamente. De todas las personas que he amado, él es menos un objeto de amor mental que los demás, él es más intensamente real.

Susan Sontag, Renacida: Diarios tempranos, 1947-1964

María

Me llamó por una amiga en común, que le había pasado mis datos porque buscaba una locación para una película. María era productora de cine y publicidad. Había visto fotos de mi casa y quería alquilármela. Hablamos largo rato de la película. Se trataba de un drama, la historia de un nene que vive solo con su madre, quien sufre una depresión tras la reciente muerte de su marido.

Sucedía en un barrio cerrado y sólo eran diez días de filmación en la locación.

Tenían bastante presupuesto y el director se había encaprichado con mi casa. Me pareció divertido, le dije que lo hablaba con mi marido y le contestaba.

Esa misma noche lo charlamos con Juan y, aunque me costó convencerlo, decidimos que nos vendría bien esa entrada de dinero extra para hacer un viaje a Europa con Allegra. Entonces, por la mañana la llamé. María se mostró eufórica y me preguntó si podía venir a “fotear” en una hora. Y al rato la conocí.

Era atractiva por donde se la mirase. Rubia, alta y de cuerpo trabajado, tenía un carré espléndido que se separaba unos centímetros

de aquella campera de cuero negro que amé. Rondaría los cuarenta. Jeans tipo palazzo, sweater de lúrex negro, balerinas de charol y cartera Chanel. Bajó de su Audi torpemente, cargando una réflex digital último modelo, que casi se le cae. Me saludó simpática pero ni me miró, trabajando ya en su registro de la locación. Giró su cuello en todos los sentidos y caminó libremente sin pedirme permiso, digna portadora de los códigos del descontracturado mundo del cine. "Perfecto", repetía. Y yo no sabía si ofrecerle algo, irme a trabajar y que haga su tour sola o acompañarla. Pero como agarró la cámara y empezó a disparar sin tregua, no quise interrumpirla y subí a mi escritorio con una sonrisa.

Al rato vino para despedirse. Me pidió perdón por el apuro y me felicitó por la casa. Dijo que tendría una reunión con el director de la película para confirmar si finalmente sería ésta la locación u otra casa de Vicente López que tenían preseleccionada. "Ojalá sea la tuya, la voy a defender a muerte porque da perfecta para el perfil de la madre del protagonista, que es arquitecta", dijo mientras se daba la vuelta como para que la acompañase a la puerta.

Nos saludamos y la vi alejarse, segura de que me pondrían una multa por su exceso de velocidad.

Por aquellos días, mientras cerraba una nota para un diario sobre el resurgimiento del movimiento punk y su atención por parte del mundo del arte y la moda, investigaba en paralelo sobre la maternidad. Así empezaba a llenar de notas, dibujos y fotos aquel cuaderno de tapas rojas que había comprado para tal efecto. Quería encaminar un proyecto fotográfico bajo esa enorme temática que me había atravesado, pero aún no sabía bien cómo hacerlo. Debería ser sólido, interesante, analítico, profundo. Pero, sobre todo, quería que me representase, que mi mirada a través de la cámara fuese genuina.

Había leído y visto innumerables interpretaciones femeninas sobre la maternidad. No importaba el formato o la disciplina, me interesaban únicamente las que huían del falso ideal. La de Gabriela Wiener, por ejemplo, la escritora peruana que escribió Nueve Lunas, un relato hiperrealista sobre su embarazo.

"En estos últimos meses, nueve, para ser exactos, he llegado a pensar que el placer y el dolor siempre tiene que ver con cosas que entran o salen de tu cuerpo", comienza, contundente y polémico.

Obras de arte, sin distinguir la técnica, me marcaron muchas. Las busqué, las imprimí y las sumé a mi cuaderno a modo de

anteproyecto. La cama volando de Frida Kahlo era una. Frida había sufrido un aborto espontáneo y así le contó al mundo el dolor de la pérdida. O Sally Mann, la fotógrafa norteamericana que retrató a sus hijos para la serie Immediate family. Púberes desnudos, desafiantes, lastimados, a veces felices, otras angustiados, estas obras le merecieron a Sally desde denuncias hasta premios. Me imprimí Candy Cigarette, una de sus fotos más polémicas, que la muestra a una de sus hijas a sus once o doce años con un cigarrillo en la mano y la postura de una elegante fumadora. Ana Casas Broda, española, también en la línea de Mann también sacó fotos a sus hijos para explorar la maternidad en Kinderwunch, término alemán que hace referencia a la unión de las palabras niños y deseo. Su cuerpo desnudo, tomado, deformado, juguete de sus hijos, objeto de todos sus deseos… sus fotos me impactaban, imprimí varias y las pegué en el cuaderno también. La argentina Ana Álvarez-Errecalde, con sus múltiples búsquedas fotográficas referidas a la mujer, como Cesárea, más allá de la herida. Treinta fotografías de mujeres cesareadas, acompañadas de cortometrajes y comentarios de las protagonistas. Sus imágenes muestran la cicatriz física y la emocional. Sumé a mi inspiración toda la serie.

Una artista me iba llevando a la otra. Había visto la obra de algunas de ellas durante mis viajes. Recordé Post-partum document (1973-1979), de la

norteamericana Mary Kelly, quien planteó interesantes cuestiones sobre temas como la intersubjetividad de la madre trabajadora-hijo, el proceso de socialización, la diferencia de género, el psicoanálisis lacaniano o la visión del feminismo de los 70… Louise Bourgeois, Rineke Dijkstra, Cindy Sherman o Nan Goldin, sus nombres me caían en cascada. ¿Ninguna había podido escapar al gran tema de las mujeres? Como mi gran referente, mi artista favorita, Diane Arbus, quien no sólo se aproximaba a la maternidad en aquel autorretrato que la muestra embarazada a sus veinte años.

A veces oscura, otras erótica y siempre lejos del lugar común, la mirada de estas mujeres coincidía con la mía y me liberaba como madre. Gracias a ellas sentía que no estaba sola, que no era la única. Hice un collage con sus trabajos, recortando sus obras a mi antojo y sin créditos. Las tomé para mí, me apoderé de ellas. Me gustaba la pose que había logrado una, la actitud de la retratada de otra, aquella paleta de colores, esta iluminación…

También quería liberar, a través de mis fotos, a otras madres. Acercarles lo sublime y lo amargo, lo real y lo culturalmente

construido. Contarles historias reales de madres naturalmente adorables, pero también de madres malas, incapaces, ignorantes emocionales. Madres que habían fracasado en su rol.

Navegar en los fluidos que nos hacían progenitoras, sin juzgamientos. Desde el semen a la sangre, el líquido amniótico, la baba, los vómitos hasta la leche.

Mi mirada no descansaba en la búsqueda de imágenes que pudiesen sumar a mi proyecto. En la calle, mientras manejaba o caminaba, en el supermercado o en cualquier lado, registraba gestos, actitudes, escenas maternales de todo tipo. La verdulera boliviana atendiendo veinticuatro horas en la vereda, junto a un carrito donde dormía su bebé de apenas unos meses. La elegante señora que regenteaba el corte de pelo de su hija adolescente en la peluquería. Los ojos rojos de aquella joven con su bebé en brazos, que me pidió una moneda en un semáforo. Aquella anciana del brazo de un hombre down haciendo los mandados. La mujer que le pegaba a su hijo atrás del auto en la penumbra del estacionamiento del shopping.

Me preguntaba si alguna de ellas se habría arrepentido, al menos por un instante, de ser madre.

Me entregué a la tarea frenética de releer y transcribir los fragmentos que había subrayado en tantos libros, pensamientos que me aportaban algo al menos diferente respecto de la maternidad. Pero pensé que para relatar la maternidad bastaba con contar mi historia y la de las madres que me rodeaban. Porque si

bien no aspiraba a trascender, adhería a la idea de Tolstoi de pintar la propia aldea.

Las mujeres que había conocido en los últimos meses: Ana, Valeria, Lucrecia y María eran madres. Cada una constituía un modelo diferente, un perfil único, construido por el complejo entramado de las generaciones anteriores, las vivencias, la propia personalidad y su lucha por adaptarse a la sociedad a la que pertenecían. Pensé en sacarles fotos. Tal vez a través de ellas podría aportar mi mirada respecto de lo que significaba ser madre. Y eso hice. Pero en el medio sucedió algo que cambió el sentido de mi proyecto y de mi vida.

* * * * *

—¿Por dónde empezamos? —me preguntó Ana de piernas y brazos cruzados, iluminada apenas por la tenue luz continua de aquel estudio

improvisado que armé en casa.

—Por lo primero —le dije lo más relajada que pude y le serví un café para romper el hielo.

—Gracias. Ahora me da un poco de vergüenza esto, Nachi. No te pregunté mucho y me decidí más que nada para ayudarte, pero ¿qué tipo de fotos me vas a hacer? —le temblaba la voz.

—Sentate en esta banqueta, tomate el café tranquila, vamos probando a ver qué sale cuando estés lista. Y si ves que te incomoda, paramos.

—Pero ¿tengo que posar? Vos decime, hago lo que digas, quiero que te sirva.

Mientras acomodaba un sistema básico de iluminación que había armado y medía la luz con el fotómetro, recordé el día que le conté a Ana de mi proyecto.

Se mostró muy interesada, me preguntó cada detalle, qué me había inspirado, cómo lo llevaría a cabo, qué pensaba hacer con las fotos, y hasta se entusiasmó anticipando su presencia en la muestra. Pero cuando le dije que ella estaba entre esas madres que quería fotografiar, la invadió una expresión de confusión. Se puso seria, colorada y me contestó que “ni loca” se animaba. Me preguntó por qué la había elegido a ella, si era una “mamá común”. Entonces insistí, hasta que me aseguró que lo iba a pensar. Y, para mi sorpresa, me llamó a los pocos días

para decirme que estaba dispuesta a ser la primera modelo.

Desde que había entrado en aquel cuarto, Ana comenzó a perder el control de su cuerpo, que enhebró un discurso paralelo al de su voz. No se sentó y apenas probó el café, sólo atinó a dejar la cartera a los diez minutos de aquella charla incómoda en la que me esmeraba por relajarla, contándole de qué venía la temática de las fotos. Entonces supuse que tal vez no era la indicada para empezar mi proyecto. Me costaría mucho ablandarla. Lucrecia, por ejemplo, parecía tener mayor dominio de su cuerpo, además de menos prejuicios. O

María, de quien sospechaba hasta cierto exhibicionismo. Valeria, aún me inspiraba solo misterio. Podría haber elegido a otras madres, amigas más cercanas, incluso. Pero, por otro lado, a ellas cuatro, además de que las tenía cerca dentro del barrio, sentía que el reciente vínculo con ellas enriquecería mi trabajo, que también se trataba de un experimento. Quería probar algo, una hipótesis tal vez confusa por

aquel momento pero que luego fue encontrando su consistencia, que tenía que ver con el lado oscuro de la maternidad, lo que no se dice, lo que no se ve porque no se muestra. Lo cierto era que no tenía demasiada confianza con ninguna, tampoco sabía mucho de sus vidas y eso me ponía en un lugar en el que me sentía muy cómoda: el de total observadora.

—Podemos empezar con unas tomas fáciles, de partes de tu cuerpo que creas que la maternidad ha modificado —le dije mientras agarraba la cámara. Pero Ana se puso más rígida aún. Miraba como si se tratase de un arma.

—¿La panza te parece bien? —sugirió casi sin voz.

—Si te sentís cómoda con eso, sí. Ana, no quiero que la pases mal.

—No, no. Me saco la remera, entonces. ¿Me van a salir las lolas en la foto? —

preguntó y tragó saliva.

—Vos vas a autorizarme a sacar cada parte de tu cuerpo. O ninguna.

—Empecemos por la panza, sin las lolas por favor —dijo y desapareció tras el biombo que yo había puesto para que se cambiasen o descansasen de mi mirada.

Ana permaneció allí varios segundos. Podía ver sus pies inmóviles. La imaginé intentando recuperar su ritmo cardíaco, luchando consigo misma para no ponerse colorada y sentí pena por el esfuerzo que esta mujer estaba haciendo. Hasta que finalmente salió y caminó al centro de la escena en ropa interior de algodón gris.

Flaca, blanca y etérea como era, reflejaba la poca luz que la iluminaba dando una

imagen muy teatral. Entonces vi la primera foto: una oscuridad circular que avanzaba sobre su clara fragilidad. Tenía que tomarla de arriba, por lo que le pedí que se quedara así, tal cual, y me subí a la banqueta. Ana no sabía qué hacer con sus brazos, los cruzó, los puso a los lados y luego atrás de la cintura, hasta que resolvió dejarlos colgando. Mantuvo la cabeza firme, pero unos segundos antes de que yo accionase el obturador levantó la vista y, con miedo, miró a cámara. Disparé. Sin bajarme, miré la pantalla de la Nikon y el resultado me gustó. Volví a poner el ojo en el visor y la observé durante algunos segundos con la impunidad que me daba el hecho de

estar escondida tras el aparato. Ella permaneció con los pies clavados en el piso, duro todo el cuerpo. El único indicio de movimiento lo daban sus ojos, que se movían del piso al techo frenéticamente. Me estaba esperando, cada vez más incómoda. Mientras yo quería captar ese miedo que se convierte en enojo, en fastidio. Hasta que disparé varias veces.

—Bien, excelente —la motivé. Realmente me había gustado mucho esa toma.

—¿Sí? Bueno, qué suerte —dijo, aflojando un poco los hombros—. ¿Querés seguir con las de la panza?

—Sí.

Bajé de la banqueta, cambié el lente, medí la luz, modifiqué los flashes y me le acerqué. Entonces vi la cicatriz de la cesárea, de lado a lado, enorme, como las de antes de la cirugía estética. De un rosa violáceo, había desarrollado una fibrosis, que la elevaba del resto del abdomen dándole una textura como de globo.

Cuando levanté la mirada para hablarle, Ana cerró los ojos y se largó a llorar. Sin dudarlo, hice foco y disparé, una, dos, tres y más veces. Fotografié la marca entera en su vientre y luego amplié el encuadre para ir en busca de sus las lágrimas, sus puños cerrados, los pelos de los brazos erizados, los labios apretados, embebidos en llanto y baba, su cuerpo entero aguantando el dolor y la exposición. Esa era la madre que yo quería mostrar.

—Perdón, Ana —dije tras haberme movido como una mosca insaciable alrededor de un chupetín, intentando captar cada detalle de aquella explosión de angustia. Ella seguía llorando. La abracé para contenerla.

Tardó unos segundos más en abrir los ojos y fue a recomponerse tras el biombo,

de donde salió vestida. Finalmente se sentó en la banqueta y se sirvió un vaso de agua y otro café. Yo no sabía qué hacer, acomodaba los equipos, sacaba la tarjeta de memoria de la cámara y contestaba unos mensajes de texto. El clima había quedado tenso, ninguna de las dos sabía muy bien qué decir. Ana me dio lo que quería, pero ¿esperaba algo de mí?

—El embarazo me costó mucho —empezó a hablar seria, la mirada fija en el piso—. No ovulaba y él me presionaba. Hasta que,

tratamiento de por medio, lo logramos. Durante los meses de espera, la relación era perfecta porque yo estaba en el estado en el que él quería que estuviese: embarazada. Incluso me había convencido de que dejase de ir a la librería para que me enfocase totalmente en nuestro hijo, aunque todavía estuviese en la panza. Y así lo hice, cuidé a Clara, como se iba a llamar la nena, desde su concepción. Pero ocurrió algo que no estaba en nuestros planes. Uno de esos sucesos que nadie prevé ni desea. Cuando fui a hacerme uno de los últimos monitoreos, ya pasada la fecha prevista de parto, el corazón de la bebé mostró un signo de alarma tras una vuelta de cordón.

Entonces me mandaron en ambulancia al sanatorio, directo a hacer la cesárea.

Esta cesárea —me señaló, como si no la hubiese visto y diseccionado en cientos de fotos minutos atrás—. Clara nació pero no pasó las cinco horas de vida.

Simplemente su corazoncito se detuvo tras la asfixia que le había provocado una vuelta del cordón umbilical en el cuello, seguida de una complicación en las vías respiratorias. Y, de pronto, todo en mi vida se suspendió. Mi marido me dejó.

Ese mismo día me sentenció culpable. Se presentó en la clínica, aguardó la autorización para ingresar en la habitación, entró con la cabeza gacha y recién levantó la mirada cuando nos separaban unos centímetros. “Ana, con esa vida se fue todo lo que quería de vos. Chau”, me dijo —hizo una pausa que duró unos segundos, movía la cabeza como afirmando, no la interrumpí y finalmente retomó su monólogo—. Tras la espalda de aquel hombre que me abandonaba quedé como suspendida en la nada, posada en un horizonte permanente, presa de una ceguera psicológica. Nadie podía hacerme reaccionar. Mi madre llamó a mi terapeuta, un conocido psiquiatra con quien me venía tratando desde hacía un tiempo. Pero él también me desatendió. Primero, porque estaba de viaje y luego porque le faltó coraje para volver a fojas cero con una paciente a quien había logrado sacar de un oscuro pozo anterior. Así fue como de aquella clínica, mis padres, las únicas personas que siempre están conmigo, me trasladaron a otro centro de salud, pero esta vez mental. Quedé internada por dos semanas. Hasta que recuperé la conciencia, la voz y los recuerdos, aunque nunca volví a tener pleno dominio de mi mirada que, escurridiza e impredecible, aún me lleva según su antojo a horizontes lejanos donde me encuentro con algunos fantasmas.

Se hizo un silencio rotundo.

—¿Inés nació por cesárea? —pregunté sin saber qué decir. No me nacía consolarla, tampoco tenía una amistad con ella aún. Además, el cariño no era algo que me fluía naturalmente.

—No, esta cicatriz es lo único que me queda de Clarita.

Ana se paró y empezó a despedirse. Le agradecí mucho su ayuda. La acompañé a la puerta y la vi alejarse a paso lento. Ya contaba con las primeras fotos de mi proyecto y eso me llenaba de emoción y ganas de seguir. Corrí hasta mi escritorio, me quedaba un rato antes de que mi suegra me trajese de vuelta a Allegra, bajaría las fotos de la cámara. Eran muchas, tardaba. Recordé las palabras de Ana, "de pronto, todo en mi vida se suspendió". ¿Por qué me había contado todo eso? Sentí que depositaba mucho más en nuestra flamante relación que yo, que buscaba mostrarse interesante frente a mí. Éramos muy distintas, su vida entera pasaba por su hija. Y aunque la dejaba todas las mañana con su madre, la nena estaba estimulada hasta el hartazgo, lo que explicaba que hablase tan claro y fuera así de despierta. Durante un tiempo, Ana venía a buscar a Allegra con Inés todas las tardes para llevar a las nenas a los juegos. Traía mate y me invitaba a ir. Pero yo siempre tenía algo que hacer. Fueron pocas las veces que me uní a sus paseos, y más bien lo hice por compromiso. Allí pude ver la hermosa relación que Ana había entablado con mi hija. No sentí celos, ni ganas de cambiar mi forma de ser, sino que agradecí tenerla cerca. Luego de lo que me había contado, Ana se me antojaba más interesante, y su imagen me era, incluso, más real. Ahora entendía su actitud sobreprotectora, su necesidad de aferrarse a las personas, la sombra de su culpa y sus miedos.

Cuando por fin las fotos terminaron de descargarse, las revisé e hice una primera selección para editar. Anoté un par de ideas en el cuaderno. Tal vez haría un collage, aunque necesitaba más imágenes de Ana, ¿se prestaría para una segunda sesión? Me hubiese gustado que apareciesen sus tetas, los planos que había logrado eran muy cerrados y sentía que les faltaba más contexto de un cuerpo femenino. Por otro lado, no me quería quedar con la mera imagen... Y aunque esa gran cicatriz en el vientre hablaba, su historia real era aún mucho más interesante. Pensé cómo incluirla, podía escribirla, o proponerle grabar su historia, aunque tal vez sería ya el colmo de la exposición para ella.

El relato de Ana me hizo recordar algo que había leído de Oriana Fallaci.

Busqué el libro en el sector de la biblioteca que destiné a las

escritoras, que por cierto ocupa el mayor espacio, y allí estaba: Carta a un niño que nunca nació.

Había resaltado algunos fragmentos con los que me identifiqué al momento de leerlo. Y mientras los repasaba se me ocurrió armar textos para cada obra, con citas de autores que sirviesen como apoyo a la imagen. La verdad de cada retratada quedaría para ellas. Al fin y al cabo era mi verdad la que quería contar con este proyecto.

Fallaci escribió esto y yo lo resalté cuando aún estaba muy lejos de ser madre:

"Traerte al mundo, te lo juro, no me divierte. No me veo caminando por la calle con el vientre hinchado; no me imagino amamantándote, lavándote y enseñándote a hablar. Soy una mujer que trabaja, y tengo muchos otros compromisos y curiosidades; ya te dije que no te necesito". Ella se animó a confesar, como Ana. Y hasta asumió estar enojada, por momentos, con tal feto que se gestaba en su panza. "¿Qué te crees que soy: un recipiente, un frasco donde se pone un objeto para custodiarlo? ¡Soy una mujer, diantre, una persona!

No puedo destornillarme el cerebro y prohibirle que piense. No puedo anular mis sentimientos o impedirles que se manifiesten. No puedo ignorar un enojo, una alegría, un dolor. Tengo mis reacciones y experimento mis estupores y mis desalientos. ¡Aunque pudiese, no querría deshacerme de ellos para reducirme a la condición de un vegetal o de una máquina fisiológica que sólo sirve para procrear! ¡Qué exigente eres, niño! Primero pretendes controlar mi cuerpo y privarlo de su más elemental derecho: moverse. Después, aspiras nada menos que a controlar mi mente y mi corazón atrofiándolos, neutralizándolos, robándoles su capacidad de sentir, pensar y vivir. Incluso haces objeto de sospechas a mi inconsciente. Esto es excesivo e inaceptable. Si queremos seguir juntos, niño, hemos de pactar. Y este es el pacto: te hago una concesión.

Engordaré; te regalo mi cuerpo. Pero no mi mente. Ni tampoco mis reacciones.

Me las quedo. Y junto con ellas pretendo una propina: mis placeres menudos. Ya ves, ahora bebo un abundantísimo whisky, y me fumo un paquete de cigarrillos, uno tras otro, y reanudo mi trabajo, y vuelvo a existir como persona y no como frasco, y lloro, lloro, lloro sin preguntarte si te hace daño. ¡Porque estoy harta de ti!".

Finalmente, la escritora italiana perdió a su hijo, Ana también. Tal vez

ninguna lo quería. “Tú estás muerto pero yo estoy viva. Tan viva que no me arrepiento, y no acepto procesos ni acepto veredictos, y ni siquiera tu perdón”.

Transcribí las citas en un archivo de texto, titulado “Ana”. Y antes de guardar el

libro observé largo rato la foto de Oriana Fallaci en la solapa de la contratapa.

Qué bella era esta periodista y escritora italiana. Imaginé la sensación que causaría entre aquellos tantos jefes de gobierno, actores y personajes célebres que entrevistó recorriendo el mundo. Vivió una vida apasionante, fue corresponsal de guerra y hasta recibió una herida de bala. Solitaria e independiente, no se casó ni tuvo hijos, aunque en esta obra dio testimonio de lo que significó para ella la pérdida de un embarazo. A través de un monólogo interior, donde fue honesta y audaz, contó su verdad. Agradecí su capacidad de poner en palabras claras tantos sentimientos confusos y acomodé el libro en mi biblioteca.

* * * * *

Valeria me dijo que no. Y su respuesta fue tan radical que no atiné a insistir, ni siquiera a estirar mucho más mi visita a su casa. Había ido con Allegra caminando a la tarde, fuera del contexto del jardín rodante. Ella estaba pintándose las uñas en la mesa del living. La vi desde la ventana y ni tuve que golpear la puerta porque enseguida se dio cuenta de que estábamos allí. Tardó varios segundos en abrir, a pesar de que la separaban apenas dos pasos de la entrada. Entonces supuse que se estaba arreglando frente al espejo que custodiaba el recibidor de su moderna casa.

Me invitó a pasar y a tomar algo. Acepté e inmediatamente Allegra salió corriendo al parque, donde Marcos jugaba con unos perros. Me senté en la mesa en que Valeria se hacía la manicura, repleta de productos de todo tipo para las uñas. Y mientras la esperaba me pareció oír algo que le decía a Luca, en la planta alta. No llegué a descifrar bien qué, pero sin dudas se trataba de un reto porque ella gritaba. Volvió con mate y dos grandes vasos de agua.

Le conté el porqué de mi visita, no era frecuente que nos juntásemos a solas, seguramente estaría intrigada. Y cuando empecé a hablar de mi proyecto y de mi intención de fotografiarla, su cara se transfiguró tanto que tuve que parar para preguntarle si estaba bien.

—Sí, estoy bien. Pero me resulta bastante insultante que me convoques para participar —me dijo con la cara roja y sus grandes ojos más abiertos que nunca.

—Perdoname, Valeria. No te quise ofender —le contesté algo desorientada. Pero la verdad es que no entiendo por qué te ponés así.

—Decís que querés hacer fotos de madres reales, que se alejen del falso ideal, pero me parece que estás usando puros eufemismos para referirte a otra cosa. Me siento ofendida, Ignacia.

—A ver Valeria, ¿a qué te referís?

—Buscás malas madres para tus fotos y me parece horroroso que me vengas a proponer esto, justamente a mi que me desgarro por estos dos chicos, que doy la vida por ellos.

—No, me parece que no entendiste bien.

—Sí, entendí perfecto. No cuentes conmigo porque, además, no me conocés.

Valeria se paró y yo hice lo mismo. No me decía nada, entonces la llamé a Allegra y nos fuimos. Esa fue la primera vez que me sentí avasallada por esta mujer, que pronto se convertiría en la protagonista de los momentos más despreciables que viví.

Ana había decidido casarse y nos invitaba a las mamás del jardín rodante con los maridos a su fiesta. Pero, tras el episodio con Valeria mis ganas de ir a aquel evento se habían nublado. Ya hacía una semana de aquello, pero me duraba el mal gusto. Y Valeria, desde entonces, ocupaba la mayor parte de mis pensamientos. Me preguntaba si mi pedido era realmente ofensivo, por qué habría reaccionado así, en qué radicaba su susceptibilidad… En la fiesta seguramente compartiríamos mesa y la situación sería muy incómoda. Pero no le pediría a Ana que me cambiase de lugar por Valeria, de hecho no le comentaría nada de lo que había pasado. Por lo que decidí ir a pasarla bien con Juan y las demás.

Ana había conocido a su pareja un año antes del nacimiento de Inés. Y a los pocos meses decidieron tener un hijo. Los corrían la edad y las ganas. Entonces, sólo llevaban un par de años juntos, pero tan felices que los empujaron de vuelta a aquel altar del que otrora habían salido más que decepcionados.

La fiesta se hacía en el restaurante del barrio. Habían alquilado una

carpa para poner junto a la gran pileta que tenía Altos del Oeste, que fue lo único que quedó del campo de deportes del sindicato al que solía pertenecer el predio. Ana me pidió que la ayudase a decorar y, si bien me pareció desubicado y molesto de su parte, así lo hice por puro compromiso. Fuimos a Once juntas, compramos todo y, no conforme con el abuso de confianza, ese día me comprometió a armar todo la mañana de la fiesta para poder ella dedicarse a la peluquería, el maquillaje y demás obligaciones impuestas a las novias. También la ayudé con el vestido, que sacamos de una Vogue vieja y mandamos a hacer con mi modista. Ana se empeñaba en forzar una amistad entre nosotras que yo no disfrutaba genuinamente pero que tampoco evadía debido a mi dificultad para decir que no.

La tarde de la fiesta tenía una temperatura ideal. La cita era a las siete, frente a la carpa en un terreno que habían alquilado para armar la ceremonia. Ceremonia pagana, porque los casó un amigo. Pero Ana insistía con el vestido blanco y el ritual, hasta las nenas hicieron el cortejo. Y lo cierto que es la escena se veía muy linda en el atardecer, con los violines tocando, las sillitas blancas y las flores de colores pasteles.

Varios vecinos se acercaron a curiosear el espectáculo. Era poco frecuente ver una fiesta allí. Las mujeres, vestidas con sus correspondientes equipos de gimnasia junto a sus hijos en bici, se habían pegado a los laterales arruinando las

tomas del fotógrafo. Cuchicheaban entre sí y uno podía leer no sólo sus labios, sino también la malicia que emanaba, como un gas, de su mirada.

Ana entró radiante junto a su padre. El vestido le había quedado muy bien con el lazo negro de terciopelo del que tanto me había costado convencerla. Desde el inicio de aquel pasillo, su mirada la llevó como por un tubo cerrado a los ojos de su marido, que la esperaba nervioso y algo sonrojado en el altar. A cada lado, los invitados también daban su show. La familia de él, más adinerada y con predominio de rubios, vestían elegantes trajes oscuros ellos, de esos que no tienen ni un hilo de polyester, y vestidos cortos en su mayoría, ellas, monocromáticos, en sintonía con alguna que otra capelina. Mientras, del otro lado, los familiares de Ana, en su mayoría comerciantes del rubro ferretero que había iniciado el abuelo, no tenían un patrón que los unificase visualmente, más que la sensación de estar disfrazados para la ocasión.

Y, entre todos, estaba Valeria. Parecida a muchas otras mujeres de la

fiesta, con un vestido negro a la rodilla y el pelo recogido, pero con una actitud que claramente la diferenciaba del resto. Sola, apoyada en una barra de bebidas, parecía no estar interesada en nada de lo que allí sucedía. La observé fumar, pedir un vaso de agua y mirar el celular nerviosamente. No sé si era el misterio que me provocaba, pero allí parada se veía enigmática. De pronto se puso a buscar a alguien entre la gente, con un grotesco gesto de miope que la desterró de inmediato de su rol incipientemente seductor. Su mirada se me acercaba, me rozaba un hombro, luego el otro, y se alejaba para luego volver a aproximarse.

Hasta que hicimos contacto visual y me hizo un gesto para que me acercase.

Valeria me buscaba a mí. Entonces le pedí a Juan que me esperase y fui a su encuentro.

—Hola, Nacha. Quería hablar con vos, qué suerte que te encontré —dijo mientras me daba un beso—. Te quiero pedir disculpas por mi reacción del otro día. No tuve oportunidad de llamarte antes porque Luca se sintió mal varios días y estuve con él.

—Está bien, no te hagas problema. Olvidate de la propuesta, no quise ofenderte tampoco. ¿Cómo está el nene? ¿Mejor?

—Bien, ahora mejor. Lo dejé con Marta en casa, como la fiesta era acá dentro del barrio pude venir, aunque voy a estar muy pendiente del teléfono y si pasa cualquier cosa salgo corriendo. Además quería verte, disculparme y decirte que

estuve pensando mejor lo de las fotos. Contá conmigo.

—Pero, no entiendo ¿estás segura?

—Sí, sino no te lo diría. Creo que entendí a qué te referías con eso de las

“madres alejadas del falso ideal”. El tema de la maternidad es muy sensible para mi, no es algo que podamos conversar ahora pero por eso reaccioné tan mal creo.

—Bueno, me alegra, gracias. Otra mamá para mi proyecto.

—Avisame vos cuándo y dónde hacemos las fotos. Allí estaré.

—Sí, claro. ¿Pablo? —cambié de tema.

—De viaje, en un congreso en Venecia.

—Es un afortunado.

—Sí, la verdad es que sí —me contestó mientras atendía el celular que sonaba.

Luego se alejó con un gesto de “después nos vemos”.

La fiesta siguió su curso y nos trasladamos caminando desde la ceremonia hasta la recepción. Canapés, fosforitos, mini empanadas y algo de sushi. Todo junto y mezclado. Mozos de blanco y negro, a la vieja usanza, deambulaban atentos entre los invitados preocupados porque nos les faltase ni gaseosa normal, light, tinto o blanco. Esas eran las opciones. Luego vino el vals, la primera tanda de baile y la entrada. Baile, el primer plato. Baile, de vuelta.

Valeria se sentó frente a mi en la mesa redonda, entre el lugar vacío que había dejado su marido de un lado y Lucrecia del otro, quien también había ido sola porque la amiga que iba a cuidar a Benjamín les había fallado y se había quedado con él su marido. Las dos charlaban muy enérgicas, de los niños y el jardín, y luego oí que Valeria le hacía preguntas de sus pinturas a Lucrecia. En los baches de aquella conversación de dos personas que no tenían nada en común, Valeria aprovechaba para mirarme de reojo, como más pendiente de mi observación que de la charla. Y yo hacía lo mismo mientras hablaba de estupideces con Juan, obligados por la situación. No podía dejar de observarla, incluso le pedí a mi marido, con la excusa de que me dolían los pies, que se quedase conmigo en la mesa durante la tanda de baile. Me intrigaba cómo bailaría, quería verla. Valeria estaba algo borracha y se movía torpemente. Tal

como lo imaginaba, sus movimientos eran toscos, dignos de alguien que no sólo baila mal sino que parece no sentir en absoluto la música. Se reía como una adolescente ante cualquier comentario que Lucrecia le hacía, entre pitada y pitada, en la pista de baile. Ambas sostenían una copa de champagne, pero Lucrecia tenía más estilo o al menos se la veía más cómoda en aquella situación.

Valeria actuaba, posaba, sin ritmo, sin gracia, pero, sin embargo, logrando generar cierta atención: la mía.

Un compañero de fútbol de Juan vino a saludarlo y él se paró para charlar, por lo que aproveché la oportunidad para ir en busca de algo para tomar. Allí estaba cuando me sorprendieron Lucrecia y Valeria.

—Nacha, por fin te le animás a algo más —me dijo Lucrecia cuando me vio con la copa en la mano.

—Sí, bueno ¿por qué no? —le sonreí. Lo cierto era que por la medicación que tomo no podría tomar alcohol. Pero con una copa no pasa nada, me dijo la psiquiatra.

—La fiesta está divertida, lástima que viniste con Juan, pobre quedó solo entre mujeres —comentó Valeria.

—Juan la está pasando bien, también —contesté.

—Sí, veo —ironizó Valeria mirándolo—. Nacha, le comenté a Lucre de tus fotos, no sabía nada.

—Me parece genial el proyecto, te felicito. Qué tema la maternidad, no le podemos escapar… —me dijo Lucrecia, cuya voz ya denotaba exceso de alcohol en sangre.

—Gracias, justo iba a convocarte también.

—¿Sí? Estaría encantada, muchas gracias. Qué divertido ser parte de otra obra.

—Eso sí, paso de protagonizar alguna tuya, por favor no me lo pidas nunca. La sangre me impresiona —dije, y las tres reímos.

Entretanto, un grupito de adolescentes se había colado en la fiesta. Libres de la inocencia de un acto de rebeldía, comenzaron a discutir con algunos amigos del

novio junto a la barra que estaba fuera de la carpa. Envalentonados por los efluvios del alcohol, los intrusos vociferaban que de allí no se irían, que esa también era parte de su casa, un área común de su barrio. Hasta que lo que comenzó siendo un cruce de palabras se fue convirtiendo en pelea, y los hombres dieron inicio a ese ritual animal que los hace machos, cual gallos en busca de riña. Siempre me sorprendió aquel comportamiento masculino, cuando acercan sus rostros hasta un punto en el que parece que fueran a besarse. Y, al final de esa especie de cortejo, ¡bum!, se agreden. Un empujón, una piña, cayó uno al piso y finalmente se armó un enjambre de camisas blancas, remeras con estampas, pantalones negros y zapatillas. Se debatieron en la cancha de fútbol a la que daba la carpa, y la escena que resultó gracias al clima que daba la niebla a esa altura de la noche, se pareció mucho a una batalla cinematográfica.

Mi visual de aquel cuadro desagradable fue tras el hombro de Ana, quien con su vestido blanco y las manos apretando fuertemente la pollera observaba estupefacta la bataola parada en el centro de la pista. De fondo, sonaba Last train to London. Y me dio lástima, una vez más, esta mujer desafortunada que, de pronto, corrió al centro del meollo y comenzó a insultar y a golpear a aquellos hombres con aspecto medieval, entre los que ya se podía vislumbrar sangre. Ana lloraba, se le había corrido el maquillaje y manchado el vestido, que de lejos parecía un gran bollo de papel seda rodando en stop motion por el viento de aquella noche negra. Ante su presencia, los contrincantes fueron agachando la cabeza, mientras ella emulaba a una monarca enfurecida con sus tropas. La pelea cesó. Entonces, la novia encaró de vuelta a la carpa, donde todos devorábamos el grotesco espectáculo. Nadie acudió a su abrazo durante su furioso peregrinar, por lo que intenté adelantarme a la masa de gente para consolarla. Pero antes de llegar al centro de las luces, se dio media vuelta y desapareció en la oscuridad.

Valeria no podía mirar a cámara durante la sesión de fotos. Me sorprendió, porque no era del tipo de personas que evitaba el contacto visual en una conversación, su actitud social era, más bien, desafiante y extrovertida. Pero aquella situación me puso frente a una nueva Valeria.

Cuando llegó me llamó la atención cómo se había arreglado, tenía el pelo planchado de peluquería, la cara muy maquillada con una base pesada y algo rosada para su color de piel, que generaba un alto contraste con su tono natural del cuello. Llevaba un vestido de lino blanco, cerrado adelante y con un largo cierre atrás. Tenía los nervios esperables. Hablaba más de la cuenta y no paraba de moverse. Me hizo varias preguntas cuyas respuestas no le interesaban, como dónde estudié fotografía, si era fácil, qué cámara tenía o si había hecho alguna muestra. Halagó el improvisado estudio y se quedó parada en el medio sin saber qué hacer, con el bolso que había traído con más ropa para cambiarse, colgado del hombro.

Le ofrecí algo para tomar en un intento de romper el hielo y me pidió “cualquier bebida blanca”, lo cual volvió a desconcertarme teniendo en cuenta que eran las dos de la tarde. Cuando regresé con su encargo, ya había dejado sus cosas tras el biombo y tenía mi cámara en la mano. “¡Whisky!”, gritó eufórica mientras me sacaba una foto en la que salí con el vaso en la mano y cierta cara de susto.

Reímos un rato y en tres tragos Valeria dejó a atrás la vergüenza.

Le hablé del proyecto un largo rato. Me escuchó sin interrumpirme, como si se lo hubiese propuesto de antemano. Y esta vez pareció haber sido otra su interpretación, ya que me agradeció su inclusión en la serie. “Hay maternidades que huyen del falso ideal porque son realmente ideales”, dijo. Y, una vez más, tomé nota de su inquebrantable actitud de buena madre y de su afán por demostrarlo permanentemente. Entonces sentí el primer ruido, la sombra de la sospecha pasó corriendo por mi conciencia. Me preguntaba por qué se empeñaba tanto en sostener aquella postura ante mi mirada. Valeria siempre me quiso demostrar algo: en aquel momento que no era como yo sospechaba y luego que era capaz de todo.

Para las primeras tomas le propuse, como hice con Ana, fotografiar partes de su cuerpo que creía que había cambiado tras tener a sus hijos. Pero dijo que todo en ella se había transformado con la maternidad. Me pareció interesante su visión, entonces comencé haciéndole unos retratos de perfil, con algunos detalles de sus

manos, su cuello y su pelo. Me interesaba su piel algo ardida por la vergüenza y satinada por la transpiración. Parecía hablar. Pensé que tendría que mandar las fotos a un retocador para unificar el tono, por el exceso de maquillaje sumado a la rosácea que le había aflorado en la cara y en el pecho, repleto de pecas.

Se fue aflojando de a poco, primero la actitud, luego el cuerpo. Y en un momento me pidió parar un rato para ir al baño. La casa estaba en silencio y pude oír todo lo que hacía, ya que el baño estaba justo al lado del cuarto donde estábamos. Pasó un rato largo luego de que tirase la cadena hasta su vuelta, y en el medio sentí el ruido del cierre de su vestido, lo cual me extrañó porque para hacer pis, como era corto, bastaba con levantarlo. Hasta que comprendí, cuando volvió, que se lo había sacado. Valeria entró totalmente desnuda, riéndose.

—¿Qué hacés? —le pregunté.

—Mientras hacía pis me acordé de que una de las marcas que habían dejado mis hijos en mi cuerpo era esta teta mucho más chica que la otra, ¿ves? —dijo señalándomelas— y también me saqué la bombacha por la cicatriz de la cesárea, por si le querés sacar, pero eso es más común, ¿no?

—Sí —le dije tratando de ubicarme en aquella situación bizarra e incómoda.

Varias veces había fotografiado a mujeres desnudas, eso no me

intimidaba para nada. Valeria había abierto un juego de nuevas posibilidades, y yo debía aprovecharlo aunque me hubiera gustado más dirigir yo la sesión de fotos y no ella a su antojo—. Ok, sigamos así —le dije, y luego comencé a guiarla con ciertas poses y actitudes.

Me costaba lograr que se sacase las manos y el pelo de la cara. Una poderosa pulsión parecía obligarla a esconder el rostro, que paradójicamente era lo más armonioso que tenía. En contraste con sus gruesas piernas, su cintura poco definida y sus tetas caídas, las facciones de Valeria eran suaves y elegantes, incluso el contraste de su pequeña nariz perfecta con sus enormes ojos resaltados por la sombra negra, daba muy bien en cámara. Pero, hábilmente, ella intentaba llevar mi mirada hacia sus manos. Y las fotos estaban quedando interesantes, aunque no estaba satisfecha en mi búsqueda porque no lograba que mirase a cámara. La escena era perfecta para el proyecto, pero me faltaba que sus ojos chocasen con los míos, que su verdad se diera de frente con el espectador.

Valeria no se me estaba revelando. Así fue como, tras sugerírselo de varias maneras, se lo pedí expresamente y con la mayor firmeza que pude. Ella se

levantó del piso y finalmente me miró fijo a los ojos.

—Ignacia, ¿vos te creés que soy pelotuda, oligofrénica o que no te miro porque soy bizca y va a quedar feo en las fotos? —me gritó.

—No pienso nada de eso, Vale —le contesté algo temblorosa, mientras apoyaba la cámara en una mesa—. Sí creo que debe haber algo tuyo que te da mucha vergüenza mostrar.

—Pero, ¿qué decís? ¿Me ves tímida? ¿Te parece pudorosa una mujer que te muestra las tetas para que le saques fotos? —el tono y el volumen de su voz me daban algo de miedo y, por un momento, temí estar sola en la casa con ella.

—Tímida, no. Creo que ocultás algo.

—Ah, pero vos sos una siniestra, me pedís que te ayude en tu proyecto, de buena fe accedo aunque me cueste y cuando me tenés en el colmo de la exposición y de la vulnerabilidad, tenés el tupé de decirme que escondo algo…

—Perdoname, pero es lo que siento. ¿Qué escondés, Valeria? Tal vez puedo ayudarte, a mi también me pasaron cosas que no me enorgullecen y que preferiría no andar exhibiendo por ahí. Charlemos

si te hace bien. Pero siento que no estoy captando algo importante en vos como madre para mis fotos, y así no me sirve.

—¿Qué te gustaría que te dijese? ¿Qué te dejaría más contenta? ¿Que soy drogadicta, frígida o swinger? No, pará, me parece que tu imaginación puede más que eso, sería un fraude al final. Acaso, ¿te cerraría más que soy lesbiana y que estoy enamorada de vos?

—No, nada de lo que estás diciendo me cierra. Igual no soy nadie para meterme en tu vida. Necesito sinceridad, ver la verdad en tu mirada para mis obras. Y no la veo. Simplemente quería que formases parte de mi proyecto porque sos madre, pero ahora me doy cuenta de que eso no me basta. Y realmente es muy importante para mí este trabajo como para hacer algo de compromiso —le dije con un tono apaciguador, mientras fui a buscar el vestido al baño para que se tapase.

—Y lo estoy haciendo, ¿o no? —me gritó.

—Sí, y te agradezco que hayas venido. Pero no voy a seguir en estos términos.

¿Por qué te ponés tan agresiva? Te pedí que mirases a cámara porque estoy trabajando en una serie de obras en las que quiero que se repitan ciertos parámetros. La mirada a cámara es uno de los que más me interesan.

Lamentablemente, si vos no podés hacerlo no puedo incluirte —le expliqué lo más respetuosamente que pude y le di el vestido, pero lo tiró al piso.

—Sí, puedo. Empecemos de vuelta. Dale, sacá —me dijo llena de ira. Dio unos pasos hacia donde estaba armada la iluminación para las tomas y se paró de frente, con la mirada fija en la mía.

Ahora Valeria había tomado el poder absoluto de aquella situación. Pensé en contradecirla y echarla de mi casa. Pero no lo hice, no se si por falta de coraje o porque había algo en su forma de actuar que me atraía demasiado. Tomé la cámara por miedo, estaba segura de que esa foto no me serviría. No la quería, tampoco. Su mirada no me hablaba de su maternidad, sólo traslucía un último intento desesperado por sostener algo que ya era insostenible. Y odio. Mucho odio. Aunque luego descubrí que de eso se trataba para ella ser madre. Disparé algunas veces, sin ganas, incómoda, presionada, sin poder sugerirle alguna pose o siquiera hablarle. Ella permaneció estoica, sólo pestañeaba. Miraba a la cámara como si tuviese un revólver en la

cabeza, obligada, amenazada y con un dejo de resignación en los párpados algo caídos. Hasta que le mentí que ya eran suficientes y que habían quedado muy bien. Quería que se fuera.

Tras su partida quedé con las piernas flojas. Aquella discusión me había perturbado, no estaba acostumbrada a ese tipo de violencia. Valeria era violenta, pero de una manera solapada, elegante, prolija. Hacía su catarsis con la agresión, luego pedía disculpas y actuaba como si nada. Indudablemente había algo en su forma de ser que me interesaba: su intensidad, el clima tenso que generaba su presencia, su hijo obeso, su marido ausente.… Hubo un tiempo en el que creí que había soportado su maltrato y hasta cierto abuso de poder para incluir sus fotos en mi proyecto. Pero después me di cuenta de que algo mucho peor nos unía. Así fue como empecé a obsesionarme con aquella mujer enigmática.

Tras la sesión de fotos, Valeria sabía de mi sospecha y de mi interés. Quedé aturdida, con una sensación de incomodidad y pérdida de control. No creía ser una persona insegura, sin embargo esa mujer había logrado que pensase lo contrario. Durante los días que siguieron hasta llegué a dudar respecto de seguir con el proyecto. Afortunadamente no me permití semejante derrota, así me

convencí de que sí podría rescatar alguna de las fotos que habíamos hecho. Y fui por más. Pensé que, en tal caso, acompañaría sus imágenes con citas de Simone de Beauvoir. El Segundo Sexo era uno de mis libros preferidos, siempre volvía a sus páginas porque sentía que allí estaba contenida, en palabras, la vida de todas las mujeres. Entonces fui directo al capítulo dos, que Beauvoir había titulado La Madre. Y allí encontré una nota mía en un papel suelto: “La Beauvoir feminista versus la madre. Sus reflexiones me despertaron, me despabilaron, desarmaron aquel concepto ingenuo que tenía sobre la maternidad. La imaginé recopilando información, tapada de papeles en un escritorio con vista al Sena, o cargando su maletín pesado hacia el café de Flore para seguir con su rigurosa investigación, siempre teñida de su aguerrido feminismo. No tuvo hijos, llevó una vida intensa y de vasto reconocimiento. Me preguntaba qué hubiese sido de ella de haberse relegado al ámbito doméstico, cómo podrían haber resultado sus embarazos, sus partos. Y admiré su temple, su autoconocimiento y su voluntad, no sin sentir cierto rechazo por su severidad y su exceso de coherencia entre vida y obra”.

Releí los fragmentos que había subrayado años atrás, desde la primera vez que leí aquel libro que cambió mi cosmovisión, sin otra consigna que la pura identificación. Sobre ser madre, por ejemplo: “Las penosas

y absurdas maternidades han destruido el sentimiento maternal"; o "en la mayoría de los casos, la mujer necesita un apoyo masculino para aceptar sus nuevas responsabilidades; sólo si un hombre se consagra a ella, se consagrará ella, a su vez, gozosamente al recién nacido".

La compañera de Sartre, o el paradigma del feminismo, me sorprendía asumiendo cuánto poder tenía el hombre sobre la mujer. Como cuando afirmaba que "la mujer que ama a su marido amoldará frecuentemente sus sentimientos a los que experimente él: acogerá el embarazo y la maternidad con alegría o mal humor, según que él se sienta orgulloso o importunado por ello (…) si lo que siente con respecto al marido es hostilidad la situación es diferente: puede consagrarse ásperamente al hijo cuya posesión le niega al padre, o, por el contrario, puede mirar con odio al vástago del hombre detestado".

Encontré muy resaltadas, con signos de admiración, dos citas. Una, previa al nacimiento de Allegra, porque suelo poner fecha a mis anotaciones en los libros:

"Son las mujeres que reciben demasiados cuidados, o que se ocupan demasiado de ellas mismas, las que presentan el mayor número de fenómenos morbosos".

Y, la otra, posterior a mi maternidad: "Todos los psicoanalistas admiten que las madres que viven con la obsesión de hacer daño a sus hijos, las que se imaginan

horrendos accidentes, experimentan hacia ellos una enemistad que se esfuerzan en rechazar".

La lectura de Simone de Beauvoir, no me es placentera. Me cuesta seguirla con fluidez, pero me esmero tanto en no abandonarla como en absorber sus pensamientos, simplemente la admiro. Suelo hallarme en sus descripciones, para bien o para mal. Pero lo que más me atrajo siempre de ella fue su valentía de poner en palabras ideas que otros, aún muchos años después de su muerte, no se animarían a expresar. Como cuando se refería al tipo de madres que se convierten en esclavas de sus hijos para compensar el vacío de su corazón y castigarse por una hostilidad que no quieren confesarse; "cultivan indefinidamente una ansiedad morbosa, no soportan que el hijo se aleje de ellas; renuncian a todo placer, a toda vida personal, lo cual les permite adoptar una actitud de víctimas: y de estos sacrificios extraen el derecho a negar al hijo toda independencia; esta renuncia se

concilia fácilmente con una voluntad tiránica de dominación, la mater dolorosa hace de sus sufrimientos un arma que utiliza sádicamente; sus escenas de resignación engendran en el niño sentimientos de culpabilidad que, a menudo, pesarán sobre él durante toda la vida: esas escenas son aún más nocivas que las escenas agresivas".

Las citas que habían llamado mi atención durante años, antes y después de tener a mi hija, paradójicamente también me remitían a Valeria. Ya sentía identificación directa con esos pensamientos, pero ahora mi yo más oscuro parecía haberse personificado en esa mujer. ¿Sentiría ella, como sentí yo, el acecho de la locura?

* * * * *

La semana siguiente al casamiento de Ana, de la administración del barrio enviaron un mail a todos los propietarios de Altos del Oeste. Narraba los hechos ocurridos en la fiesta, incluso identificaba con nombre y apellido a cada uno de los adolescentes involucrados, relacionados también con algunos otros episodios recientes de robos y vandalismo. Hubo familias a las que les faltaron bicicletas, que luego vieron montar a estos chicos descaradamente, y unos vecinos muy próximos a mi casa encontraron todo revuelto a la vuelta de un viaje, con

botellas rotas por doquier, colillas de cigarrillos y porros. También se les adjudicaba tal episodio. Pero había sucedido un hecho mucho más aberrante, en manos de estos chicos, que no figuraba en el mail y del que, según me había contado Ana, todo el barrio hablaba: una violación. Todo comenzó en una fiesta que organizaron en una casa. Los padres no estaban y había alcohol y droga, pero aquel descontrol no fue suficiente para dos de los varones, que convencieron a una amiga que estaba más que borracha para ir a la casa de al lado, donde no había nadie porque la familia había salido de vacaciones. Una vez adentro, la violaron, la filmaron y subieron el video a todas las redes sociales. La nena tuvo dos intentos de suicidio y se abrió una causa penal entre los padres, que no estaban ni aquí ni allá.

La administración llamaba a una asamblea general para tratar el tema. La gota que había rebalsado el vaso parecía ser la bataola del casamiento de Ana, o aquello de lo que sí se podía hablar públicamente. Aunque también se daba cuenta en el comunicado de un intento de diálogo de las autoridades del barrio con los padres de los responsables sin resultado alguno. Pensé que no asistiría, que si la cuestión de la educación es un karma que viene arrastrando el país a

nivel macro, esta microcomunidad no sería la excepción a la regla. Reflexioné acerca de los valores que me inculcaron mis padres, recordé su presencia, su atención a cada una de mis reacciones y me sentí tan afortunada como aturdida por lo que me esperaría como madre, en esta época.

Esa semana, el jardín rodante tocaba en la casa de Valeria. Ana no llevó a la nena. Todavía no había hablado con ella del casamiento e iba a esperar a que me llamase. Llevé a Allegra con prisa, tenía que irme a trabajar y, por otro lado, no quería participar de ningún chusmerío post fiesta. En la puerta me encontré con Lucrecia y su hijo, Benjamín. Y entramos juntas. Allí conocí a Marta, la empleada doméstica de Valeria. Era una mujer de unos cincuenta años, pelo decolorado a la nuca, cuerpo de nena y voz de fumadora. Dijo que esperásemos en el living a la dueña de casa, que estaba terminando de preparar al nene y controlando al mayor, que no había ido al colegio porque se sentía mal. Nunca hubiese imaginado que, más adelante, mi diálogo con aquella señora sería constante. Benjamín y Allegra se sentaron a jugar, y supe que Lucrecia también sintió la misma frustración que yo al no poder salir volando.

A los quince minutos llegó la maestra y justo, también, bajó Valeria. Con Lucrecia nos disponíamos a salir, pero nos pidió por favor que compartiéramos con ella un café.

—No dormí en toda la noche. Luca no paró de vomitar, pobrecito. Y Marcos que lloraba como un desquiciado. Encima estoy sola porque mi marido está de viaje, para variar. Ahora voy a esperar un rato y si no mejora me voy a la clínica.

—Pero, ¿qué le pasa? —pregunté.

—Vomita todo lo que come, que es mucho, no se olviden de que mi gordito es obeso. Esto pasa seguido, pero los médicos no pueden dar con el problema.

—Si necesitás algo avisame —todavía aquella Valeria madre, protectora y abnegada me enternecía. Aunque no entendía cómo, habiendo pasado semejante noche, estaba tan arreglada, con el maquillaje impecable y el pelo con brushing.

—Sí, gracias. Igual está Marta. Con ella hacemos un buen equipo. Aunque me pasa que quiero monopolizar todo. No soporto dejar a mis hijos mucho con otra mujer, siento que le van a tomar más cariño que a mí. Y después, cuando le tiran los brazos, me resulta terrible. Quiero

estar presente, que me huelan, que respondan a mi voz. Me hago cargo de la decisión que tomé al tenerlos —y soltó una risa para aflojar el clima raro que había generado con tal apertura.

—A mi eso no me pasa —intervino, por fin, Lucrecia—. Asumo que muchas veces quiero escapar no sólo de mi casa, sino también del rol de madre. Deseé a Benjamín y es lo más hermoso que pudo pasarme, pero también me cuesta conciliar su cuidado y atención con otros aspectos e intereses de mi vida.

También me gusta mi profesión, me gratifica mucho, tanto como ser mamá.

—Días negros y días felices, les llamo —agregué—. Hay que surfearlos, a los oscuros. Cuesta, con la culpa a cuestas. Porque, chicas, asumamos que la sociedad aún festeja la maternidad cual destino femenino por excelencia y allí, en el ámbito público, casi no encontramos lugar para manifestar nuestras contradicciones sin ser tildadas de, bueno, todo lo que ustedes ya saben. Cuando nació Allegra sufrí una psicosis post parto, miren si me habrá shockeado ser madre…

—Qué feo, Nacha. Se perfectamente de qué se trata y te entiendo —me dijo Valeria y se me quedó mirando como a la espera de que le contara más del episodio. Pero no tuve ganas y apuré varios tragos de café sin mirarla—. Aunque la verdad es que no estoy de acuerdo con lo que planteás de la maternidad—

simuló sincerarse, intentando ser fiel a ese estilo frontal que actuaba.

Lucrecia sorbió el último trago de café y me miró como para irnos. Agradecí su actitud. Quería huir de la mirada severa de Valeria y evitar oír sus pensamientos e imaginar sus especulaciones. No sé por qué conté lo que me había pasado allí, delante de ella. Cada vez sabíamos más la una de la otra, aunque aún me faltaban muchas piezas para armar su rompecabezas. Quizá las más difíciles. Nunca me había topado con alguien como Valeria, y su forma de ser me intrigaba demasiado. Agradecí el café, acusé mucho trabajo atrasado y escapé.

Camino a casa, Lucrecia me dijo que ella se sentía como yo, incluso mucho peor.

Que a los días que nació su bebé había colapsado y se había ido a la casa de su madre por dos semanas. Esperó que su marido llegase una tarde cualquiera y le dejó a su bebé. Se fue con una mochila con ropa

y las tetas que le reventaban del dolor y la fiebre por la leche. También cargaba toda su angustia a cuestas.

Llegamos a su casa y me quedé con ganas de saber más, entonces le pregunté cuándo podíamos hacer las fotos. Acordamos una mañana. Pero cuando nos estábamos despidiendo sonó mi celular. Era Marta, la empleada de Valeria que me pedía que buscásemos a los chicos lo antes posible porque se iban todos a la clínica. Luca estaba mal.

Tenía muchas notas atrasadas, el proyecto de fotos sobre la maternidad estaba copando mi atención. Recordé aquello que me había dicho la psiquiatra durante una de mis sesiones, refiriéndose a esa manía mía de las listas con tareas que nunca llegaba a cumplir. “Procrastinación”, me anotó en un papelito. Fiel a ese espíritu, lo googleé antes de disponerme a trabajar. “La procrastinación (del latín: pro, adelante, y crastinus, referente al futuro), postergación o posposición, es la acción o hábito de postergar actividades o situaciones que deben atenderse, sustituyéndolas por otras situaciones más irrelevantes y agradables. Se trata de un trastorno del comportamiento que tiene su raíz en la asociación de la acción a realizar con el cambio, el dolor o la incomodidad (estrés). Éste puede ser psicológico (en la forma de ansiedad o frustración), físico (como el que se experimenta durante actos que requieren trabajo fuerte o ejercicio vigoroso) o intelectual”, aventuró Wikipedia. Estuve de acuerdo con el wiki-diagnóstico, pero me desafié a contrariarlo y pude avanzar en una nota sobre el fenómeno de lo que di en llamar los “quincebooks”, grandes o pequeñas producciones de fotos, de bajo o alto costo, que algunas chicas que cumplen quince piden para su festejo además de las tetas. Allí despliegan un erotismo precoz a modo de juego, con poses estudiadas que han absorbido desde nenas. Investigué sobre cómo es el vínculo cotidiano que tienen con la fotografía, la pose que emula a las modelos y cuáles son los factores sociales que se esconden tras esta tendencia.

No faltó la cita y la consulta a mi querida Susan Sontag. El teléfono sonó varias veces durante mi batalla contra la amenazante procrastinación. Pero le gané. Y

recién atendí cuando los puntos estaban a mi favor. Era María, para avisarme que se había confirmado mi casa como locación para la película y que iban a comenzar a rodar en una semana. Me consultó si podría venir con el director y otras personas del equipo al día siguiente para ultimar detalles. Y asentí con una sensación más de arrepentimiento que de felicidad por aquella decisión.

Me había quedado preocupada por Luca y como tenía un rato hasta buscar a Allegra decidí ir a visitarlos a la clínica, previo llamado a Valeria que me citó en la cafetería. A los pocos minutos estábamos sentadas cara a cara, en un lugar ajeno a nuestra cotidianidad, sosteniendo dos vasitos de telgopor y una conversación algo nerviosa y bastante forzada. Ella, muy arreglada como siempre, tenía un par de revistas de moda y espectáculos en la mano. Y me arrepentí de inmediato de aquella visita. No por las revistas, aunque no podía creer cómo podía prestar atención a semejantes trivialidades mientras su hijo estaba internado. Valeria no era mi amiga, la conocía hacía apenas unos meses y más allá de la relación que habíamos entablado gracias al jardín de nuestros

hijos, no compartíamos intereses o gustos. Ni siquiera la consideraba una persona agradable o divertida. Tampoco era querible. Más bien, todo lo contrario teniendo en cuenta lo desagradable que había sido el día que le propuse las fotos y, luego, en la sesión misma. Sin embargo, allí estaba yo: extrañamente pendiente de los sucesos de esta mujer que no dejaba de sorprenderme con sus impredecibles reacciones.

—Perdón que el otro día se suspendió el jardín en casa. Pero Luca vomitaba de una manera descomunal. Me dio miedo. Acá pasó la noche pésimamente, siguió vomitando mucho. Bilis. Ya vine dos veces a esta clínica porque me queda cerca, pero quienes lo trataron en los dos episodios no le encuentran el por qué. Ahora me propusieron empezar a analizar algunas cuestiones psicológicas también y me recomendaron a un psicólogo infantil. Justo a mí me lo vienen a decir, que soy psicóloga. Les conté que lo que tiene es una enfermedad hereditaria, que un familiar mío la padecía pero insistieron. De hecho a Luca lo trato desde bebé con un especialista en obesidad mórbida. Qué fea palabra, ¿no? Es la peor clase.

Luca tiene toda la contención familiar desde que nació, ¿de qué factor psicológico me hablan? Me siento humillada porque están poniendo en duda mi entrega. Esto ni se lo voy a contar a Pablo, ¿sabés el disgusto que le puede agarrar? Estamos en contacto permanente desde ayer. Él en Suiza y yo acá, no importa. Pero juntos en estos momentos. Como Luca me necesita a mi, yo dependo mucho de mi marido. Y cuando pasan estas cosas, él está al pie del cañón. Siempre me inspiró una imagen paternal. Bueno, la diferencia de edad no es el único factor. Su personalidad, es muy protector. Sabés, cuando lo conocí, se estaba divorciando de su matrimonio anterior. Y una de las cosas que más me enamoró de él fue cómo manejó las cosas con su ex y la actitud que tuvo, y tiene, con su hija. Ah, no se si te lo había contado, pero tiene una hija de treinta años a la que nunca le falta nada…

Valeria siguió su monólogo largo rato. Con la mirada fija en la suya, me evadí en algunas divagaciones que me condujeron hacia una sospecha siniestra sobre aquella mujer, que se esmeraba tanto en mostrarse como una madre abnegada, digna de la máxima admiración, pero cuyo discurso me sonaba a otra cosa. Hasta que se dio cuenta de mi distracción y me preguntó si estaba bien, tocándome el brazo.

Cuando me fui, caminé por aquellos pasillos de luz blanca sin darme cuenta de nada de lo que allí sucedía. Sumida en mis pensamientos, me pregunté por qué me había despedido de Valeria ofreciéndole nuevamente mi ayuda y contención,

si algo en ella comenzaba a provocarme tanto rechazo. Decía que hacía de todo por la salud de ese hijo obeso, pero el chico no mejoraba. Hacía alardes del vínculo con su marido, pero éste nunca estaba. Encima me había agredido en su casa y hasta en la mía, durante la sesión de fotos… ¿Por qué me empeñaba en ser testigo, y hasta cómplice, de sus mentiras? Porque Valeria era una parte de mí.

* * * * *

María llegó puntual, impecablemente vestida y eufórica. Venía acompañada del director de la película, un tipo de unos cuarenta y cinco años, jeans rotos, pañuelo tipo bandana rojo atado a la muñeca, y dos chicas encargadas de la dirección de arte y fotografía, muy bajitas, todas vestidas de negro. Como si me conociese de toda la vida, se mostró confianzuda conmigo ante sus invitados y hasta les ofreció café antes de que se lanzaran a inspeccionar cada rincón de mi casa, mientras ella vino a mi estudio y se me sentó al lado.

—¿Trabajás? —me preguntó al tiempo que apoyaba su bolso de charol negro en mi escritorio.

—Si no está mi hija en casa, no hago otra cosa —le dije con una sonrisa.

—Pero ella nunca está, ¿no es cierto? —me movilizó el desparpajo con el que me lo preguntó.

—Sí, está. Duerme todas las noches acá. Ahora está en la casa de mi suegra, ella y mi mamá me ayudan mucho con su cuidado. Necesito trabajar.

—¿Por el dinero o por una necesidad tuya? —María era espontánea e inofensiva, estaba segura de que sus preguntas eran genuinas y no

intentaba molestarme.

Pero me resultaba bastante incisiva.

—Por las dos cosas.

—Y, ¿qué escribís?

—Ahora estoy empezando una nota para el diario sobre el movimiento slow en la moda.

—Conozco el tema, muy interesante. ¿Y estas fotos? —me preguntó señalando el collage de inspiración que había armado en la pared de mi escritorio para el proyecto fotográfico.

—Es un trabajo sobre la maternidad en el que estoy trabajando. Esas son mis referencias. Ya saqué fotos a dos modelos, vecinas del barrio.

—Pero, ¿cuál sería el enfoque?

—Es un tema que me atrae, que vivo y del que creo que queda mucho por hacerse —ya me estaba resultando algo molesto su cuestionario. No me gustaba hablar de mí—. Pero lo cierto es que estoy bastante perdida aún y no sé qué va a resultar, si es que resulta algo.

—También soy madre. De Camila, tiene diecisiete. Es grande mi reina… y bella.

Tiene una personalidad avasallante, le gusta el cine y ya está anotada para arrancar el año que viene sus estudios en New York —María me contaba aquello mientras seguía investigando mi estudio, tocaba las fotos, los libros, los discos…

—. Costó convencer al padre, pero ya está, lo logramos. Son cuatro años afuera.

Yo no me hago problema porque la voy a ir a ver todo el tiempo, pero a él se le complica por el trabajo, es político y viaja sólo por sus obligaciones laborales.

—Fuiste mamá muy joven.

—Sí, tenía justo la edad que ella tiene ahora. No entendía nada de la vida. Ahora no cambió tanto la situación pero no cometería ese error nuevamente. Aunque

“error” quizá no sea la palabra… quiero decir que aprendí a meditar

mis decisiones en base a quién soy y sobretodo teniendo en cuenta qué quiero. Todo gracias a un trabajo de autoinspección, una terapia eterna. La mía es la historia de la chica bien que queda embarazada y sola el mismo día. Que no puede ni quiere contar con nadie… Perdón Ignacia, te estoy molestando, me desubiqué.

Disculpame —y agarró su bolso como para irse.

—María, por favor. No me incomoda que me cuentes.

—¿Sí? Entonces nos debemos un rico té durante la filmación, que voy a estar por acá —ya había cerrado la catarata de emociones.

A los pocos minutos, el equipo terminó su requisa y nos despedíamos. María me dijo que en los próximos días me iba a molestar varias veces por minireuniones con ella por el tema del pago y el contrato, para ver el reglamento del barrio para filmar y otros detalles importantes para estar tranquilas durante el rodaje.

Cuando salí a despedirlos justo vi venir a Ana. Me dio alegría verla, parecía contenta. Preparamos café y salimos al sol a tomarlo. Me contó de la luna de miel en Brasil, de lo que bien que la pasó Inés en la playa pero omitió por completo el episodio final del casamiento. No intenté ponerla en evidencia y le seguí la corriente, mientras comentamos lo bien que había salido cada detalle que habíamos planificado juntas, los vestidos de las invitadas y otras estupideces.

Ana quería que Inés retomase el jardín rodante pero me proponía cambiar de maestra. Decía que no incentivaba a los nenes, que Inés se aburría y que no le gustaba la energía de Eugenia, que además siempre llegaba tarde. No estuve de acuerdo, me parecía que estaba bien para esos meses previos a un jardín formal, porque además las demás madres no se habían quejado. Pero Ana venía con una solución y propuso poner su casa fija para el resto del año. Quería vigilar de cerca la situación. Claro que tendríamos que proponérselo a Valeria y a Lucrecia.

Por mi no habría problema, con tal de que el jardín continuase y yo pudiese dejar a mi hija allí.

Salí a correr con un solo de piano como banda de sonido. De chica, mientras iba atrás en el auto de mis padres, sumida en mi propio mundo, jugaba a “filmar”

videoclips. Con la música que sonase, encuadraba escenas que veía en la calle, enfocaba, desenfocaba y hacía mis propios efectos visuales.

Nadie se enteró jamás de mis producciones cinematográficas mentales, ni mucho menos de que sigo montándolas de adulta. Aquella tarde estaba iluminada como directora. El aire fresco me impactaba a la velocidad de mi trote de un modo muy placentero, el cielo se había puesto naranja mientras el sol caía, no había mucha gente en las calles del barrio… Todo me inspiraba. Pero cuando empecé a rodar no registré las imágenes que veía en vivo, las fachadas de las casas, los pocos árboles y algún que otro perro o gato no me interesaban en absoluto, por eso fui a mi propio archivo. Entonces me vi a mi misma durante el parto, cuando nació Allegra. La cámara me enfocaba de frente. Se trataba de una sucesión de escenas fuertes, explícitas, bellas desde la fotografía y el arte, pero desgarradoras, algunas, maravillosas otras. Luego hice un flashback hasta la escena de la noticia, aquel test positivo que sostuvimos para la foto con manos temblorosas y

ojos hinchados de sueño y miedo; la felicidad y la angustia; el cuerpo, mi cuerpo, su cuerpo, nuestros cuerpos cerca, lejos, ajenos, desconocidos; la exposición a lo más bello y lo más doloroso, la piel en carne viva, quemada por las miradas, las opiniones, los susurros; la preparación del nido, la lana, las telas, los colores pasteles, las siestas con mi madre; el agua, la sangre, los latidos, los ojos cerrados de miedo, las lágrimas escapando por los poros, los gritos, el corte y tras aquella cortina azul, su llanto; su mirada; el reconocimiento animal. No pude tocarla, no quise tocarla. Se la llevaron. ¿Dónde estaba? ¿Cuándo la traerían? ¿La querían robar? ¿Alguien había se había dado cuenta de mi incapacidad para ser madre ya? Me paré, me caí. Era hermosa, tenía una mancha en el cuello. Pero no podía tocarla. Ella sabía quién era yo, quería mi leche; pero yo no quería dársela; lloró, lloré; era de noche y él estaba a mi lado pero no lo sentía.

No había mucho tiempo para hacer las fotos con Lucrecia. Aprovechamos que tocaba el jardín rodante en lo de Ana y los chicos estarían allí. Pero lo cierto fue que resultó suficiente. Lucrecia no tenía inhibiciones con su cuerpo, vestida o desnuda se movía libremente frente a la cámara, y eso me dio total libertad para trabajar. Además de placer. Era muy plástica y eso se vio reflejado en las fotos, que fueron las que más me terminaron gustando de la serie.

Desde que entró al estudio, como una modelo profesional, se puso a mi absoluta merced. Prestaba atención a cada sugerencia que le hacía y se esmeraba por encontrar poses que me gustasen. Logré fotos bellísimas, no sólo gracias a su actitud, sino también a la belleza de sus colores contrastantes. La melena colorada, los ojos claros, la piel blanquísima repleta de tatuajes, entre los que se destacaba un pájaro enorme en honor a su hijo Benjamín, que se extendía por el lateral

izquierdo de su abdomen…

Permaneció siempre en un conjunto de ropa interior blanco de algodón.

Debatimos juntas un posible desnudo, pero lo descarté porque en ella no me sumaba nada. Tenía el cuerpo intacto, la piel y los músculos firmes, sin cicatrices ni estrías, como si no hubiera tenido un hijo.

Entre las poses que me propuso, todas acordes con la temática del proyecto, para una se ovilló en posición fetal en el piso y me dijo que así solía ponerse cuando más miedo y angustia tenía. Y se quedó largo rato así, sin hablarme. Pensando.

No quise interrumpirla. La observé desde arriba, me hizo recordar aquella foto legendaria que Annie Leibovitz supo sacarles a Lennon y a Yoko. Allí, él siempre me remitió a un bebé. Desprotegido, frágil y dependiente de su maternal pareja. Lucrecia también me inspiraba más una hija que una madre, y se lo confesé sin ánimos de ofenderla mientras le sacaba un primerísimo primer plano de las rodillas casi encastradas en las axilas. Lejos de eso, ella me siguió contando con total naturalidad, primero mientras posaba y luego las dos sentadas en el piso, aquella historia que habíamos dejado en ciernes.

Durante los días que se había escapado de su flamante condición de madre, durmió en la cama en la que creció. Permaneció allí largas horas, días enteros entre sueños o mirando el techo. Llegó con una mastitis y luego se le cortó la leche. Organizó todo tipo de salidas nocturnas con las pocas amigas que aún llevaban una vida de absolutas libertades. Se emborrachó varias noches seguidas y vomitó, mucho. Volvió a escribir en el diario íntimo que llevaba a sus quince

años, pintó, dibujó. Ayunó. Todo lo hizo compulsivamente. Deambuló en pijama por aquella casona vacía, en la que ahora sólo vivían su madre y un gato viejo. Y

en cada espacio recordó algo de ella misma, de quién había sido. Pero no lograba ver claramente en quién se había convertido.

Desde su llegada, su mamá no le preguntó nada. Simplemente le hizo el desayuno al otro día de escuchar su taconeo arrítmico a las cinco de la mañana.

Y se fue a trabajar, como lo hacía todos los días de su vida, sin excepciones.

Nunca habían tenido una buena relación. Lucrecia era la menor de dos hermanas, ninguna deseada según siempre les aseguró su progenitora. Aquella periodista feminista, que fue madre soltera, crió a sus dos hijas sola, e invariablemente se vanaglorió de aquello. Les inculcó los que creía los pilares de su pensamiento, cultivó en ellas el amor por la lectura y las educó en la creencia de que la maternidad es una elección sin retorno, que por cierto nunca les vendió como demasiado prometedora o como un camino a la autorrealización. Más bien, todo lo contrario.

Durante aquellos días de catarsis, en los que Lucrecia prácticamente se borró de su presente, sin noticias de su marido o de su hijo, comenzó a cruzar conversaciones con su madre. Y pudo confesarle varios de sus pesares. Le expuso la vergüenza que le daba su presencia cuando era chica y el dolor que le causaba, por momentos, su ausencia. El odio que le generaba tener que lavarse las bombachas, hacerse la cama y trabajar desde el secundario, la sensación de tener que pagar por haber venido al mundo.

La señora robusta y desprolija en la que se había convertido la otrora mujer fatal de ajustados jeans oxford y plataformas, la escuchó inhalando y exhalando humo, asumiendo y rechazando acusaciones. “El amor no se merece, se gana”, le señaló citando duramente a alguna de sus autoras de cabecera. Hasta que una mañana, cuando le servía el café caliente le confesó que la amaba y que estaba orgullosa de la persona en la que se había convertido. También le pidió perdón por los errores, aduciendo que no podía librarse de ellos, tanto como no podía desentenderse de su humanidad. Y esa misma noche, Lucrecia volvió a su casa ansiosa por ver a su bebé.

Su relato me conmovió, no quise interrumpirla ni por un instante. Así que la escuché largo rato en aquel cuarto devenido en estudio fotográfico y reducto de confesiones. Entendí su fuga, necesitaba arreglar su situación de hija para ser madre. Y me sentí identificada con su miedo, simplemente, a no poder.

Los días que siguieron revisé mi biblioteca buscando palabras para las bellas imágenes que había logrado de Lucrecia. No encontraba nada, hasta que, ya desilusionada, con la mirada perdida en la pared repleta de papeles, frases y fotos que escoltaba mi escritorio, leí un post-it que decía: “El hecho maternal es un momento óptimo para que aparezcan las figuras arquetípicas que podemos admirar o descartar, como, por ejemplo, la madre devoradora, la madre que todo lo puede, la madre que mata, la que nutre, la que abandona, la que se sacrifica, la que muere, la que depreda, la que desaparece o la que cuida

amorosamente.

Laura Gutman”.

Busqué los libros que había leído durante mi embarazo de esta autora de varios best sellers relacionados con la maternidad y la crianza, que se había convertido en una especie de gurú para muchas mujeres. Crianza, Violencias Invisibles y Adicciones y La Maternidad y el Encuentro con la Propia Sombra. Releí mis destacados y transcribí dos que me remitieron a Lucrecia y, por supuesto, a mí:

“…aún las mujeres más modernas y en búsquedas alternativas, mujeres deseosas y amantes de nuestros hijos, sentimos en un lugar muy profundo que este hijo real nos devora, nos mata, nos expulsa de nuestra propia vida”.

“El abandono emocional es violencia: es la violencia del desamparo. La incapacidad de reconocer las necesidades básicas emocionales de los niños es violencia. Negar brazos y contención es violencia. No entrar en conexión emocional con los niños es violencia. Exigir que se adapten desmesuradamente al mundo de los adultos es violencia”.

La mirada de Gutman me resultaba inspiradora y fresca, luminosa y optimista, siempre destacando el vínculo sublime que proponen los bebés con su venida al mundo y la imagen de una madre amorosa y plena, sobre todas las cosas. Pero, a la vez, creía que pecaba de rosa, cuando para mí la maternidad era más bien roja.

El amamantamiento a libre demanda, el niño siempre en brazos, nunca dejarlo llorar, la madre disponible en cuerpo y alma sin excepciones… Cuando la leía, sus consejos me parecían bellos. Pero tenía a mi hija en la panza. Todo cambió cuando Allegra nació. Ya no me sentía capaz de ser una madre al estilo Gutman.

Aunque es preciso destacar, también, el aporte de esta mujer respecto de cuestiones oscuras de las que no está exento este vínculo, como la violencia, cuando por ejemplo dice: “No hay abuso posible sobre un niño o niña sin el consentimiento de la madre”. Al leerlo se me vino automáticamente a la cabeza la película Precious, la historia de Claireece “Precious” Jones, una adolescente obesa y analfabeta, víctima del abuso sexual de su padre, quien la embaraza dos veces. Pensé en esa madre que permitió que el tipo abusase de su beba y en la pobrecita que, convertida en mujer, había quedado excluida de la felicidad.

Recordé la escena en que la asistente social que ayuda a Precious la

cita con su mamá, quien allí confiesa que sólo quería que su marido la amase, que alguien la amase.

* * * * *

No veía a Valeria desde mi visita a la clínica, hacía ya varios días. Como las mamás habían aceptado que el jardín se hiciese siempre en lo de Ana, y Marcos iba a todas las clases custodiado por Marta, tampoco tenía noticias suyas. Me propuse no pensar tanto en el tema, y hasta intenté disuadirme de mis oscuras sospechas. Pero no pude conmigo misma y cuando llegué a dejar a Allegra, le pregunté a Marta cómo seguía la situación del nene. Me contó que Valeria había vuelto el día anterior con Luca después de haber estado una semana en la clínica.

Pero desde entonces se había encerrado en su cuarto. El chico ya estaba en la escuela. Cuando le daba el desayuno, esa misma mañana, el nene le contó algo a la empleada: que le habían puesto un caño que iba de la boca hasta el estómago para que se lavase todo lo que había ingerido, que era lo que la madre le daba siempre aunque él no tuviese hambre. Ella le había pedido a Luca que nunca dijese nada, mucho menos a los médicos, porque lo que le hacía tomar era para curarlo. “Pobrecito, me contó que ahora que se lo habían sacado todo no le dolía más la panza”, dijo Marta con los ojos llenos de lágrimas.

—¿El padre está? —le pregunté.

—No, él todavía no regresó de viaje. En la casa está la señora sola con sus dos hijos.

—¿Creés que ella necesita ayuda?

—Mire señora, esto pasa siempre. Hace muchos años que trabajo con la patrona Valeria. El gordito cada tanto tiene una recaída, justamente cuando el papá está en un viaje largo. Ella se interna con él y vuelven a los días con el problema resuelto. La criatura parece sentirse bien, curado, mientras a la doña le agarran unos bajones que duran días. Sale de su pieza sólo para buscar comida. No se maquilla, no se peina, no se cambia de ropa ni siquiera se baña, ella que es tan coqueta. De los chicos me encargo todo yo porque la señora no les da ni la leche, pero yo ya sé que cuando pasa eso es mi responsabilidad. Me pide, incluso, que me quede a dormir.

—Bueno, gracias Marta —le dije para cortar la conversación. No quería resultar entrometida aunque me moría de ganas de saber más,

de saberlo todo.

Afortunadamente, ni Ana ni Lucrecia oyeron nada. Tomaban mate en la cocina.

Ana no le convidaba a Marta y eso me ponía muy incómoda, por eso siempre yo le acercaba uno a la sillita donde se sentaba, cerca de los nenes y la maestra. La observé algunas veces, gesticulaba mientras pensaba con la mirada fija en sus manos. Se arreglaba los padrastros de las uñas, en un gesto de coquetería que coincidía con su rubio furioso y los ojos siempre pintados con sombra verde, pero que contrastaba con sus zapatillas embarradas y su ropa percudida. Estaba segura de que Marta quería a Luca y a Marcos, incluso a Valeria. Intentaba decirme que algo pasaba y la tenía muy preocupada. Asumí que ni ella comprendía del todo de qué se trataba. O no quería comprender. Por eso vino a contármelo.

No quise perder más tiempo y dejé a Allegra en el jardín. Era su tiempo, su espacio, tanto como el mío. En nuestra despedida, Allegra siempre lloraba, pataleaba y se aferraba a mi ropa. Detestaba que me fuese, que la dejase. Me ponía firme porque sabía que si me mostraba débil tampoco se quedaría de buena manera. Ana me preguntaba si no me daba angustia dejarla así, llorando, pero no, lo cierto era que tras no oír más sus gritos experimentaba una enorme sensación de alivio. Estaba segura de que quería educar a mi hija libre e independiente. No soportaba la sola idea de que fuese de esos nenes que lloran prendidos a la pierna de la madre, me fastidiaba que lo hiciera. Esos nenes me daban rechazo, tan nerviosos, tan miedosos, sus ataques me perforaban los tímpanos. Tampoco entendía por qué lo hacía Allegra, cada vez que la dejaba, si siempre volvía alguien a buscarla.

Fui directo a mi estudio. Me resonaba la confesión de Marta. Y aunque me

habían encargado una nota para el diario, me aventuré a investigar aquello que presentía. “Madres que enferman a sus hijos”, tecleé en Google. Y el oráculo dio sus respuestas, completando mi frase con opciones como “madres que enferman a sus hijos para llamar la atención”, “para cuidarlos” o “síndrome”. Clickeé en uno y otro link vorazmente, como siguiendo una pista tras otra.

Así me enteré, gracias a un artículo firmado por una periodista llamada Clara Eugenia Lara Donantes, que las mujeres son las responsables de la mayoría de los homicidios de lactantes y niños, así como de los malos tratos físicos y abusos sexuales infantiles. Llegué a

un informe que había sido publicado en una revista norteamericana llamada Journal of Pediatrics, que narraba los resultados de un experimento que habían realizado médicos de varios hospitales de Gran Bretaña y luego otros de la Universidad Emory de Atlanta, quienes ante la ausencia de explicaciones para las dolencias y enfermedades de niños internados en condiciones de extrema gravedad, habían decidido filmar con cámaras ocultas a sus padres, en su mayoría madres, de quienes sospechaban que dañaban a sus hijos deliberadamente. El descubrimiento fue aterrador: en 30 de los 39 casos filmados, se observó que los progenitores intentaban ahogar intencionadamente a sus hijos; en otros 2 casos, envenenaban al niño; y en otro, la madre hasta le rompió el brazo a su beba de tres meses. "Los malos tratos se infligían sin provocación previa y con premeditación, e iban seguidos de complejas y creíbles mentiras para explicar las consecuencias", señalaban los autores del estudio.

Lo que me pareció más siniestro fue que en su mayoría esas personas eran mujeres que fingían ser buenas madres, dedicadas, que llevaban rápidamente a sus hijos a atenderlos cuando tenían trastornos y se quedaban a su lado con abnegación, mientras que los médicos trataban de averiguar qué pasaba. Según garantizaba aquel informe, estas mamás actuaban movidas por el prestigio social que da una enfermedad misteriosa, o por la proximidad a poderosos y reconocidos médicos. Les atraía la atención que suscitaban y el dramatismo de la situación. Pero, sobre todo, experimentaban satisfacción aterrorizando a sus hijos, porque no ponían su cuerpo al servicio de este accionar patológico sino que usaban el de sus niños.

Este comportamiento, para mi sorpresa, era un síndrome que llevaba el nombre de un excéntrico militar alemán que vivió por el 1700, Karl Friedrich Hieronymus, Barón de Münchhausen, quien se hizo famoso por contar historias de aventuras fantásticas que en realidad nunca le habían sucedido. Su homónimo es un trastorno mental que padecen personas que se generan trastornos físicos y

hasta se autolesionan para lograr síntomas físicos o psicológicos. Según leí en algunos artículos sobre el tema, esta gente tiene conciencia de lo que está haciendo, pero lo que los mueve a lastimarse o generarse una enfermedad es impulsión inconsciente, relacionada a su necesidad de consideración, de afecto, de veneración. La Organización Mundial de la Salud llama a estos pacientes

"peregrinos" porque van de hospital en hospital. El enfermo puede producirse a sí mismo cortes o erosiones para sangrar o inyectarse sustancias tóxicas. La simulación del dolor y la insistencia sobre el

hecho de la presencia de sangre, puede ser tan convincente y persistente que conduzca a investigaciones e intervenciones o consultas diferentes, a pesar de que los resultados siempre sean negativos.

El síndrome se empezó a estudiar a partir de dos casos, dos madres que en 1977

mintieron respecto a síntomas que padecían sus niños hasta que finalmente se descubrió que eran provocados por ellas mismas. Uno tenía una larga historia de afecciones respiratorias y el otro sufría hipernatremia, que es el exceso de sodio en la sangre. El primero, cuyos síntomas sólo ocurrían en la presencia de su mamá, mejoró durante el tratamiento psiquiátrico. Mientras, el segundo niño murió. En 1994, el médico informó que la madre admitió a su psiquiatra que ella lo había matado administrándole enormes dosis de sal, a veces con alimentos y otras veces sola, como única comida. En ese informe figuraban otros casos igualmente aterradores, como el de Kathy Bush, una madre diagnosticada con síndrome de Münchhausen que fue condenada en 1999 por abuso infantil. Su hija, Jennifer Bush, había sido operada más de 40 veces a sus ocho años de vida a causa de una misteriosa enfermedad que le hacía vomitar todo lo que ingería.

Su mamá la envenenaba.

“La enfermedad mental de Münchhausen es responsable de al menos un 10% de las muertes infantiles en Estados Unidos. Las madres con este síndrome buscan satisfacer su enfermiza necesidad de llamar la atención, a veces para salvar su matrimonio o victimizarse”, no podía parar de leer. Pasé horas saltando de link en link, leyendo con horror. Hasta que llegué a un pequeño artículo que se titulaba “Síndrome de Münchhausen, ¿conoce alguien así?”. Y sentí un escalofrío. Allí se enumeraban las señales de alarma para detectar al victimario:

“las madres se niegan a que los hijos se separen de su lado o que alguien distinto los cuide, frecuentemente se describen como muy cuidadosas y atentas; los síntomas del niño ocurren solamente en la presencia de ella y menguan en su ausencia; siempre están dispuestas a que le hagan pruebas médicas a su hijo, tratamientos y operaciones; su habilidad de convencer a otros no debe

menoscabarse, el abuso es premeditado, calculado, y sin provocación. La madre puede tener un conocimiento anterior o entrenado en la profesión médica y a menudo se fascina con este campo. Ella aspira establecer relaciones íntimas con el personal médico y frecuentemente

se vuelve una fuente de apoyo para ellos o las familias de otros pacientes; normalmente se deja ver calmada ante la confusión que muestran los especialistas frente a la misteriosa enfermedad que su niño sufre; casi siempre resiste las órdenes de alta hospitalaria y los resultados diagnósticos negativos; la sospecha de un médico o el rechazo para seguir los estudios pueden animarla a que lleve al niño a otro médico; las madres que padecen este síndrome, reconocen su conducta injusta pero tienen gran cuidado para ocultar sus acciones y raramente admitir sus actividades abusivas". Lo terrible es que según afirman varios estudiosos del síndrome de Münchhausen, el hábito de mentir se convierte en una actuación tan perfecta que las madres realmente llegan a creerse que están ayudando a sus hijos.

¿Y el padre?, me preguntaba. Los informes que leí sostenían que el compañero de la madre es, a menudo, desinteresado de la familia y raramente juega un papel activo en el cuidado del niño. Confiando en la madre de su hijo, puede apoyarla y hasta volverse cómplice pasivo, sin saberlo, del abuso continuado. En algunos casos, se ha sospechado que la madre abusiva ha fabricado los síntomas de su hijo para intentar que su pareja regrese a la familia.

El tema me abrumó. Ya era la hora de buscar a Allegra, pero no podía levantarme de la silla. Leí que los niños mayores a cinco años que son víctimas de este síndrome suelen conspirar con sus madres, a veces por el miedo de contradecirlas, e incluso creen que están muy enfermos. En otros casos, el niño es consciente que la explicación de la madre es improbable, pero no habla, por miedo a la venganza de la madre o a que nadie les crea. Los hermanos pueden ser víctimas del mismo abuso por el mismo padre. Los niños que son víctimas de adultos con el síndrome Münchhausen padecen también desórdenes emocionales y psicológicos a largo plazo, problemas conductuales e incluso desórdenes de alimentación, inasistencia escolar, miedos y anulación de lugares específicos o situaciones, trastornos del sueño, y rasgos de desorden nervioso, depresión, problemas de educación o ansiedad.

Sentí miedo por Luca y Marcos. Y corroboré que el enigma de Valeria era su locura.

—Vos estás loca —me dijo Juan cuando le conté mis sospechas y mi posterior descubrimiento respecto de Valeria.

—No, no estoy loca Juan. Por el contrario, parece que soy la única capaz de ver qué le pasa a esa mujer. El día que fui a la clínica a verla supe que andaba en algo raro. Pero nunca me imaginé semejante

cuadro. Valeria enferma a su hijo,

¿el marido sabrá?

—¿Cuándo fuiste a la clínica?

—Hace bastante, cuando el nene estaba internado.

—¿Por qué no me contaste nada?

—Te estoy contando ahora.

—Pero, no te metas nena. Esa mina es rara, ¿te olvidaste de cuando te echó de su casa? Con eso ya basta para que no le hables más. Igual, no creo que tenga ese síndrome del que hablás, esa es una fantasía tuya —me decía Juan a la vez que intentaba lavarse los dientes, antes de irnos a dormir. Yo lo miraba al espejo y envidiaba su simplicidad, el sentido común de su forma de razonar. No me animé a contarle que había hecho las fotos con Valeria, ¿cómo tomaría aquella otra situación incómoda y desagradable que ella me había hecho vivir? Diría que la culpa era mía, seguro, por ser permisiva o algo así. Pero nunca imaginaría lo que me generaba Valeria ni el daño que terminaría causando a nuestra familia.

Esa noche volví a tener el mismo sueño que se venía repitiendo desde ya hacía más de un año. Una hormiga subía por mi pie. La miraba, la dejaba escalar, pero le iba acercando mi dedo amenazante hasta que cuando llegaba a la rodilla la aplastaba con vehemencia y luego la observaba con culpa largo rato en la palma de mi mano.

* * * * *

Ana quería hablar conmigo y me pidió que me quedase en el jardín. Cuando

llegué, Lucrecia ya había dejado a Benjamín y se había ido. Marta, sentada en la sillita de mimbre de nenes, a metros de los pequeños, escribía en su celular. Fui directo a saludarla. Habían pasado unos días desde mi descubrimiento, y no lo había comentado con nadie más que con Juan. Pero no podía sacármelo de la cabeza. De hecho, sentía cierta responsabilidad por aquellos nenes: sus derechos estaban siendo violentados. Más aún, la vida de Luca estaba en peligro.

Marta me saludó como siempre. Cuando le pregunté por Valeria dijo que todo seguía igual, que ya había salido de su cuarto pero que

mucho no hacía.

Prácticamente había abandonado a los pocos pacientes que atendía. Los niños estaban bajo su responsabilidad porque la señora no podía hacerse cargo, según me explicó. Y, desde entonces, Luca estaba mejor, no había faltado al colegio y hasta se lo veía contento. Pero, repentinamente, Marta dio por terminada la cuestión preguntándome por unos materiales que había que comprar para que los nenes hicieran un collage con la maestra. Como si todo hubiese vuelto a la normalidad y la vida se tratase de recibir golpes, cada tanto, que uno merecería por alguna razón suprema. Golpes que nunca eran esquivados y por eso volvían, cíclicamente. Pero yo no era como Marta, y no me podía permitir ser una testigo pasiva y silenciosa de este drama. Hablaría con algún especialista, algo haría.

Ana estaba muy flaca y algo ojerosa. Levantó la vista del diario y se le dibujó una sonrisa franca cuando me vio.

—Estoy embarazada —soltó como si por fin pudiese liberarse de una inhalación forzada.

—¡Felicitaciones! —grité y corrí a abrazarla—. Qué linda noticia, contame los detalles, ¿estaban buscando hace mucho? ¿Cómo te sentís? ¿Inés sabe?

—Sí, veníamos buscando desde hace varios meses. Incluso llegué a pensar que ya por la edad no quedaba —río—. Pero, por suerte, prendió y va bien. Voy por dos meses. No aguantaba más no contar la noticia, se lo dijimos a toda la familia ayer en el cumpleaños de mi hermano porque el viernes me hice la ecografía y se escuchó el latido. Inés no, no sabe nada. Por las dudas, todavía no le vamos a decir así que tené cuidado —me pidió muy seriamente—. Eso sí, está insoportable, caprichosa, mala. El otro día me la llevé a la librería y no pude trabajar nada. Lloraba, me pegaba, trataba mal a los empleados. Lo único que quiere es ver a tu hija.

—Y, ¿cómo estás vos?

—Fatal. No me siento bien. Vomito y me mareo, tengo taquicardia y la presión muy baja. Pero feliz, claro. Aunque, como te imaginarás, también tengo mucho miedo. Ya retomé terapia. Conseguí una psicóloga que vive acá en el barrio, María Esther Gómez, ¿la conocés? —negué con la cabeza—. A ver si tengo más suerte que con el otro y al menos no hace abandono de paciente.

—Tranquila, todo va a ir bien. Contá conmigo para lo que necesites.

—Gracias. La tengo a mi mamá instalada en casa desde que me hice el test, pobre. Es que el embarazo me hace sentir muy mal. Lo sufro. Tengo todos los síntomas posibles y más. Aunque mi marido es un amor. Bueno, él estaba más ansioso que yo por tener otro hijo. Y me entusiasmó y animó, tal vez si era por mí no me embarazaba de vuelta. No la paso bien, ni entiendo a las mujeres que se sienten plenas durante estos nueve meses. Más bien, lo veo como una prueba que hay que pasar, como un suplicio, un entrenamiento militar lleno de vayas, barro y obstáculos; frío y tenebroso, repleto de fantasmas. Eterno. Me genera mucha ansiedad. Primero por que lata el corazón, después por que crezca bien, quiero saber el sexo lo antes posible, cuento los días y tengo la agenda atiborrada de números porque anoto todo allí. Los análisis, las citas con tantos médicos, las cremas, que el hierro, el ácido fólico… me pudre un poco. Y, como si fuese a propósito, me agarran más ganas de trabajar. En la librería, como no entra tanta gente, leo. Ya terminé todos los libros de maternidad que tenía nuevos.

—Bueno, no te pongas tan monotemática que la espera es larga. Tratá de dispersar con alguna actividad que te haga bien. Caminá, hacé yoga, qué sé yo, mirá películas. Disfrutá lo más que puedas.

—Disfrutar, no creo. Voy a hacer lo que pueda —sonrío—.

Ya casi era la hora de llevarme a Allegra. Había perdido toda la mañana, otra vez. Por suerte, al menos Ana no era una embarazada empalagosa, de esas que no pueden hablar de otra cosa, además no tenía las manos todo el tiempo en la panza, lo que me generaba mucho fastidio. Ella, más bien, se debatía entre la obligación de ser madre, que vaya a saber uno si el marido, la sociedad, o su propio superyó le imponían, y sus aspiraciones de feminista desactualizada. Pero no llegaba a ser pura, genuina, en ninguna de las dos posturas. Y parecía no haberse decidido aún entre ser una madre o una mujer que también es madre.

Nada parecía satisfacerla del todo, o al menos eso intuía yo.

Caminé con Lucrecia y los nenes hasta mi casa de vuelta. Me contó que había logrado empezar un cuadro ese fin de semana. Que estaba entusiasmada pero que sería un desafío por las proporciones. Medía algo así como tres por ocho metros. Recordé al Guernica de Picasso, su inmensidad proporcional al dolor que representaba, y sentí curiosidad por qué pintaría Lucrecia en semejante tela.

Pero me dijo que solía no mostrar su trabajo a nadie hasta tener la

obra terminada.

En casa, me apuré a darle de comer a Allegra para llevarla a lo de mi mamá.

Tenía una reunión en Palermo, en la casa de María para ir cerrando algunos detalles de las jornadas de filmación, aunque ya me había arrepentido de esto de la locación.

“La vida es más compleja de lo que parece”, sonaba Drexler mientras manejaba.

Buen Ayre, Panamericana, Lugones. De Plaza Italia, unas veinte cuadras. Hago este camino seguido porque adoro ir a la Capital, Buenos Aires. Deambular, tomar un café, ver las librerías, las tiendas, la gente del mundo… me conecta con la vibración de la ciudad, que transcurre mientras en el Altos del Oeste, puertas afuera no pasa nada. Elijo la paz para dormir pero me inspira la ciudad. Gracias a la tendencia de descentralización a la que, poco a poco, asisten las grandes urbes, quienes elegimos los suburbios ya no nos sentimos tan en el campo.

Aunque es cierto que la sensación va más por el lado del terreno librado a las leyes de nadie, eso sí. Como hace siglos, en los barrios del Gran Buenos Aires entran hombres a las casas, roban, violan a las mujeres, golpean a los hombres y salen impunes de la situación, listos para repetir la hazaña al otro día. En Altos del Oeste, como en los tantos barrios cerrados y countries que proliferaron en Buenos Aires y el interior del país, había varias cuestiones sociales y de convivencia debatibles, pero al menos uno estaba bastante seguro de que allí no vivirá la situación límite del asalto a la dignidad.

María me saludó simpática y subimos por el espacioso ascensor, donde no paró de acomodarse el pelo. La seguí por un pasillo repleto de macetas, velas, figuras y esculturas de cerámica o de hierro que conducían a su piso. Una vez dentro, todo parecía dispuesto para una producción de fotos de alguna revista de decoración. Eclecticismo del bueno, bien pensado, donde convivían lámparas art decó con diferentes sillas de autor, un sillón minimalista de terciopelo mostaza sobre una alfombra de pelo. Se trataba de un loft con piso de madera, techo de

hormigón a la vista, cocina integrada, todo balconeando a un oasis verde. Libros y revistas por todos lados.

En la única pared libre de muebles que tenía el departamento, justo en

la zona del living, colgaba una foto de la serie Las Aventuras de Guille y Belinda de Alessandra Sanguinetti, mi fotógrafa preferida. Allí estaban las dos primas, protagonistas del hermoso proyecto fotográfico de la artista, que consiste en fotografiarlas toda la vida. Las primeras imágenes muestran a dos nenas, que luego son adolescentes y más adelante ya son mujeres con hijos. Desde la primera vez que la vi, me sentí profundamente atraída por esa serie. Me encandiló la capacidad de Sanguinetti para captar el espíritu del universo femenino, tras la vida de estas mujercitas criadas en una humilde casa de alguna localidad del campo argentino. En la obra que tenía María, estaban Belinda y Guille jugando a las mamás. Guille es flaquita y tiene un carrito de plástico con un bebote dentro, su expresión es seria. Belinda, que es obesa, sostiene dos muñecos y su cara es más bien triste. Recordé otras fotos donde las nenas se muestran felices y divertidas, bailando, disfrazándose o nadando. El hecho de haber encontrado esa obra en su casa me reveló a una María diferente, con quien seguramente empatizaría.

Mientras me ofrecía café y yo alababa su casa, una mujer salió de lo que sería el cuarto, separado por unas puertas corredizas de madera que no llegaban al techo.

Alta, elegantemente vestida con jeans, botas marrones y camisa de gamuza azul, tenía una melena corta, pelirroja, que me llamó la atención en contraste con su piel y sus ojos verdes. Sonriente, se acercó a saludar y me invadió su denso perfume. “Soy Helena”, dijo. Agarró su cartera, que colgaba de un perchero al lado de la puerta, le dio un beso a María en la boca y se fue.

María me miró algo intimidada pero siguió como si nadie más que nosotras hubiese estado allí, y me invitó a sentarme en aquella gran mesa de mármol de Carrara que recorría todo el largo de la cocina. El café, las masitas, la disposición de los elementos y el detalle del florero con las peonías, me ponían frente a una militante de la estética y el buen gusto. Entonces, una vez cómoda en su escenario, trajo unas planillas, su tableta, un cuaderno y se dispuso a trabajar. Me pidió datos, fechas, medidas. Firmé varios contratos, que leí casi por encima; me habló de la logística, de la cantidad final de gente que estaría en el rodaje, lo cual me asustó bastante; quiénes serían los protagonistas, cuáles eran sus excéntricos pedidos; de la ambulancia en la puerta, el camión de catering, etc. Faltaban dos semanas para la filmación. Y nos tendríamos que ir de casa a

pasar unos diez días a lo de mis padres porque de otro modo sería insoportable.

Además, entre día y día de trabajo, dejan equipos que hacen la casa prácticamente imposible de circular. “Menos con una nena”, me aseguró.

Confiaba en María, sentía que era una profesional de su trabajo. Dejaba en sus manos mi casa, nuestro lugar más preciado, y no me daba miedo. Además, me entregaban un cheque con un monto importante como garantía de que todo quedaría tal cual lo entregamos. La experiencia valía la pena y el premio, aquel viaje a Europa que tanto soñábamos hacer con Juan.

Una vez que consideró todo acordado, relajó su postura y se dio tiempo para una charla fuera de lo estrictamente laboral. Entonces me trajo una foto de su hija, Camila. Alta, flaca, de pelo largo, castaño y ojos casi amarillos, posaba con cierto estilo rockero, gesticulando un beso a la cámara.

—¿La ves parecida a mí?

—Sí, muy —le dije honestamente.

—Todos nos dicen, aunque tiene las cejas del papá y su nariz perfecta. La mía es operada —confesó entre risas—. La extraño. Está viniendo poco a casa. Ahora prefiere quedarse más en lo de su padre, que vive en San Isidro. Porque ahí va al colegio y con el tema de que termina este año, las fiestas de egresados, las salidas y todo eso, le queda todo más cerca. Mi ex armó una familia linda, con dos hijos varones que tienen siete y cinco años. Su mujer es adorable, Felicitas se llama. Catalina se lleva bien con ella, además es guionista y creo que te conté que mi hija se va el año que viene a estudiar cine a New York, ¿no?

—Sí, el día que nos conocimos.

—No quiero ni pensar lo que la voy a extrañar. Por ahora la disfruto los fines de semana. A veces viene los viernes y se queda hasta el domingo. Tomamos el té en lugares lindos, compramos ropa, libros, discos… le doy todos los gustos.

Cenamos siempre en un lugar diferente: comida peruana, japonesa, francesa, fusión… no sabés el paladar que tiene y la capacidad para descubrir restaurantes divinos. Bueno, su papá es un tipo muy a la vanguardia, de todo.

—Parece que tenés buena relación con él.

—Excelente. El nuestro es un amor asexuado, pero un amor al fin —

dijo

bajando la mirada y estirando el brazo para rascarse la rodilla, en un gesto para dispersar la dirección de mi mirada de sus ojos. Tragó saliva y prosiguió—. A nuestra hija la educamos siempre por separado, porque desde el momento en que nos enteramos del embarazo así lo decidimos. Terminábamos el secundario, el mismo al que va Cata en Zona Norte. No sabíamos quiénes éramos aún ni, mucho menos, qué queríamos para nuestras vidas. Sin embargo, en una noche hicimos una hija que nos quedó para siempre. Cuando se lo conté a mis padres, porque ya me iba a crecer la panza y además me sentía bastante mal como para esconderlo, se horrorizaron. Papá es un empresario muy reconocido, en esa época también estaba en política. Mi madre empezó a estudiar diseño de indumentaria cuando nací, porque estaba aburrida de tenerlo todo y no querer nada y, desde entonces, está en el mundo de la moda. Cuando se enteró de mi embarazo me llevó a París, donde nació Camila, que en realidad está anotada como Camille. Tenemos un piso allí y mi padre le había conseguido a mamá una pasantía en Dior. Excelente excusa para el escape: había que hacer desaparecer a la hija adolescente embarazada.

—¿Vos no te opusiste? —la interrumpí.

—No, porque también quería escapar. Luego, aquellos meses en París resultaron ser reveladores para mí.

—Te propongo algo: estoy sacando fotos a madres para un proyecto artístico que pienso armar. ¿Te gustaría participar?

—¿En serio me decís? Claro que me gustaría.

—Genial, entonces en estos días, antes de que empiece el rodaje, te escribo para que vengas a casa que ahí armé un estudio improvisado.

—Me encantó la idea.

—Te invito a participar sólo porque me interesa saber cómo sigue tu historia —

bromeé y nos reímos, aunque de alguna manera era cierto lo que le decía.

* * * * *

Mi trabajo era esquizofrénico por aquellos meses. Oscilaba entre las

notas por encargo para varias revistas femeninas, de las cuales no me identificaba del todo con ninguna, y mis ganas de avanzar ciegamente y sin otra obligación en aquel ensayo fotográfico sobre la maternidad. Pero lo cierto era que necesitaba el dinero. Y una de las publicaciones para las que escribía, de corte snob y extranjerizante, con una adorable edición fotográfica y textos muy bien logrados para el tema de la moda y el estilo de vida, me había encargado una entrevista a alguna artista argentina que tuviese prestigio afuera pero que no fuese muy popular aquí. Inmediatamente pensé en Lucrecia. Había hecho muestras importantes y si mal no recordaba hasta la Tate Modern de Londres o el Moma de Nueva York le había comprado obra. Entonces armé una pequeña biografía de mi vecina y se la mandé a la editora:

Lucrecia Cohen (1977)

Artista plástica argentina, conocida principalmente por sus monumentales obras de desnudos femeninos.

Vive y trabaja Buenos Aires.

Estudió en la Prilidiano Pueyrredón, y se le concedió una beca Guggenheim de seis meses, acabando su formación en varios institutos de Nueva York.

Su obra interesó a la Tate Modern de Londres para una muestra que realizó en 2002 sobre la carne y la mujer. Allí compartió sala con Lucian Freud, entre otros reconocidos artistas y el museo le compró las obras con las que participó.

También tienen obra de Lucrecia Cohen en sus colecciones privadas: El Malba, el MoMA y el Guggenheim de Nueva York y la Saatchi Gallery de Londres.

Cohen desarrolló su carrera dentro de la tradicional técnica de la pintura al óleo, en un estilo figurativo. Desde sus inicios, su temática se centró en el cuerpo de la mujer, desnudo y nunca limpio de sangre.

Generalmente son cuerpos gordos, viejos o deformes. Y en los últimos cinco años ha desarrollado una perturbadora serie de una madre de unos sesenta años con un bebé, siempre desnudos y ensangrentados.

Ha recibido numerosas distinciones nacionales e internacionales y está en

pareja con el artista audiovisual Lisandro Torre, con quien tiene un hijo de dos años.

Para ver su obra y más info: www.lucreciacohen.com A los diez minutos,

la editora me llamó eufórica por la idea de la nota, “es perfecta”, me dijo. Entonces, la llamé a Lucrecia para contarle y, aunque a último momento pensé que tal vez no accedía porque no había leído notas suyas en los medios locales, sí en algunas revistas de arte internacionales, afortunadamente también se entusiasmó con la idea. Quedamos para la tarde, justo su madre le cuidaba a Benjamín para avanzar en la obra, pero no tenía problema de dedicarme ese tiempo, según aseguró. A mi hija le tocaba estar con mi mamá, así que las condiciones estaban dadas.

Me estaba esperando en la puerta, fiel a su estilo: vestida de negro, el pelo revuelto y el cigarrillo prendido. Hizo una sonrisa cuando me vio venir y dio la última pitada, retuvo el humo y tiró la colilla, que aplastó con el pie en aquel cementerio de cigarros que era la entrada de su casa. Recién entonces, miró al cielo y soltó la bocanada. A veces pienso que los fumadores tienen un lenguaje corporal más rico y desinhibido, además de que son gente hiperactiva, que no pueden estar sin hacer nada.

Parecía contenta con mi entrevista, agradecida. Había preparado un blend de té exquisito, que había comprado en Fortun & Mason, en Londres. “Te recibo con el té de la corona inglesa, no te podés quejar”, soltó para romper el hielo. No me quejaba, al contrario me daba mucha intriga llegar a su taller, ver su obra, navegar en su mundo. Los periodistas tenemos esa bendición: ciertas personas que suelen ser interesantes nos abren las puertas de sus casas, comparten una conversación en la que generalmente nos dejan tomar las riendas y hasta nos confiesan sentimientos, opiniones y recuerdos.

Lucrecia levantó la bandeja de la mesa ratona del living con la tetera antigua, dos tazas grandes que no tenían nada que ver entre sí y me pidió que la siguiese.

Allí estaba su gigantesca obra en proceso, tapada con unas sábanas, pero pronto la dejamos atrás siguiendo un pasillo por el que pude ver la cocina, un toilette y un lavadero. Todo desordenado, con juguetes de Benjamín desperdigados por el piso y un fuerte olor a comida hindú. Hasta que por fin llegamos al taller, un

quincho muy luminoso devenido en su bunker, que quedaba atravesando unos metros del descuidado parque, pegado a una pileta con el agua podrida.

Ya estaba siendo testigo de su intimidad. Su obra, perturbadora, desmesurada, la desnudaba frente a mis ojos. Y si bien había visto la

mayoría de las series en su web, en vivo aquellos cuadros de enormes dimensiones me impactaron aún más.

Me dio tiempo para acomodarme, absorber los detalles de color, sacar mi grabadora, mientras ella disponía dos sillas de plástico y una mesita toda manchada de óleo para la bandeja.

—Lucre, gracias por la entrevista. Hice uso de nuestra cercanía y de la suerte de conocerte para esta nota. Arranquemos, entonces —suspiré para dar lugar a un punto y aparte—. Me gusta, primero, dar cierto background de los personajes que entrevisto: de dónde vienen, cuál fue su contexto familiar, sociocultural, quiénes los educaron, los formaron… Creo que es importante saber esto para plantarnos frente al presente y al futuro de alguien.

—Algo sabés de mi vida pero voy a hacer como que no, así hacemos esto profesionalmente y no una charla de vecinas —río—. Soy hija de una madre soltera, periodista y feminista. Tengo una hermana mayor, hija de otro padre.

Ninguna conoció al suyo hasta la adolescencia y por motus propio. Simplemente porque mamá dijo que no valía la pena la presentación de dos tipos con los que se había acostado en la década del setenta, que fue el período en el que, según confiesa, más neuronas había quemado. Pero cuando le pedimos los nombres nos los dio sin resistencia. Tenía dieciséis cuando conocí al mío. Lo busqué en la guía telefónica, lo llamé, le conté quién era y nos encontramos en un café del microcentro, cerca de la empresa de telefonía alemana para la que trabajaba.

Flaco, alto, buen mozo y de traje, me saludó parco pero conmovido. Me contó que era escultor y ceramista pero que desde hacía diez años trabajaba allí para mantener a su hijo y a su actual mujer. Y siguió hablando y hablando, inventando excusas de una vida gris e infeliz. Pero luego de conocer su vocación, no presté más atención. Así supe que por él soy artista, y atesoré mi pequeño gran homenaje a sus genes, a su esperma.

—Desde entonces, ¿mantuviste relación con él?

—No, lo vi una vez más, cuando vino a una muestra mía, hace un par de años.

Más canoso, enjuto, solo y triste. Vestía un traje gastado con unos zapatos viejos, muy lustrados, que me sensibilizaron muchísimo. No se qué tengo con los

zapatos de los hombres, los miro y me predisponen con la persona… En fin, se acercó para felicitarme y luego se perdió entre la gente.

—¿Viste algo de su obra?

—No, pero llevo años imaginando las esculturas más impactantes, de cerámica, esmaltadas en tonos de bronce… Todos tenemos derecho a pensar que nuestro padre es un tipo inspirador y exitoso, ¿no?

—Sí, claro. Y, ¿tu mamá? ¿Qué creés que heredaste de ella que tenga que ver con tu arte?

—Mi obra, toda, tiene que ver con mi madre. No puedo librarme de ella —

contestó entre risas—. Su personaje es muy fuerte como para ignorarlo. Su carne, su abundancia, su severidad y su violencia, toda ella está plasmada en mis cuadros. No sólo me dio las herramientas teóricas para construir mi discurso, sino que también se encargó de que no me faltase el material. Vio quién era yo y qué quería cuando era una nena. Lo mismo hizo con mi hermana, que es socióloga. Incentivó nuestros intereses hasta el hartazgo, al punto en el que ya ni nosotras teníamos ganas de bucear en ellos. Y en el escenario de aquella casona de estilo art decó que mamá había heredado de sus padres, nos crió a base de ideales revolucionarios, vitina y pucho, mucho pucho.

—¿Cuál fue tu preparación formal, académica?

—Cuando terminé el secundario, en el Estado, me metí en la escuela de arte. Allí me enseñaron algunos conceptos básicos, que yo ya venía trabajando desde chica en los múltiples talleres a los que me mandaba mi vieja. Pero me sirvió para codearme con gente muy interesante. Hoy, muchos de mis compañeros de aquella época son artistas reconocidos. Con un grupito que nos hicimos muy amigos, salíamos de joda todas las noches, terminábamos rotos, todos durmiendo en donde se pudiese, en el departamento de uno en Once. Y con una amiga que me quedó de ese grupo, Larisa, nos presentábamos en toda beca que veíamos.

Hasta que nos las jugamos con la Guggenheim.

—Y vos la ganaste.

—Sí. Me fui sola a Nueva York.

—¿Cómo fue esa estadía?

—Apasionante. Fueron cinco años de inhalar y exhalar arte. Conocí gente importantísima, como Louise Borgerois, Annie Leibovitz, Tracey Emin, Cindy Sherman o Marina Abramovic. Servía café en un bar del Soho mientras estudiaba. Hice mucha obra allí. Compartía un departamento con otra estudiante, una coreana bipolar que llegué a adorar. Hasta que lo conocí a Lisandro y me mudé con él a una habitación que tenía en un edificio del barrio chino, en el que convivían varios artistas latinoamericanos. Estando allá, me invitaron a la muestra que cambió el eje de mi carrera, en la Tate Modern de Londres.

—¿Cómo fue eso?

—Organizaban una colectiva bajo el tema del desnudo en la mujer y buscaban artistas emergentes para que sus obras convivieran con las de otros de gran trayectoria. Desde mis inicios pinto a las damas que ves acá, ¡desde siempre me atormentan! —reía—. Y, como los grandes museos y galerías suelen estar al tanto de lo que hacen estudiantes becados por instituciones prestigiosas, vieron lo mío a través del Guggenheim. Fue un sueño ver mi serie junto a la de Lucian Freud.

—¿Es uno de tus referentes?

—No lo conocía hasta ese momento. Pero, desde entonces, siento que su trabajo me habría influenciado inconscientemente de chica, en alguna imagen de las tantas que me acercaba mi madre, tal vez.

—¿Qué relación tenés con el autorretrato?

—No me pinté nunca. Pero, indudablemente, soy todas estas mujeres. Y, si bien físicamente soy delgada, en el espejo suelo verme como ellas: gorda, sangrante, desmesurada y border.

—La serie de la mujer mayor con el bebé es muy impactante, ¿podés contarme algo respecto de cómo la desarrollaste?

—Es mi última serie. La pinté cuando nació Benjamín, mi hijo. Fuerte para una madre primeriza ¿no? —me desafió.

—Sí, es perturbadora y a mi me atrajo mucho.

—De esa serie me compró una obra el MoMA de Nueva York. Entiendo que es

una propuesta violenta y antinatural: una mujer menopáusica, obesa, discapacitada, con un bebé a cargo. Ocurre que, un poco, así me sentía. Y no me puedo hacer la distraída con lo que me pasa cuando pinto. Lo intenté un par de veces y me sale cualquier cosa, no es mi obra.

—Tu pareja, Lisandro Torre, también es un artista reconocido. ¿Cómo convive una pareja que se dedica al arte?

—Como podemos, eso sí, ¡siempre cortos de plata! Somos un desastre en relación al estereotipo de lo que debe ser una familia. Nuestros horarios son atípicos, él trabaja de noche porque necesita oscuridad para editar en la compu, yo de día por la luz para pintar… Y Benjamín siempre deambulando por ahí y allá, mi amor…

—¿En qué trabajás actualmente?

—Hace unos días empecé a desarrollar un tema que me interesa y para el cual me costó mucho coraje arrancar. Se trata del parricidio. Las mujeres de mi obra siempre estuvieron manchadas de sangre, pero esa sangre siempre provenía de su interior. Era su sangre. En esta etapa que inicio se están manchando las manos con la sangre de sus seres más queridos. Están perdidas, desquiciadas, no sé si podrán salir de esta —Lucrecia desvió su mirada a la casa, como señalándome la obra que descansaba bajo las sábanas, en el living. Y, luego, calló como tildada en sus pensamientos.

* * * * *

Dejé a Allegra en casa de Ana para el jardín rodante y me fui a comprarle un disfraz porque a la tarde se festejaba Halloween en el barrio. No adhería del todo a esa tendencia de los countries, y su íntima relación con los colegios bilingües, de festejar dicha fiesta porque creía que nadie sabía bien de qué se trataba. Eso sí, todos entendían que estaba bien visto participar. Desde hacía ya quince días, las casas estaban decoradas con telas de araña, calabazas, brujas y otros monstruos. Ocurría que desde la administración habían exhortado a todos los vecinos a participar en un concurso: la casa mejor decorada no pagaría las expensas del mes. Entonces, en el afán de ahorrarse el impuesto, muchos habían

desplegado toda su capacidad creativa. De paso, todos se enterarían de su interés por la Noche de Brujas. Eso sí, esa tarde serían blanco constante de los niños al son del famoso "truco o trato". Habría que ver qué le contestarían si los pequeños decidiesen intimarlos en inglés.

Más allá de todo, no podía vivir en una pecera y no nadar. Entonces le compré el traje del hada Tinkerbell a Allegra que tanto le gustaba, y una canastita de calabaza para que llevase sus caramelos. Ella estaba entusiasmada con la fiesta, aplaudía cuando le di el disfraz. Intenté sacarle algunas palabras, le repetí varias veces "gracias, mamá", pero era en vano, una pérdida de tiempo. Allegra no hablaba.

Una vez en casa, contesté unos mails y comencé a desgrabar la entrevista con Lucrecia. En eso estaba cuando vi pasar a Valeria desde mi ventana. Vestida de deporte, con esos conjuntos combinados al extremo que tan violenta me ponen, caminaba frenéticamente con auriculares puestos y la mirada fija en vaya a saber uno qué meta. Y me distraje de mi tarea. No pude resistirme a la tentación de mirar el perfil de Valeria en el gran libro de las caras. Se me había ocurrido hacía unos días, mientras manejaba. ¿Tendría Facebook Valeria? Y sí, tenía. Entré sin problemas, su perfil era público, lo que significaba que cualquiera podía ver sus fotos y demás publicaciones. Pero me decepcioné de inmediato porque Valeria tenía apenas una decena de imágenes subidas. Por lo poco que la conocía, pensé que sería de aquellas personas que al parecer son menos activas, porque no suben fotos, pero que sin embargo se la pasan espiando las de los demás. Yo, en cambio, daba para recibir. Subía fotos permanentemente, no mías o de mi familia, sino de mi trabajo o de artistas que admiraba, y así me sentía más justa con quienes me entretenían. Facebook se había convertido en uno de mis grandes pasatiempos, no podía evitar entrar

varias veces al día y nunca me saciaba de ver. Tenía la manía de comentar las fotos en voz alta, algo que a Juan le molestaba mucho. No entendía cómo podía interesarme mirar fotos de gente que apenas conocía. Aunque a veces se reía de mis opiniones o de la bronca que me generaba la poca originalidad que tenía la gente para los autorretratos. Me indignaba el súper multiplicado gesto de los labios carnosos, mientras clamaba por un mejor futuro para el tristemente embrutecido idioma gestual.

Entre las pocas fotos que Valeria ofrecía en su perfil, algunas de más joven sola en la playa y varios autorretratos con sus hijos, una llamó mi atención. A primera vista, se trataba de un retrato familiar. Allí estaba con su marido y sus dos hijos, en una mesa que parecía ser de un restaurant. Marcos era un bebé de apenas unos

meses, Valeria lo tenía a upa. Luca, ya obeso, estaba sentado en una sillita alta, junto a Pablo que miraba a cámara serio, con cierto gesto de incomodidad. Pero era ella quien más me atraía e intrigaba: observaba a aquel hombre con exaltada preocupación, esperando quizá su sonrisa, al menos para la foto.

La imaginé sacando la cámara y pidiendo al mozo que les tomase el retrato.

Habría considerado dicho momento digno del recuerdo, un instante de felicidad en su vida. Pero allí estaba, pobrecita, mendigándole al hombre que amaba que se dignase a retribuirle algo de afecto con una simple sonrisa. Ni los hijos, ni esas probables vacaciones en familia, nada parecía colmar la felicidad de él ni la necesidad de amor de ella. Me preguntaba qué habría pasado durante aquellos días, si Valeria ya enfermaba a Marcos, si Pablo sospechaba algo. De lo que sí estaba segura, porque ya se notaba en esa foto, era de la vulnerabilidad que tenía ella y que finalmente hizo que todos los que la rodeásemos padeciéramos.

Mi sospecha de Valeria, su posible síndrome de Münchhausen, era un fardo que venía evitando. Incluso de mi misma, o de mi obsesivo superyó, que al final se las había ingeniado para colarse en la fila de tantos pensamientos. Me acechaba el dilema, ¿debía hacer algo al respecto o no? La primera opción era la más fiel a mi forma de ser, pero recordé aquello de la coherencia en pos de no exigirme demasiado. También se me vino a la mente el lugar común que aducía cuando empecé a estudiar periodismo: “Quiero servir a la gente con información veraz”.

Para colmo, la corrupción había hecho que el periodismo se convirtiese en la institución suplente por excelencia. En el caso de Valeria pasaba algo parecido.

La reflexión me llevó a probar suerte, entonces, con la fidelidad a mi estilo: haría algo. Al final, si me había tocado descubrir la enfermedad de esta mujer, que por cierto estaba muy sola como para que otros lo notasen, era mi responsabilidad la seguridad de aquellos chicos y el cumplimiento de sus derechos como niños. La otra opción sería dejar de dormir tranquila, un lujo del que no me iba a privar.

Así fue como activé la cruzada, primero decidiendo acudir a quien supiese asesorarme respecto de cómo actuar. Llamé a Maritriz, quien me escuchó atentamente. Supo enseguida de qué se trataba el síndrome que le refería y, aunque con el tiempo su análisis de aquella actitud cambió, lo primero que hizo fue mostrarse muy orgullosa de mi misión. Me derivó a un nombre, Manuel Ruiz, un doctor y psicólogo social, especialista en medicina familiar, quien había estudiado esa patología y que podría ayudarme. Era español y se había radicado en Buenos Aires desde hacía ya veinte años.

No sin cierto temor al compromiso que estaba asumiendo, pero sí apurada por accionar, corté con Maritriz y lo llamé. Sonaba pero no atendía. Hasta que saltó el contestador y le conocí la voz y los restos de su acento. Entonces dejé mis datos. Pero, al momento que corté ya me estaba devolviendo el llamado:

“Disculpa, Ignacia, soy Manuel Ruiz. Acabo de escuchar tu mensaje. Llamas de parte de una vieja y querida amiga, ¿en qué puedo ayudarte?”. Le conté, sin demasiados detalles, que creía haber descubierto un caso de abuso infantil.

Coordinamos día y lugar. El domingo a la tarde, su único día libre, tomaríamos un café en el bar al que él solía ir, frente al Hospital de Clínicas en la Capital.

Bajé corriendo de mi estudio a buscar a Allegra. En la televisión repetían la última edición del programa con más raiting del momento, dirigido por un periodista que estaba realizando una verdadera cruzada contra el gobierno. El tipo constituía la única oposición fuerte y visible ante los abusos de una supuesta democracia en manos de un séquito de corruptos e inescrupulosos que, tras la siempre abandonada bandera de los derechos humanos, habían logrado sumir al país en un manto de inseguridad, control y miedo.

Mientras caminaba pensé en la tarea que había asumido este hombre, en los riesgos que corría tras su lucha y en cuánto tendría ésta de verdad. Frente al contraataque que recibía, según el cual sólo bogaba por los intereses de un multimedio, que casualmente era el único que no había sido comprado de alguna manera por el Estado, lo sentí genuino. Y desde aquel pensamiento me solidaricé con la valentía de su labor que, a otra escala, inspiró al mío. Aunque el tiempo y los hechos que sucedieron demostraron que en mi caso, tras la cruzada que había iniciado para salvar al hijo de Valeria, no había más que intereses personales.

* * * * *

El domingo me levanté pensando en mi encuentro con Ruiz esa misma tarde y me dieron ganas de suspenderlo. Algunas otras veces me había visto involucrada en situaciones similares, donde arriesgaba algo por alguien. Pero era más joven e idealista, lo que tal vez me hacía sentir más segura. Recordé, entonces, cuando ayudé a Alcira, quien fue la empleada doméstica de mis padres durante más de veinte años, y con quien me crié, a denunciar a su marido por maltrato. Yo tenía

quince años, ella veinte. Alcira, que jamás faltaba, comenzó a ausentarse uno o dos días por semana, poniendo alguna excusa tonta: que se había caído del colectivo, que le habían robado la cartera y en el forcejeo se había lesionado el hombro, hasta que estaba embarazada y le habían dado reposo, diagnóstico que después derivaba, sorpresivamente, en una infección urinaria, por ejemplo.

Mamá no quería que yo hiciese nada, decía que podía traernos problemas. Pero no le hice caso y me embarqué en la tarea a escondidas. Investigué sobre violencia doméstica, hablé con la psicóloga social de mi colegio, hasta fui a la comisaría para preparar las condiciones de la denuncia. En aquella época no había tanta información al respecto, pero tuve suerte porque di con, tal vez, el único comisario honesto de la ciudad. El tipo me ayudó, y cuando fui con Alcira

—no me voy a olvidar más de su mano temblando, agarrada fuertemente de la mía— nos dio protección durante un largo tiempo con un patrullero durante meses en la puerta de casa, donde se vino a vivir ella con su nena, a quien había llamado Ignacia.

Allí estaba yo, dieciséis años más tarde, involucrándome en otra historia de violencia. Había una víctima, un victimario y, en el medio,

yo. Aquella vez me atraía la idea de salvar a Alcira, pero con Valeria me pasó otra cosa, que lamentablemente descubrí cuando ya era muy tarde. Tuve miedo luego de tomar la decisión de hacer algo, incluso me arrepentí varias veces, pero algo me motivó a seguir. Y aunque aún no puedo dar con una explicación muy clara de por qué lo hice, sí estoy en condiciones de afirmar que aquel tormento terminó trayendo algo de luz a mi vida.

Mientras desayunábamos en familia, me tenté de contarle a Juan de mi encuentro con el doctor Ruiz, pero como imaginé que su instinto protector lo superaría e intentaría persuadirme para que no fuese, le comenté que a la tarde tenía una entrevista para una de las revistas en las que colaboraba en Capital. Tampoco lo hizo feliz la noticia, pero enseguida se organizó para llevarme y esperar con Allegra en el zoológico.

Llegué al bar un poco antes de lo acordado. De entre la poca gente que estaba sentada allí, ninguno era Ruiz. Esa mañana había tenido la precaución de googlear su imagen para reconocerlo. Era un tipo muy alto, grande, de ojos enormes también y mirada mansa. Para aquella época, rondaría los sesenta años.

Mientras lo esperaba me di cuenta de que ya había estado en aquel café, cuando hice el curso de resucitación cardiopulmonar con mi madre en una fundación de

la zona. Estaba de ocho meses de embarazo y hacía mucho calor. Nos sentamos en una de las mesas de la ventana. Estábamos tan ansiosas por la llegada de Allegra… Mamá tenía miedo por aquellos días, me pidió que no le avisara cuando fuese al parto, que le dijese a papá nada más. No entendía sus preocupaciones, pensaba que aquel momento sería el más feliz de mi vida. Pero una vez que lo atravesé tomé conciencia del riesgo que implica parir, tanto a nivel físico como psíquico. Hoy me pregunto si mi madre ya intuiría, en algún punto, cuál sería mi reacción.

Sumida en aquellos pensamientos, me sorprendió una mano cálida por la espalda. Era el doctor, que no había necesitado de ninguna investigación previa para reconocerme en aquel escenario masculino y con cierta tendencia a la tercera edad. Como ese era su día libre, vestía “de civil” y traía un morral cruzado de cuero marrón, jeans y zapatillas de lona negras. Su apariencia, su simpatía y sus modos me relajaron. Ocurre, a menudo, que ciertas personas embestidas con altos conocimientos, cargos o imagen pública, intimidan a sus locutores, posándose en un plano superior. Este no era el caso, Manuel

Ruiz era cercano y con el tiempo pude afirmar que ese domingo había conocido a una gran persona aunque las cosas no resultaran como las habíamos planeado.

—Hola guapa, perdona el retraso —dijo dejando al descubierto su acento español.

—Hola, Manuel, un gusto en conocerte. No te hagas problema, me entretengo pensando —le contesté para entrar en confianza.

—Sucede que ayer he terminado de dictar un seminario para pediatras, y hoy algunos alumnos me invitaron a almorzar por aquí cerca. Los tíos no me dejaban partir, muy amables ellos, entre preguntas y saludos. Ha sido una experiencia maravillosa. La gente en la Argentina es adorable y, pues, da mucho placer enseñar cuando la respuesta es tan positiva.

—¿Cuál fue la temática del seminario?

—Como te habrá comentado Maritriz, trabajo en medicina familiar y me especializo en muchas patologías que se dan en ese grupo. Esta vez dicté clases sobre maltrato infantil. Quienes trabajan en relación con la salud de los niños tienen que estar atentos a muchos signos, síntomas, el estado de alerta es fundamental para estos profesionales porque, lamentablemente, este tipo de

abuso es más frecuente de lo que la sociedad en general piensa. Tiene, además, múltiples formas y grados. No siempre es tan notorio como suele imaginarse y debido a que ocurre puertas adentro en la mayoría de los casos es difícil descubrirlo.

—Entiendo. Qué interesante tu trabajo. Perdón, puedo tutearte ¿no? —asintió con una gran sonrisa al tiempo que le hacía el gesto del café al mozo, con quien parecía tener confianza—. Gracias. Tengo el karma del periodista, la curiosidad en la punta de la lengua, y quería saber cómo es que se vino para aquí y por qué.

—Más que un karma eso es un don, consérvalo hija. Me he radicado en este querido y sufrido rincón del mundo tras una misión profesional y un amor que ya no es tal. Hace veinte años que no he vuelto a Sevilla, mi tierra natal. Y, si bien extraño el perfume que desprenden los naranjos en verano, el buen jamón crudo y su fiel compañero, el oliva extra virgen, la Argentina y sus necesidades me han hecho sentir más útil aquí. A veces pienso, sabes, que en Europa hubiese desaprovechado mis conocimientos, que tanto me han costado adquirir. En fin, aquí estoy desde entonces. Dicto seminarios, viajo por

Buenos Aires, toda, y por el interior del país en misiones caritativas o junto a comitivas de doctores y psicólogos sociales. Trabajo fuertemente en las villas de urgencia y en las escuelas, en las salitas, en los hospitales más pobres y en las clínicas de lujo.

Vaya brecha social que han instalado los últimos mandatos presidenciales aquí…

—Sí, es cierto. Pero no abramos esa ventana, da a un paisaje oscuro y abrumador, sigamos por la luminosidad de tu trabajo —le sugerí entusiasmada con su historia.

—Es cierto y un halago, gracias. Bueno, en resumidas cuentas, aquí estoy, con mis títulos guardados en tubos de plástico y mis años de experiencia para ayudarte, tras el llamado de una querida amiga y de una colega de la gran puta.

Tú dirás.

—La cosa es así: tengo una vecina, Valeria se llama, en el barrio cerrado en el que vivo, en los suburbios de esta ciudad, de quien sospecho algo espantoso. Ella es madre de dos nenes, uno de cinco y otro de dos años. El más chico no es el problema, sí el más grande, que es obeso y según mis sospechas víctima de su maltrato.

—Y, de acuerdo a tu presentimiento, ¿qué tipo de maltrato ejerce sobre el niño?

—Lo enferma. No se si con drogas o por cómo lo alimenta. Tal vez ambas cosas.

El nene dijo que la madre le daba algo para curarlo que le hacía doler la panza.

—Entiendo. Sabes que te estás metiendo en una cuestión muy delicada, ¿no?

—Sí, pero ya he reflexionado al respecto y estoy dispuesta.

—Ok, entonces continúa.

—Bueno, Luca, el nene, ha sufrido una última internación hace unos días. Parece que su cuadro mejoró y pudo volver a casa. Fui a visitarlos a la clínica y tuve una charla bastante profunda y reveladora con Valeria, quien estaba sola con tal situación porque su marido vive de viaje. Igualmente, ella se mostró estoica, valiente y acostumbrada.

Según me contó la empleada doméstica, a quien conozco porque lleva al otro niño al jardín con mi hija, esta historia se repite periódicamente: Luca vomita, sufre cólicos y desmayos, su madre se interna con él durante algunos días, le hacen exámenes de todo tipo y no pueden dar con la causa de tales recaídas que no tienen que ver tampoco con su obesidad, la cual según refiere su mamá es heredada. Con el alta, el niño vuelve contento pero ella se sume en una profunda depresión, se encierra y no sale por unos días. Pero, después de este último episodio, según me contó la empleada, el niño habló. Le contó que los médicos le habían puesto un caño que iba de la boca hasta el estómago para que lavase todo lo que tenía dentro, que era lo que la madre le daba. Pero que ella le había pedido que nunca dijese nada a nadie porque todo lo que ella le suministraba era para curarlo de su gordura. Entonces el chico, para que ella no se enojase y nadie sospechase, se empeñaba en explicarle a los médicos que le agarraban ataques de hambre en los que ingería cualquier cosa.

—Estaríamos frente a un caso de Síndrome de Münchausen.

—Estuve investigando al respecto y eso es lo que creo.

—Muy bien, querida —me tomó las manos entre las suyas y continuó —. Eres muy valiente y noble por involucrarte con esta historia. Estoy aquí para ayudarte.

El proceso será difícil y, tal vez, largo y tedioso. Tampoco nadie nos asegura que será exitoso. Pero intentaremos ayudar a ese nene y, lo que será más arduo, curar a esa mujer porque lamentablemente es su madre.

—Gracias. Ahora, te escucho.

—Las señales de alarma del síndrome están en tu relato: se prolongan síntomas inexplicables; la madre no se tranquiliza cuando al niño le dan el alta, incluso se deprime. Ocurre también que hay muchos obstáculos para el diagnóstico, como la falta de familiaridad con el síndrome de Münchhausen por parte de pediatras y otros miembros del cuerpo médico, la dificultad para diferenciar la ansiedad maternal y sus preocupaciones por la patología, además de la tendencia del médico a creer la historia médica proporcionada por la madre. Estas mujeres suelen ser muy hábiles y manipuladoras, manejan el vocabulario técnico y muchas hasta pertenecen a alguna rama de la medicina.

—Valeria es psicóloga.

—Otro dato interesante. También existe mucho temor a una imputación falsa y a las repercusiones legales que puede tener el caso, por eso debemos estar bien seguros antes de intentar separar al niño de la familia para evaluar su condición médica sin la cercanía de la madre. Pobrecito, estos niños además suelen presentar muchos problemas conductuales que despliegan y, según lo que me comentas, Luca lo expresa con su obesidad también. Los varones, sabes, suelen tener más perturbaciones que las niñas.

—¿Cómo es tu experiencia con casos clínicos puntuales de niños cuyos padres padecen este síntoma? —le pregunté simulando interés en su trayectoria, aunque lo cierto era que desconfiaba de su capacidad a pesar de la recomendación de Maritriz. Soy naturalmente incrédula, pero con el tiempo he llegado a la conclusión de que en ese instante tuve un mal presentimiento que lamentablemente ignoré.

—La mayoría fueron exitosos, en el sentido de que hemos logrado descubrir a los victimarios a tiempo y tratar a todos los involucrados. Hablo en plural porque trabajo con un equipo. De las personas que diagnosticamos con el síndrome de Münchhausen muchos han terminado en la cárcel por haber llegado a cometer el crimen, pero la mayoría primero va a parar a instituciones psiquiátricas. A veces se puede curar la enfermedad y hasta recuperar el vínculo con las víctimas, si éstas han sobrevivido, claro. Pero son pocos los casos. Y también debo confesarte que a pesar de que fueron los menos, no pudimos hacer nada por un par de pobrecitas víctimas. Hemos fallado, sí, no puedo negarlo. Pero se trató de casos muy avanzados, que llegaron tarde a nuestro conocimiento. Recuerdo el caso de Rocío, una beba de dos años, que ingresó a urgencias por presentar otorragia recurrente, que es hemorragia de oído. La pequeña tenía antecedentes

de retardo global del desarrollo psicomotor con controles múltiples en neuropediatría. Pero el examen de ingreso no evidenció lesiones ni sangrado, lo que sí sucedió durante la hospitalización. Rocío amaneció con sangrado en ojos un día, en ombligo otro día y, posteriormente, con lesiones hemorrágicas en espalda. Se trasladó a la unión de cuidados intensivos, donde fue monitoreada durante cinco días con visitas de la madre con vigilancia permanente porque sospechamos inmediatamente. Durante esos días no sangró. Hasta que un día, durante la visita de su mamá, en un corto descuido, la niña presentó rectorragia, sangrado en el ano. Luego se tuvo que trasladar a otro piso un domingo porque la unidad de cuidados intensivos estaba llena y se requerían las camas. Y en la madrugada de ese lunes, las enfermeras encontraron a la niña sin signos vitales.

La autopsia reveló muerte por sobredosis de sedantes.

—Qué siniestro, ¿y qué pasó con la madre?

—Está presa por abuso, cadena perpetua. Pero hubo otros casos en los que pudimos salvar a ambas partes, y en tales situaciones hablamos de dos víctimas, aunque son los menos. Juancito, un paciente de tres años, hijo de una auxiliar de enfermería, vino a múltiples consultas a urgencias y hospitalizaciones por cuadros de cefalea severa, dolor abdominal recurrente y episodios de incapacidad para caminar. El examen físico del niño siempre fue normal, pero la madre insistía en que su hijo tenía una enfermedad que no había sido diagnosticada y que los diferentes médicos de varias especialidades habían sido incapaces de detectar. Le practicamos tomografía axial computarizada de cráneo, velocidades de conducción, endoscopia de vías digestivas altas, ecografías abdominales, de todo. Pero no salía nada. Entonces iniciamos el seguimiento por consulta de pediatría y psiquiatría infantil, donde se evidenció mejoría progresiva de funcionalidad familiar y se detectó el síndrome depresivo de la madre. Ella estará medicada de por vida y Juancito no tuvo más problemas de salud. Ya viven sin acompañante terapéutico.

—Entonces, cuando no hay asesinato, ¿ustedes consideran que la madre también es una víctima? No puedo creerlo porque da mucha bronca y ganas de encerrarla.

—Este síndrome surge de una profunda necesidad emocional. A través de años de investigación hemos llegado a confirmar que esta gente, generalmente mujeres, ha sufrido a su vez abuso o abandono durante su infancia. Pero como se sabe muy poco sobre las causas del trastorno es difícil saber cómo prevenir su desarrollo. Cuéntame del padre de Luca, necesito saber más datos para armar mi

cuadro de la situación.

—Vive de viaje, está ausente.

—Esto es típico, los padres de estos niños están menos presentes en el cuidado de sus hijos y frecuentemente tienen trabajo lejos de la familia por largos períodos de tiempo. Incluso, se ha observado que las relaciones maritales son pobres.

—Entonces aquí se cumple todo, como si se hubiese sacado de un manual…

—Por eso hay que actuar rápido, seguiremos las siguientes pautas:

primero hay que obtener y verificar a la víctima y las historias médicas y sociales pertinentes de familia, hospitalizaciones anteriores, y los archivos médicos. Será fundamental para mí entrevistar al padre y a cualquier otro miembro familiar, por supuesto cuando la madre no esté presente.

—Eso lo puedo organizar con Marta, la empleada doméstica, incluso pienso que ella también dará testimonio. Adora a esos nenes.

—Vale. Después, la cosa se complica un poco, habrá que internar al niño para observar la interacción madre-hijo, con vigilancia cercana de ella, para obtener una relación temporal entre los síntomas y la presencia de la madre. Aquí, si el equipo está de acuerdo en el procedimiento, pueden usarse las cámaras ocultas para grabar las interacciones del niño y la madre en la escena del hospital.

—¿Cómo se separa al niño de la madre?

—Es duro, pero después de que la madre está informada del diagnóstico hay que asegurar la separación del niño y de los otros hermanos. Se protege a la víctima mucho en este lapso, que es cuando se confirma la cesación de los síntomas, cuando su mamá no está para enfermarlo. Lo que queda, antes de confrontar a la madre, es el estudio de los archivos, el envío de los informes a las autoridades que tengan a su cargo la protección del chico y el establecimiento de los delitos y penas a las que se hace acreedora la madre.

—¿Cómo ves este caso? ¿Creés que merecerá tratamiento o que terminará en la cárcel?

—No puedo anticiparme. Esta mujer, por lo que me has contado, ha avanzado

bastante en su enfermedad. Veremos cómo se desarrollan los pasos. Ojalá podamos someterla a un tratamiento psicológico y psiquiátrico en el corto plazo y luego poner a salvo al niño.

—¿Qué hago?

—Habla con la mucama y consígueme una entrevista con el padre.

Así fue como me puse al servicio de Manuel Ruiz. Tenía que aferrarme a una posibilidad de salvación para ese nene, aunque todavía no se cuál fue la verdadera intención de mis actos.

Hice dos listas. Una de mujeres interesantes que no tuvieron hijos:

Frida Kahlo

Alejandra Pizarnik

Marina Abramovic

Coco Chanel

Victoria Ocampo

Edith Piaf

Virginia Woolf

Maria Callas

María Elena Walsh

Lola Mora

Teresa de Calcuta

Juana de Arco

Marilyn Monroe

Simone de Beuavoir

Evita

Tamara de Lempicka

La otra lista, de mujeres no menos interesantes que sí tuvieron hijos:
Patti Smith

Susan Sontag

Clarice Lispector

Louise Borgeois

Rita Lee

Maria Curie

Yoko Ono

Mercedes Sosa

Indira Gandhi

* * * * *

De un momento para el otro, mi casa se convirtió en un set de rodaje. Cámaras, cables, trípodes, luces, gente caminando y chocándose; maquilladoras y vestuaristas en los pocos rincones que teníamos; una chica bajita, gordita, con una carpeta en la mano, dirigiendo todo, me pidió que me fuese de la cocina porque estaba molestando. Afortunadamente, había llevado a Allegra temprano a lo de mis padres y Juan salió, como todos los días, a las seis al trabajo. Me llevaría mi computadora y lo indispensable para huir durante aquellos días.

Volvería cada tanto, pero prefería no ver tal escena para no arrepentirme de la movida. El viaje a Europa: la meta, me repetía como un mantra.

Mientras cargaba una valija, María entró a mi estudio. Me envolvió con su perfume Gucci, que ya había reconocido en las otras ocasiones, y su cálida euforia. Me tranquilizó respecto del rodaje, la gente del equipo y los tiempos.

Todo quedaría “tal cual”, dijo. Ella se haría cargo. Me acompañó hasta la puerta, adoptando ya el rol de la dueña de la casa, y allí le di un par de llaves y el teléfono de dónde estaría por si no podía comunicarse al celular. Nos despedimos y caminé hasta mi auto, que había dejado a dos cuadras para dar lugar a los camiones que traían las cámaras y luces, algo de mobiliario, servicio de catering, hasta una ambulancia. Los vecinos, curiosos, ya revoloteaban la zona. La mujer que hace footing todas las mañanas interrumpió su enérgica caminata para preguntarme qué pasaba y luego, como sin poder contenerse, quién actuaba en la película.

Antes de subir al auto, le toqué el timbre a Ana. Ese día no había jardín, pero tal vez la encontrara para saludarla y ver cómo iba el embarazo. Me atendió la empleada, pero me dijo que pasara que la señora estaba desayunando en la cocina con Inés. Mostraba una palidez inusual, ojeras y algunos kilos de menos.

El embarazo no le sentaba bien.

—Buen día, perdón por la temprana intromisión. Quería pasar a saludar porque tal vez por unos días no vuelva. Empezó el rodaje en casa.

—Qué lío, si querés después voy a controlar y te cuento como va todo,

de paso.

—Es una buena idea, gracias. Igualmente hay un par de sargentos disfrazados de mujeres comunes que no te van a dejar entrar, ni siquiera acercarte. Pero no vine por aquello. Quería saber de tu embarazo. ¿Cómo viene la panza?

—Shhh —me cayó, haciéndome un gesto como para que no hablase delante de Inés, que estaba allí aunque parecía permanecer en su mundo, jugando con unos cereales inundados en leche. Me resultó exagerada la actitud de Ana. Jamás subestimo a los niños, de hecho el carácter pésimo que tenía la nena por aquellos días demostraba que ya estaba al tanto del embarazo de su madre, pero la exageración de ésta me resultaba insoportable—. Después te cuento. Ayer estuve todo el día en cama, me siento fatal.

—¿No vas a la librería?

—Sí, ahora viene mi mamá a cuidarla. Necesito irme, aunque sea a vomitar a otra parte.

—Bueno, cuidate y avisame si necesitás algo —dije mientras encaraba la puerta.

Pero me acordé del verdadero motivo por el que había pasado: tenía que pedirle el teléfono de Marta, la empleada doméstica de Valeria. Por supuesto, Ana lo tenía.

Camino a la casa de mis padres, me entretuvo una entrevista radial que le hacían a la madre de Gustavo Cerati. El músico, líder de Soda Stereo, había tenido un accidente cerebrovascular hacía tres años y por aquel entonces continuaba en coma. Lilian, su mamá, lo visitaba todos los días y había vuelto a cuidarlo como cuando era un bebé. Anfitriona de médicos, amigos, familiares y músicos, controlaba que cada visita sirviese para ayudar a la recuperación de su hijo, sobre la cual siempre se mostró muy optimista. La imaginé sentadita a su lado, su mano manchada y arrugada sobre la de su hijo, más joven pero inerte. Pensé en ese amor que nunca se termina, que ni con las actitudes más nefastas se borra, que no conoce cansancio y no se da por vencido, como si se tratase de un destino divino ante el que, inexorablemente, todo lo demás se desvanece. Cuando existe, ese es el amor más poderoso. Nadie sabía si Cerati se salvaría o no, pero yo estaba segura de que la voz y el olor de su madre prolongarían su vida. Sin dudas, estaba en las mejores manos.

Cuando terminó la entrevista pusieron Zona de Promesas, la canción

que Cerati le dedicó a Lilian en 1993 y que luego interpretó junto a Mercedes Sosa: “Mamá

sabe bien / perdí una batalla / quiero regresar / sólo a besarla / No está mal ser mi dueño otra vez / ni temer que el río sangre y calme / al contarle mis plegarias /

Tarda en llegar / y al final / al final hay recompensa / Mamá sabe bien / pequeña princesa / cuando regresé / todo quemaba / No está mal sumergirme otra vez / ni temer que el río sangre y calme / sé bucear en silencio / Tarda en llegar / y al final / al final hay recompensa / Tarda en llegar / y al final / al final hay recompensa / en la zona de promesas”. Estacioné en la puerta de la casa de mis padres pero no bajé hasta que la canción terminó. Luego lloré. Mucho. Cuando levanté la mirada vi que Allegra me observaba tras la puerta abierta vaya a saber uno hacía cuánto tiempo. También lloraba, hasta que mi mamá apareció para abrazarla. Entonces bajé.

Aprovecharía mis días allí para ponerme al día con las notas que debía entregar al diario. La casa de mis padres, dentro de un club de campo, era el lugar ideal para escribir. Tenía un escritorio con vista a un bosque que me recordaba al lugar donde nací. Nunca se los pregunté, pero pienso que quizá esa haya sido la razón fundamental por la que eligieron ese sitio para construir la que decían que sería su última casa. Allí sólo se oían pájaros, el sonido del viento cuando movía las hojas de los árboles añejos y el crujir de sus ramas. Este paraíso, ubicado dentro de una localidad de clase media-baja del Gran Buenos Aires era, ciertamente, un reducto de gente muy adinerada. Y no cualquiera podía entrar sin ser recomendado por dos o tres socios que ya viviesen dentro de aquella comunidad.

Mis padres son tipos progresistas, de ideas liberales y cierto desprecio por la concepción del dinero como meta fundamental. Papá nos mantuvo siempre gracias a su profesión de ingeniero y mamá, si bien nunca trabajó como maestra, hizo de su trabajo nuestra crianza en casa. Juntos, lograron mucho. Y esa casa, en ese lugar habitado por ricos y golfistas con quienes se negaban a relacionarse, era el gran lujo que habían decidido darse.

Sentada en ese escritorio con vista al bosque llamé a Marta. Manuel esperaba mi parte para continuar y ya no podía dilatar la situación o arrepentirme. Debía actuar. Sonó varias veces y no me atendió. Dejé un mensaje. Y cuando me disponía a merendar con mi madre y Allegra, me devolvió el llamado.

—Señora, no la podía atender. Estoy en lo de la patrona y está en la casa. Ahora salí a hacer un mandando para llamarle. Dígame, nomás.

—Gracias, Marta. Te llamo porque estuve investigando respecto de la sospecha que ambas compartimos. Voy a involucrarme para ayudar a Luca y a Marcos que, de manera indirecta, también está en peligro. Quiero que sepas que no tenés que tener miedo por lo que me dijiste, que no vas a perder tu trabajo y que no estás obligada a seguir mis pasos.

—No, señora, yo…

—Dejame terminar, por favor —la interrumpí—. Lo único que quiero pedirte es el teléfono del marido de Valeria. Necesito hablar con él.

—Va a tener el número del señor Pablo, pero también va a contar con mi ayuda.

¿Piensa que soy de las que tienen miedo? No, señorita, le tengo miedo al hambre nada más. Si supiera por las que pasé… Estos críos son importantes para mí. Y

no entiendo mucho de jueces y abogados, pero sí se que lo que yo pueda llegar a contar va a ayudarlos.

Me quedé inmóvil, sorprendida ante la reacción de Marta.

Pablo estaría en Buenos Aires por tres días más. Confundido por mi llamado y algo intrigado ante mi pedido de reunión por un motivo del que no podía hablar por teléfono, accedió a la cita. Nos veríamos en el club house del barrio de mis padres en dos horas.

Aquella casona de ladrillo a la vista que funcionaba como restaurante y punto de encuentro de golfistas, con hortensias custodiando todo su perímetro y gran vista al verde de las canchas, no solía tener gran concurrencia. Eran pocos los socios propietarios que abandonaban sus hermosas casas para comer allí. Decorado al estilo de la campiña francesa, sobrio, elegante, con buenas maderas, allí todo remitía al status de gente que lo habitaba: familias con apellidos dobles, gente regia, con tierras en la Patagonia. Pero lo cierto es que en los últimos años, las ventas de los pocos terrenos que quedaron disponibles se habían democratizado y así habían podido ingresar en este reducto de elite gente próspera de clase media. “Los nuevos ricos”, como les llaman ellos, los ricos de cuna.

En una sala contigua al restaurante, que imita un cálido living con un

piano, hogar a leña, una biblioteca que ocupa una de las cuatro paredes y confortables sillones tapizados con finos géneros floreados, me esperaba Pablo: los codos apoyados en las rodillas, la cabeza gacha. El monocromo en la gama de los grises de su ropa, sólo desobedecido por el negro arratonado de su campera de

cuero, configuraban una escena digna de un efecto de retoque fotográfico, cuando se selecciona una figura y se la pone en blanco y negro quedando el fondo a color. Todo en él desentonaba con el estallido de luz y color que inundaba ese ambiente.

Cuando abrí la puerta de vidrio para entrar, el ruido lo sacó de su postura y sus pensamientos. Enseguida se paró para saludarme. Cordial y caballeroso, siguió el protocolo de su generación, que rápidamente calculé alrededor de los cincuenta y tantos años. Mientras nos sentábamos uno frente al otro, con la mesa ratona de por medio, se excusó por haberme esperado allí y no en el bar y adujo que prefería mantener esta conversación en la máxima privacidad posible. Asentí y ambos nos callamos cuando entró la moza para tomarnos el pedido.

—Ya se por qué me citaste —disparó—. O no se me ocurre otro motivo.

—¿Por qué?

—Valeria.

—Bueno, sí, ella y tus hijos.

—El caso es muy delicado y la historia, larga. Pero antes me gustaría escucharte.

—Pero, ¿cómo? Estoy muy asombrada, no esperaba nada de esto que me decís…

Aunque, en cierto modo, me alivia.

—Por ahora estamos hablando en el aire, los dos suponemos algo pero ninguno lo pone en palabras claras. Te escucho.

—Sé que tu mujer padece un raro y terrible desorden emocional, y que pone la vida de tu hijo Luca en peligro, periódicamente, desde que nació.

—¿Qué pruebas tenés? ¿Cómo llegaste a semejante conclusión si hace

unos meses que la conocés y sólo viviste una internación de Luqui?

—Me llamó la atención su autosuficiencia, su soledad, la obesidad del nene, la recaída sin explicación y, luego del alta, la depresión de ella. Tuve una charla bastante profunda con ella un día que la fui a visitar a la clínica y, luego, también debo confesarte que hablé con Marta, tu empleada doméstica. Me reuní con un pediatra especializado en el tema y ahora sigo sus pasos.

—No me estoy desayunando del drama que me relatás. Y Marta es un pilar para nuestra familia, incluso muchas veces hablo de manera privada con ella para ver cómo anda todo mientras estoy de viaje. Lo cierto es que hace dos años, durante una de mis ausencias, tocamos fondo. Luca casi muere por intoxicación. Había llegado el momento en que viese aquello que no quería ver. Sospechaba, pero me parecía terrorífico e imposible viniendo de mi mujer, que parecía la madre más dedicada del mundo. Como vos ahora, me llamaron de la clínica esa vez que atendió a Luca. Dijeron que mi mujer padecía el Síndrome de Münchhausen y me explicaron todo. No supe cómo reaccionar. Lloré mucho, escuché el procedimiento a seguir para inculparla y luego ponerla en tratamiento, tenía que firmar muchos papeles autorizando cosas, como que se quedase unos días más en la clínica, con la excusa de unos estudios finales, para filmarla con cámaras ocultas. Pero no pude firmar en ese momento, les pedí esa noche para procesar la información. Estaba muy perturbado. Entonces me fui a casa, allí estaba Marta cuidando a Marcos. Nunca le expliqué bien qué pasaba, ella jamás preguntó. Me encerré en mi escritorio con aquellos documentos y los estudié a tal punto que hoy podría recitarlos. Me había ido de la clínica decidido a firmarlos, pero luego me invadió un fuerte sentimiento de culpa. Valeria estaba enferma y yo la iba a exponer, incluso le iba a iniciar un proceso penal. Pensé en su infancia, sus padres la abandonaron cuando nació y fue dada en adopción a una pareja de viejos intelectuales que nunca estuvieron presentes. Tuvo una vida de mierda, después se enamoró de mí, un tipo mucho más grande que ella, que venía de un matrimonio infeliz, con una hija. No le prometí nada, tampoco tenía mucho para darle, pero se me aferró fervientemente y armó esta familia sola. También, debo reconocer, proceder en su contra significaba otro fracaso para mí. Entonces decidí perdonarla, darle una oportunidad. Empezar de vuelta.

—No firmaste aquellos papeles.

—No. Fui a buscar a mi mujer y a mi hijo aquella madrugada. Valeria estaba sentada en un banco, al final de aquel largo pasillo. Supo que

sabía en cuanto me vio venir. Me miró a los ojos a la distancia, y luego bajó la cabeza hasta que me le puse enfrente. Esperaba que la matase, creo. Pero la levanté, la abracé, le dije que la amaba, que iba a cambiar, que criaríamos juntos a nuestros hijos. No me contestó. Entramos de la mano a buscar a Luca, que dormía. Lo alcé y lo cargué.

Como aún no estaba autorizado por mí el proceso que debería seguir con Valeria, salimos fácilmente de la clínica. El alta de Luca ya estaba firmada del día anterior —Pablo hizo una pausa para llegar a una conclusión—. Creo que también me estaba dando una oportunidad a mi mismo, de ser mejor padre.

—¿Nunca más hablaron del tema? —le pregunté y se me escapó una lágrima de furia, miedo, arrepentimiento y duda.

—Nunca. Al principio le prometí que no viajaría tanto, que estaría más presente, que la ayudaría a salir de aquella pesadilla. Aunque luego regresé, de a poco, a la rutina. Intenté estar en la casa a través de los ojos de Marta, pero Valeria volvía a actuar raro en cuanto se deprimía. Necesitaba atención, mi reconocimiento, mi amor. Se sucedieron, como esta última vez, una serie de internaciones de Luca que volvían a ajustar y a reafirmar nuestro amor. Hasta hoy, que me encuentro contando mi tragedia a una desconocida.

—Que soy yo.

—Sí.

—¿Y qué vas a hacer esta vez? ¿Sos consciente de que tu hijo puedo morir en cada uno de los ataque de angustia de tu mujer y que sigue corriendo ese peligro? ¿Sabés las secuelas que esto va a dejar en su cuerpo y en su personalidad? ¿Entendés la obesidad de Luca? ¿Y que el más chico también puede ser víctima? —grité ya en pleno llanto, tal vez demasiado involucrada a aquella altura. Pablo me miró algo perplejo.

—Vine con la decisión tomada. Voy a autorizar todo lo que sea necesario para que quienes saben nos curen, nos salven, si es que existe todavía esa opción —

dijo mirando al suelo, mientras se rascaba obsesivamente la ceja izquierda—.

¿Qué tengo que hacer?

—Llamá a esta persona, que es quien te va a explicar cómo actuar —le

di la tarjeta de Manuel Ruiz, que llevaba preparada en el bolsillo del jean. Y cuando se la extendí, a través de la mesa, me agarró la mano.

—Gracias.

Esa fue la única conversación que tuve con Pablo. Al tiempo del crimen nos vimos una vez más, pero ninguno de los dos se animó a hablar.

Ana perdió al bebé. La cosa no venía bien, se notaba. Me mandó un mensaje de texto para contarme: "Lo perdí, pero estoy bien". Y no contestó mis siguientes llamadas o mensajes durante, por lo menos, una semana. Estaría haciendo el duelo, pensé. Y la imaginé llorando, en posición fetal, con un plano cenital de su cama. Aquella negación con los embarazos, que más bien experimentaba como el peor de los estados, constituía toda una señal en este caso. Quería tener otro hijo pero no estar embarazada, evidentemente. ¿Adoptar sería una opción?

¿Alquilar un vientre? O, en el fondo, no querría tener más hijos. También existía esa opción. Inconsciente, subliminar, como un deseo reprimido que no aflora frenado por el cóctel de las convenciones sociales, la educación y sus propios prejuicios. El primer embarazo que perdió, a término, la había enfrentado a una situación mucho más traumática que ésta. Su cuerpo había quedado marcado, tal como lo registré con mi cámara para mi proyecto fotográfico. Ahora también quedaría una huella, aunque invisible.

Recordé la figura de la Llorona, aquel personaje legendario que pierde a sus hijos y se convierte en un alma en pena, que llora ríos de lágrimas mientras los busca. Esta leyenda, propia de varios países de Hispanoamérica varía según la cultura. Así, la Llorona pasa de ser una madre condenada al sufrimiento, cuyo desgarrador llanto se oye por las noches, a una asesina de película de terror, un monstruo con el que siguen asustando a los niños de muchos pueblos. Ocurre que para la mitología de algunos países, la Llorona mató a sus hijos.

El mito tiene un origen indígena, estas criaturas espectrales aparecen en varias culturas precolombinas. Cuando llegaron los conquistadores españoles fueron asumiendo rasgos comunes por la expansión del dominio hispánico sobre el continente. En México, por ejemplo, la imagen de la Llorona como personaje de la mitología deviene de otras diosas prehispánicas, siempre asociadas a espíritus maléficos, que seducen a los hombres y luego los llevan a la muerte o a la perdición, el hambre, el pecado y la lujuria. La mujer y su eterno destino de Eva.

“Existe un principio bueno que ha creado el orden, la luz y el hombre, y un principio malo que ha creado el caos, las tinieblas y la mujer”, aseguró Pitágoras quinientos años antes de Cristo.

Xtabay (o Xtabal), diosa lacandona, Xonaxi o la diosa zapoteca Queculla, eran mujeres hermosas pero también muy oscuras. Auicanime, entre los purépecha, era considerada la diosa del hambre y también de las mujeres que morían al dar a luz en su primer parto, quienes según la creencia se convertían en guerreras y

luego en divinidades. Este personaje femenino ha tomado diferentes formas, pero en todas se repiten tres elementos fundamentales: los lamentos nocturnos, el agua y la muerte de los hijos. Aunque fue durante la colonización española en América cuando tomó forma lo que hoy se conoce como el mito de la Llorona.

Para los colonos, esta diosa era una mujer de flotante vestido blanco, con la cara cubierta por un velo, que cruzaba las empedradas calles de la ciudad vociferando su angustia. Esta mujer es, también, uno de los primeros signos del mestizaje, pues es durante este periodo que se la identifica, en México, con Doña Marina, la Malinche, que vuelve arrepentida a llorar su desgracia, su traición a su pueblo indígena y, también, su relación con Hernán Cortés. Todo esto deriva en muchas de las versiones que señalan a la Llorona como la protagonista de una trágica historia de amor y traición entre la mujer indígena, o mestiza, y su amante español, lo que finalmente la lleva al infanticidio como una manifestación del deseo de castigar al hombre, sea padre o amante, usando al niño como el instrumento de la venganza por ser la prueba de la deshonra, pero también como una manera de castigarse a sí misma por su debilidad.

En la Argentina, la leyenda popular dice que la Llorona era una mujer que mató a sus hijos tirándolos a un río y que luego se suicidó por la culpa. Alta y vestida de blanco, nunca se le puede ver la cara o los pies, por lo que parece que flota.

Testimonios, sin ningún tipo de fundamento, aseguran que se aparece por las rutas llorando, que enloquece a los perros y hasta mató caballos. Se la considera un espíritu de mala suerte. Verla, puede causar enfermedades o la muerte.

Aunque otros relatos la muestran como un ser inofensivo que necesita ayuda, hasta que la gente se acerca a consolarla y les roba todo.

Titularía las fotos de Ana como “La llorona”. Tenía que sumar toda

esta información a mi proyecto. Entonces busqué en mi biblioteca la novela de Marcela Serrano y leí el principio.

“Tú la mataste.

Eso me dijeron en el pueblo. Y me llamaron la Llorona.

No porque derramara lágrimas sin ton ni son. Nunca regalé el llanto, ni de pequeña. Hoy era calladito. Hasta mis gritos se ahogaban como si me atravesaran la garganta con una herramienta afilada de las que se encuentran en el potrero. Media garganta, grita también a medias. Me llamaron así por la leyenda, por el alma en pena de una madre que asesinó a sus hijos ahogándolos

en el río. Dicen que vaga por las noches en los lugares cercanos llorando y lamentando sus muertes. Dicen también que las noches de tormenta se abren ante ella sin descanso y el corazón se le escapa del cuerpo junto a sus sollozos.

Es la Llorona.

Hubiese sido yo la asesina. Miraría escarbar a los perros, tocaría los nudos, nombraría las cosas, todo lo caído sería sólo lo caído. Pero cuando mis vecinas me vieron volver con las manos vacías, no me creyeron. Qué cómo, que ayer la niña estaba bien, que dónde el cadáver, que qué funeral, que nada. Me fui hacia el río como la asesina de la leyenda y lloré”.

* * * * *

Pasé por mi casa a buscar unos libros y ropa de Allegra. Allí seguía reinando el caos, habían cambiado todos mis muebles de lugar, sacado los radiadores y aires acondicionados de las paredes, y puesto cuadros en su lugar. Al principio entré en pánico, aunque me dio cierta adrenalina la visita. Estaban filmando una escena en la cocina y pude presenciarla toda. La iluminación era adorable, totalmente cinematográfica y un infaltable en la impronta de aquel director. La madre le servía la comida al hijo, en la cabecera de una mesa para muchos comensales. El nene, de unos ocho años, seguía con una mirada atenta e intensa el movimiento de las manos de ella. Y cuando la mamá le ponía el plato enfrente, le tomaba una mano y se la besaba, con gesto caballeresco, como solía hacerlo, todas las noches, su marido. La mujer se apartaba y le daba la espalda al hijo, apoyada en la mesada. Y allí lloraba en silencio.

Ya con mis cosas, me disponía a irme cuando llegó María y me invitó un café en el bar del barrio. No pude negarme y se subió a mi auto, luego volvería caminando. Las mozas ya la conocían y todos se pusieron muy contentos al ver entrar a aquella voraz seductora. A mi nadie me registraba aún, con suerte me habían visto dos veces. María pidió "lo de siempre" para ella y me miró dejando un blanco como para que completase la orden: "coca light con hielo y limón", pedí.

—Esta gente es un amor —dijo mientras nos sentábamos—. Vengo todos los días desde que empezamos a rodar. No tienen nada, pero les traje una lata del té

en hebras que tomo y hasta la tetera —reía— así ya puedo pedir tranquila. Pasa que en tu casa no puedo estar mucho tiempo, hay mucha gente y poco lugar, me vienen a hablar todos a la vez. No puedo trabajar, contestar mails o leer. Si me ven, ya me vienen a preguntar pavadas o a plantearme problemas. Por eso voy para el inicio y al final de la jornada a controlar. Ojo, también caigo de sorpresa, no te preocupes que está todo bajo control.

—Sí, vi que no modificaron mucho la disposición de los muebles —ironicé—.

Eso sí, tengo que agradecer que no pintaron ninguna pared, que era mi miedo.

Me alegra.

—El director ama tu casa, dice que te la compraría.

—Qué halago, adoro su trabajo, se lo cambiaría por mi casa. Contame, ¿cómo estás? El otro día, cuando me volvía de tu casa, pensaba en tu historia, en todo lo que me contaste… Pero, aquella hermosa mujer, Helena creo que me dijo que se llamaba, no apareció hasta donde sé de tu vida.

—Sos terrible —gritó con una sonrisa—. ¿Vos no estarás juntando material para una novela conmigo, no?

—Estás loca, igual si te incomoda hablemos de otra cosa.

—No, para nada. Helena es mi pareja desde hace tres años. Tiene diez más que yo. ¿Viste lo bella que es?

—Sí, muy elegante, además.

—Te cuento cómo y dónde nos conocimos y ahí sí te ponés a escribir algo. La historia es maravillosa y no te vas a poder resistir.

—Probame —solté entre risas, un poco en serio y otro en broma. Con María habíamos entablado desde el comienzo una relación fresca, natural, de confidencias. Me gustaba escucharla relatar historias, tenía un don especial para la oratoria.

—Fue en Roma. Yo había ido de vacaciones sola, solía hacerlo antes de conocerla. Amo esa ciudad en verano: su color dorado, su mezcla de perfumes elegantes con flores maravillosas que brotan de los balcones, el café, la gente, el vino, la pasta… Siempre alquilo un departamento en el Trastevere y hay días en

los que sólo salgo a comprar algo para comer, porque ya disfruto pasando las horas leyendo con las ventanas abiertas, sabiendo que estoy en Roma. Y allí estaba, tirada en aquel sofá de gobelino celeste pastel, leyendo Las Travesuras de la Niña Mala de Mario Vargas Llosa, cuando me invadió el hambre. Entonces me cambié, très chic, y fui a una linda vinoteca que también funcionaba como restaurante, a una cuadra de la Fontana de Trevi, que había visto el día anterior.

Me dieron una mesa desde la que se oía el ruido del agua de la fuente, a pocos metros de un violinista que tocaba, muy suavemente, Adiós Nonino… La cena era soñada. Sola, eso sí. Y, aunque nunca renegué de esa condición, te juro que esa noche me faltaba alguien. Será por eso que desde que la divisé a Helena ya no pude sacarle los ojos de encima. Estaba sentada, a un par de mesas de distancia, con tres niños y un hombre. Constituían una familia encantadora, de revista. Ella, como la viste, esbelta, con ese carré colorado y los rasgos perfectos, tenía puesto un vestido negro cortito que le quedaba soñado; los nenes rubios y pecosos, tres varones, y el marido, tipo Pierce Brosnan... Observé, mientras degustaba aquellos ravioli di pesce come condirli regados de un inolvidable vino blanco, cada detalle del espectáculo que estaba dando aquella estética familia.

Reían, ellos cada tanto se besaban y los niños les sacaban fotos, hacían juegos…

Me di cuenta de que hablaban español y, al instante un “che” que pronunció uno de los chicos me confirmó su argentinidad. Hasta que, en un momento, Helena hizo contacto visual conmigo. ¿Viste que las mujeres solemos notar en la piel las miradas ajenas? Entonces, bajé la vista y luego me hice la desentendida mirando para otro lado. Pero, al rato, otra vez: miré y me estaba mirando. Mantuvimos unos segundos

la mirada. Fue como si nos reconociésemos sin habernos visto jamás. Me dio mucha vergüenza, un pudor desconocido, por lo que apresuré mi retirada y me perdí por la derecha de la Piazza di Trevi.

—Te aviso, para que pienses si querés seguir, que no es mal comienzo para una novela romántica, gay friendly y glamorosa, podría ser un best seller —y nos reímos.

—Te mato. Soy muy reservada con mi vida amorosa. Tendrías que cambiar muchos datos. ¿Sigo?

—Hecho.

—Tomé un taxi hasta el Trastevere y antes de subir al departamento fui por unos tragos a un hotel boutique que está a una cuadra, que tiene un bar divino. Un tano me invitó champagne, charlamos, nos mareamos y terminó en mi cama. Esa

noche, me invadía una extraña seducción. Pero a la mañana volví a mis cabales, despedí al caballero con un ristretto y partí hacia un deambular que terminó llevándome a un destino inefable: Helena. Allí estaba, sola, sentada en una mesita de un bar de los que rodean la Piazza Spagna, tomando una limonada y ojeando la Harper's Bazaar italiana. Varias bolsas, de las firmas más renombradas de la moda, custodiaban sus pies descalzos, apoyados en un par de inconfundibles ballerinas Chanel. Quise pasar desapercibida, pero parece que mi energía logró que levantase la mirada y, otra vez, se encontrase con la suya. Hizo un gesto de sorpresa y movió la mano, como pidiéndome que fuera. Parecía segura de conocerme. "Ayer nos vimos en el restaurant, ¿no? Es obvio que sos argentina y que te conozco de alguna parte, sentate". Y me senté. No nos conocíamos, al menos de esta vida. Desde entonces estamos juntas.

—Pero, ¿cómo hizo ella con su familia?

—Al año se divorció del marido.

—¿Viven juntas?

—No, cada una tiene su lugar. Helena suele quedarse bastante en casa los días de semana, porque le queda muy bien para el trabajo. Es decoradora de interiores, tiene un estudio muy reconocido en Palermo. Y, además, los fines de semana la veo a Catalina —y no bien terminó de decir esto, a María se le nubló la mirada.

—¿Sabe tu hija de esta relación? —sospeché.

—No. Tampoco los hijos de Helena. Hemos convenido mantenerlo en secreto ante nuestras familias. Sería muy doloroso para nuestros hijos. De nuestros ex no nos preocupamos tanto, incluso tal vez ya lo sospechen, son tipos muy open mind, aparte. Pero, por ejemplo, no me atrevo a confesárselo tampoco a mis padres.

—Vos también sos una persona de mente muy abierta, y tu madre por lo que me has contado tiene un costado muy libre que, seguramente, entendería tu inclinación sexual.

—No sé, es muy impredecible. Además, no tengo ganas de hacer pública mi homosexualidad. Por lo menos por ahora.

—¿Estás bien así? ¿No te sentís mal mintiendo o escondiendo algo a tu hija?

—Sí, pero no tengo el valor para acabar con esa sensación.

—¿Helena tampoco?

—Tampoco. Somos víctimas de familias "conservadoras". Nuestros padres han depositado tantas pelotudeces en nuestras vidas, que creo que nos terminaron colapsando el cerebro. Entonces, y como públicamente somos lo suficientemente exitosas como para dejar contentos a quienes amamos, mantenemos lo nuestro en secreto.

—¿Piensan que la homosexualidad es un fracaso o algo así?

—No, porque brillamos juntas y somos muy felices compartiendo la vida. Pero, tal vez, si hubiésemos podido elegir un sexo para enamorarnos de este modo, seguramente sería el opuesto. Claro que uno no puede optar por algunas cosas en la vida. Bah, hablo por mí, que me pasó ser madre y ser lesbiana, casi sin decidir ninguna de las dos situaciones.

María tomó todo el té que le habían puesto en su propia tetera. Ya no tenía más líquido con que aclarar su garganta, aceitar su apasionante relato, limpiar sus pensamientos sacando a flote tantos recuerdos. Me había convertido en su voraz interlocutora y hubiese incentivado la continuación de la charla de no ser por la angustiante expresión que le noté al llegar a la parte de su hija. Transparente como era, le debería pesar mucho esconder algo. Mucho más a la persona que amaba.

* * * * *

Manuel Ruiz me llamó para contarme cómo había sido su encuentro con Pablo, el marido de Valeria. Dijo que el tipo se mostró entregado a la causa de resolver esta situación de la mejor y más rápida manera posible; que firmó los documentos iniciales para que los profesionales empezasen a actuar y aseguró que estaba seguro de que iba a cooperar con el proceso en todas las instancias.

Aunque también dejó entrever sus contradicciones, como que tenía miedo de las repercusiones legales y psicológicas que a ella la afectasen, a lo que agregó que no iba a ser fácil manejar a Valeria, quien tenía una capacidad de persuasión muy

fuerte. Sin contar su gran dominio del tema y lenguaje médico, que iban a complicar aún más las cosas. Por último, realmente se mostró preocupado por la separación de sus hijos de su madre, aunque esto fuese lo fundamental para protegerlos.

Le pregunté cómo seguía la historia y me relató una serie de pasos a seguir: obtener y verificar la víctima y las historias médicas y sociales pertinentes de la familia, hospitalizaciones anteriores, y los archivos médicos; entrevistas al padre y cualquier otro miembro familiar cuando la mamá no estuviese presente, con el fin de validar las historias de la madre; internar al niño para observar la interacción madre-hijo, con vigilancia cercana de la madre, para obtener una relación temporal entre los síntomas y la presencia de la madre. Para esta instancia ya habían convenido la filmación con cámaras ocultas permanente de la mujer y su hijo allí. Luego venía lo más difícil: separar al niño de la madre para protegerlo y confirmar la cesación de los síntomas durante su ausencia.

Entonces, una vez que se obtuviera la evaluación psicológica y psiquiátrica del niño y la madre, se le informaría a Valeria sobre los delitos y penas de las que se haría acreedora, con la separación previa también del otro hijo por el riesgo que corría después de que ella estuviera informada del diagnóstico. De salir todo bien, Valeria quedaría internada para recibir un tratamiento psicológico y psiquiátrico.

Ruiz me explicó que la actitud de Pablo resultaba muy positiva desde el inicio, que tanto para él, como para el resto del equipo su cooperación resultaba fundamental para reunir la información necesaria sin generar una atmósfera acusatoria. A Pablo también se le iba a ofrecer ayuda terapéutica y contención de todo tipo porque lo que suelen temer las otras personas involucradas indirectamente en estos síndromes es la acusación y la crítica, y nadie quería que así

fuese.

Le pregunté si me necesitaban para algo. Dijo que sí, que estuviera atenta a las llamadas y pedidos de Valeria o de la empleada doméstica, a quien Pablo nombró como su persona de confianza. Y que, seguramente, figuraría como testigo fundamental de la causa que se iniciaría. Tuve miedo, entonces. Miedo a la furia de esa mujer, a la venganza, no sólo en contra mío, sino también en contra de sus hijos, de su marido… Su audacia era descomunal, inconsciente tal vez, pero fuera de lo común. Valeria era una madre capaz de matar un hijo y eso ya la hacía temible. Siniestra. Lo que me recrimino es ¿por qué no atendí mis presentimientos? ¿Por qué atravesé el miedo? ¿Por qué?

Pensé en las madres a las que les matan a sus hijos. En cómo sería una conversación entre Valeria y Susana Trimarco, la mamá de Marita Verón, quien desapareció en 2002 tras un secuestro en manos de la trata de personas para la prostitución. Desde entonces, y mientras escribo esta historia, Trimarco busca desesperadamente a su hija, viva o muerta. Ha recibido el apoyo de los medios y del gobierno, volviéndose una figura muy popular. “Desgraciadamente me convertí en especialista de este delito porque lo palpé, lo viví. Y busco a mi hija.

Jamás la voy a dejar de buscar, caiga quien caiga. Mi misión es mi hija. No quiero cerrar los ojos hasta antes saber de ella. Hay muchas chicas desaparecidas que estamos ayudando, pero yo quiero a mi hija”, declaró Trimarco. ¿Qué le diría esta mujer que dedica su vida a la recuperación de su hija a esta otra que envenena a quien también parió? ¿Habría palabras entre ambas? ¿Aceptarían ese encuentro?

Ambas son madres del dolor. Ninguna forma parte de la asociación argentina de mujeres argentinas que perdieron a sus hijos inocentes en diferentes hechos de violencia. Pero las dos padecen el sufrimiento, Susana Trimarco por la pérdida, Valeria por la locura, por la enfermedad, por la oscuridad que la obliga a destruir su tesoro más preciado.

Hace ya algunos años hice una visita a la fundación de las Madres de Plaza de Mayo. Fui a entrevistar a una de ellas para una revista, Anita se llamaba. Nunca voy a olvidar aquel largo pasillo por el que la seguí desde la entrada, a metros del Congreso de la Nación. Las paredes repletas de fotos, documentos, obras de arte y homenajes de personalidades de todo el mundo, por todas partes. Los pañuelos blancos, el símbolo de su lucha. Esa anciana menudita me sentó en un pupitre y me contó la historia de la desaparición de su hijo y de cómo

este hecho había cambiado radicalmente su vida. La escuché debatirse en un triste monólogo sobre la impotencia, la incertidumbre, el miedo, la desesperación y la furia. Aún recuerdo su voz y la dulzura con la que sacó su pañuelo de tela y me secó las lágrimas. Era una damita fuerte, protectora, adorable. Me narró su desgracia, su peregrinar, el padecimiento cotidiano, para siempre. Y el rol que había asumido, desde entonces.

Salí de aquel lugar denso, con toda su pesadumbre a cuestas. Oscurecía y hacía frío. Crucé y atravesé la Plaza del Congreso provocando el levantamiento de un grupo de palomas que se alejó muy alto, al cielo.

* * * * *

Un fuerte golpe contra la puerta de mi casa me avisaba que el cartero, con la poca delicadeza de siempre, había arrojado la correspondencia. Bajé para ver de qué se trataba. Impuestos aparte, no deja de darme cierta adrenalina recibir noticias en papel y las muchas revistas a las que estoy suscripta, más alguna que otra en la que colaboro, que tiene la gentileza de enviármela. Tal era el caso, me había llegado la revista con la entrevista a Lucrecia.

Pasé las hojas cual abanico hasta llegar a la nota y allí la vi en una impactante imagen a doble página. El fotógrafo la había retratado fiel a su estilo: de negro absoluto, con un lindo collar de cadenas de plata y su melena, más furiosa que nunca. Detrás, Lucrecia había destapado para la toma la misteriosa obra que tenía en su living. Una adolescente muy flaca, a quien se veía de espaldas, abrazaba el inmenso cuerpo de una señora que daba toda la impresión de estar muerta. Ambas estaban desnudas y ensangrentadas. Alguien podría haberlas atacado, o lo habrían hecho entre ellas. El abrazo de la joven indicaría su arrepentimiento y su dolor. Abajo, el epígrafe decía: Parricidio I, óleo sobre tela, 3 x 6 metros, 2013.

Lamenté que no me hubiera mostrado la pintura durante la entrevista, que no nos hayamos podido explayar respecto de su nueva serie y aquella densa temática que investigaba. Por otro lado, la editora podría haberme avisado sobre la foto que abriría la nota, ¿no le había llamado la atención que en el texto no se tocaba el tema del parricidio? Quizá Lucrecia no quería interpretaciones anticipadas en mi texto. O aún no estaba terminada su pieza. Aunque las fotos fueron al otro día de mi visita… Lo cierto era que al final ya nada podía hacer, la revista estaba impresa. Entonces decidí no divagar más al respecto y fui a llevarle el ejemplar.

Lucrecia tardó en abrirme la puerta y enseguida miró la revista en mi mano.

—¿Ya salió la nota?

—Sí, vengo a traértela calentita, recién salida del horno. Espero que te guste, que te sientas identificada.

—Gracias, seguramente así será.

—Me sorprendió ver la primera obra de Parricidio, la pusieron en la foto de apertura de la nota.

—Ah, sí —dijo bajando la mirada—. Te soy sincera, el día que viniste la tenía terminada. Pero no tenía ganas de bucear en ese trabajo. Detesto la parte en que los artistas tenemos que explicar nuestra obra, revelar la inspiración o incluso dar referencias precisas del porqué de tal o cual decisión. Entiendo que debo dar entrevistas, pero no se cómo manejar esta cuestión. Me cuesta desnudarme frente a cada periodista. No entiendo por qué la mayoría de mis colegas se prestan a semejante juego.

—Ese también era un buen tema para charlar en la entrevista. Muchos personajes, incluso, confiesan su pavor a abrirse. Y eso los hace ellos. Luego, la prensa ya sabe con quién se va a encontrar. Como consejo, te digo que tenés que decirlo. A mi me hubiese servido, por ejemplo, saberlo. Sería raro que te hagan una entrevista de choque, de buscarte una declaración que te comprometa. Sos un personaje que no daría para ese lado.

—Gracias, lo voy a hacer. Pero, siento que te quedaste con ganas de ahondar en la serie.

—Sí, puede ser.

—Pasá, tomemos un café, ¿tenés tiempo?

Atravesamos el living camino a la cocina y vi la obra destapada. No sólo sus dimensiones me intimidaron. El rojo de la sangre, la veracidad de la carne, se veían realmente perturbadores en vivo. Esas dos mujeres eran ella y su madre.

Lo supe parada frente a la obra, no antes. Y un sudor frío me atravesó la nuca.

Benjamín miraba la tele de la cocina sentado en el piso. Ese día no

había ido al jardín rodante. Y ella parecía trabajar en la notebook que cerró cuando nos acomodamos en la mesa. Hasta que empezó a hablar.

—El tema del parricidio lo vengo estudiando desde hace mucho tiempo. Pero sentí que recién ahora lo podía abordar desde el arte. Cuando era una adolescente, en el secundario, un profesor de derecho que tenía trajo el caso de los hermanos Karamázov al curso. Me conmovió aquella historia de dos chicos de veinte y veintitrés años que mataron a sus padres a golpes. Sentí espanto imaginando la escena. Pero también curiosidad. Tenía ganas de conocer todos los

detalles del crimen, ¿por qué lo habían hecho? ¿Qué les harían aquellos padres?

Viste todo lo que decían de la madre: que abusaba de ellos, que era alcohólica, que no la querían. Entonces, fuera de la tarea del colegio comencé a investigar el caso por mi cuenta. Fui a los archivos de los diarios y revistas más importantes, y con la excusa de estar haciendo un trabajo escolar fotocopié toda la información que pude. Recuerdo que mi madre se ilusionó con la idea de que siguiese sus pasos en el periodismo. Y se lo hice creer, sólo quería que no se metiese en mi búsqueda. Sobre todo quería fotos, ver sus caras de jóvenes asesinos. Y me empecé a dar cuenta de que más que horror, este suceso me provocaba cierta fascinación. En esa época Internet no era lo que es ahora. Así que me moví mucho y hablé con un montón de gente hasta llegar a uno de ellos: Ivo, quien tras catorce años preso obtuvo la libertad condicional en 1995, después de cumplir las dos terceras partes de su condena. En la cárcel, el tipo se recibió de abogado y al salir empezó a trabajar en una de las asociaciones que buscan desaparecidos de la dictadura.

—Sí, conozco perfectamente la historia. Pero aún no entiendo a dónde vas —ya me estaba aburriendo del relato, Lucrecia parecía haber olvidado que yo era periodista.

—Te sigo contando. Pedí una entrevista en esa asociación, como estudiante de secundario para la materia de Derecho y, como no era de un medio, me la dio.

Así lo conocí. Ivo Karamázov podía ser mi padre, pero desde el primer momento reaccionó ante mi ímpetu de seducción. Su mirada no permaneció ni en mis ojos ni en el horizonte, lo que le hubiese perdonado a un tipo que mató a sus padres, sino que se paseaba por toda la longitud de mi cuerpo. Me daba pudor, pero también deseo.

Deseo de saber, de pormenorizar, incluso de probar. A esa altura ya me había tomado todo eso como un proyecto personal de investigación, aunque aún no sabía en qué iba a terminar. En la entrevista le hice un cuestionario que me había inventado como para la materia del colegio, respecto de la Asociación, las cuestiones legales que allí se resolvían, como qué pasaba con las identidades, las denuncias, los procesos, bla, bla, bla. Incluso, llegué a aventurarme indagando respecto de sus estudios en la cárcel. Él me miraba expectante, como esperando que entrase en el barro del asesinato para devorarme, quizá con un grito de despedida, o tal vez con un monólogo imperdible. Pero no me le animé al desafío. Le agradecí el tiempo y me fui. No sin antes tomar su tarjeta personal, que aún conservo y que no deja de generarme un impacto raro su oscuro nombre junto al logo del pañuelo blanco anudado, quizá uno de los símbolos más luminosos que ha dado la lucha social en nuestro

país. En fin, lo que viene es lo que esperás: lo llamé, nos vimos de vuelta, esta vez fuera de la Asociación. Nos besamos, me invitó a su casa y accedí. Mejor dicho: era dónde quería ir. Llegamos y fuimos al grano, su cama. Yo era una pendeja bastante zarpada por aquellos años. Voraz y aventurada. Y allí estaba, en la casa de uno de los parricidas más famosos de la Argentina, en bombacha y con una remera suya. Él obtuvo lo que quería de mí, yo hasta ese momento no.

Entonces avancé. Mientras se bañaba revisé lo más que pude, pero no encontré nada. El lugar no tenía rastros de su dueño, era más bien impersonal. Con muebles modernos, vacíos, sin fotos… Hasta llegué a pensar que era un bulo.

Pero, después pensé ¿qué recuerdos podía tener un tipo que mató a sus padres y pasó tantos años en la cárcel? La fotografía está ligada a la felicidad, al registro de los buenos momentos. Claro, este hombre tal vez no habría tenido ni uno.

Entonces, lo esperé en la cama con un café y cuando salió del baño le disparé a quemarropa: ¿por qué los mataron? Sonrió mirando al piso, mientras se secaba con la toalla como si me conociese de toda la vida, y dijo: “Porque los odiábamos”. Y fue por más: confesó que sus padres eran unos hipócritas, que él era un garca sin códigos, un judío de mierda, que ella era una mediocre alcohólica, depresiva, sucia maltratadora y abusadora; que, desde que habían nacido, se habían empeñado en cagarles la vida. Fuerte, ¿no? Ya tenía bastante como para irme, pero quería más. Me interesaba la sangre, qué le pasa a uno cuando se mancha con sangre proveniente de las profundidades de otro cuerpo, esa sangre espesa con la que parece que uno pudiese

pintar. Y qué se siente, además, cuando esa sangre es de los propios padres. Fui por esos detalles, que el tipo me dio, generoso. Hasta que no pude más y me entró el pánico, la fantasía comenzaba a dar lugar al miedo. Todo me pareció demasiado denso. Ivo se había sentado desnudo junto a mí y narraba los hechos de aquella trágica noche como un orador experto al que le brillaban los ojos al ver a la tribuna atenta. Me dio asco. Busqué una excusa y me fui. Nunca más lo volví a ver. Sí, continué estudiando mucho al respecto. Me obsesioné con la mente del parricida. Aprendí que son personas que no experimentan ningún tipo de arrepentimiento; que generalmente adquieren cargos de poder porque no tienen escrúpulos para llegar a esos lugares ni principios morales. Irresponsabilidad social, desconsideración por los derechos de los demás, fallas para ajustarse a las normas: todas estas son características del parricida. La ilicitud es el medio en el que se mueven. No sienten remordimiento ni culpa. En el caso de los Karamázov, llegué a leer que Ivo tiene un desarrollo anómalo de la personalidad por factores no del todo conocidos pero que son, en principio, genotípicos, o sea que lo lleva en los genes. Generalmente, el que comete parricidio es una persona que se ha sentido humillado y castigado por sus progenitores y esto le va generando un delirio que

puede llevarlo al suicidio o a terminar con la vida de ellos o alguno de ellos.

—¿Alguna vez pensaste en matar a tu madre? —intervine, finalmente, sin rodeos.

—Tal vez, sí. Pero nunca me animé. No estoy tan enferma, parece. Y los años, con sus experiencias vividas, me van reconciliando con esa mujer. La fui perdonando y, también, ahora soy madre, lo que me pone en una situación totalmente diferente. Sé que tengo errores que algún día Benja padecerá, si es que ya no los sufre, pobrecito. Pero el tema del parricidio es, fue y será mi proyecto de arte. Tengo que desmenuzarlo, expresar mi deseo y mi fantasía porque de otro modo no podré continuar con mi carrera. Mi deseo es darle lugar a la catarsis. Y no quiero ser hipócrita.

—Creo que si hay algo que no te caracteriza es la hipocresía.

—Me alegra, entonces.

—Lucre, gracias por tus palabras. Mi interés, a veces traspasa los límites.

—No te preocupes, también necesito algo de liberación.

Me llamó Marta. Dudé en atender, manejaba con Allegra atrás y tampoco tenía ganas de oscurecer aquella mañana de sol. Estaba de muy buen humor. Pero sentí que era mi responsabilidad, dada la situación a la que había llegado.

Además Ruiz me había pedido expresamente que estuviera atenta a los pedidos de esta mujer porque sería la testigo fundamental de la causa. Entonces apreté el botón verde mientras ponía balizas y me estacionaba a un costado.

—La patrona se acaba de ir a una clínica con el nene, Luca, por pedido del señor Pablo para que le hagan unos estudios diferentes al gordito. Salieron juntos en el auto y me dejaron al chiquito, pero antes de arrancar, la señora se bajó como para buscar algo y me vino a decir algo que me dio mucho miedo.

—¿Qué, Marta?

—Me amenazó, dijo que si todo esto era por culpa mía, que si yo le había hablado al señor para hacerme la… heroína, sí así me dijo, me iba a echar y a meter en cana por fabuladora. Tengo miedo ahora, no sabe con los ojos que me miraba.

—Tranquila. Y, ¿vos qué le contestaste?

—Que no, que yo no había dicho nada, que de qué me estaba hablando, que yo no sabía nada…

—Está bien. Era una de las reacciones esperables de Valeria, según me dijo el médico que está llevando el proceso. Ahora no tengas miedo porque una vez que entre en la clínica, con Pablo y su hijo, ya casi está en manos de la justicia. Allí, con la excusa de unos análisis que van a hacerle a Luca, la van a filmar con cámaras ocultas en la intimidad con su hijo, e inmediatamente la van a separar de él para un examen psicológico.

—Sí, pero después me va a venir a buscar a mí.

—No, Marta. Después, teóricamente, Valeria va a quedar en tratamiento. Sólo volverá Pablo a la casa con sus hijos y algún acompañante terapéutico, supongo.

Vos confiá y no dudes de lo que hiciste, que fue muy valioso. Estás protegiendo a esos nenes. Valeria está enferma y, de alguna manera, la estamos ayudando todos a ella también. Imaginate lo difícil que es para Pablo. Afortunadamente se destapó los ojos a tiempo.

—Sí, pero un poco me arrepiento porque mire si le pasa algo a mi familia o la doña me hace un juicio, ¿cómo voy pagar? Si no tengo un mango…

—Marta, nadie te va a hacer un juicio a vos. Confiá en mí. Entiendo tu temor porque también lo siento en algún punto, pero estoy segura de que las cosas van a salir como tienen que salir. Llamame las veces que sean necesarias, estoy a metros de la casa, vení cuando lo necesites. Estoy con vos en esto.

—Gracias.

—Marta, pará, no me cortes.

—¿Qué más necesita?

—¿Tenés hijos?

—Sí, tres.

—¿Qué no harías por ellos?

—Señora, he hecho y seguiré haciendo todo por ellos.

—Bueno, pensá que Valeria puede curarse y revertir la situación con los suyos.

—Es verdad. Lo voy a pensar así, mejor.

* * * * *

Por fin terminaron de rodar la película en casa. Le pedí a María que me avisara cuando hubiesen sacado hasta el último cable y que todo estuviese en su lugar.

Así fue. Aquella mañana dejé a Allegra en el jardín rodante y volví a mi casa.

Todo estaba perfecto, cuánto extrañaba aquel lugar. Abrí las ventanas, hice correr el aire, puse música y me dispuse a rearmar mi estudio para seguir con el proyecto. Había leído, subrayado, recopilado y juntando mucho material, pero aún no sabía qué hacer con ello. Por lo pronto, esa tarde le sacaría fotos a María.

La maternidad se me presentaba, cada vez con más fuerza, como un tema

inabarcable. Simple y complejo, natural y cultural, propio, ajeno… Cada madre como un mundo, cada historia, única y, a la vez, una más del montón. Me costaba hacerme de ideas formadas, de teorías propias. Sentía que no podía generalizar porque ni yo pensaba lo mismo de un día para el otro. Y el tema me acechaba por todos los frentes, con voces de mujeres que me aturdían con sus experiencias, sus partos, sus dolores, sus miedos, sus complejos, sus dramas, sus frustraciones y opiniones. Las madres plenas, prácticas, así como sus contrapuntos: las miedosas, monotemáticas o quejosas. Todas, me tenían harta.

¿Cuándo fue que cada charla con otra persona de mi mismo sexo dejó de ser sobre otra cuestión que no fuese el hecho de ser madre? Mi hija era una parte fundamental de mi vida, pero no monopolizaba todo con su existencia. Yo tenía otros sueños, proyectos y metas. Sin embargo, y por más que intentase escapar del tema, la maternidad me atraía. Se me presentaba como un misterio. Y si hay algo a lo que jamás me pude resistir es a los misterios.

La historia de Valeria me había golpeado. Fue el golpe que terminó por sacudir el sabor dulce que creía que le quedaba a la maternidad. Hasta entonces nunca había tenido contacto con madres abusadoras o golpeadoras, qué peligro ser madre, pensé.

Tantos intelectuales se le animaron al tema, pero ¿cuántos establecieron teorías válidas para la mayoría? Pocos. ¿Qué iba a aportar yo a la cuestión de la maternidad con estas fotos?, me preguntaba mientras repasaba tantas citas. Me había perdido en un laberinto de sexo, feminismo, lactancia, culpa y hormonas.

Los hombres, lejanos, ajenos, protagonistas ausentes, me representaban otro universo aún más desconocido pero quizá más abordable.

Vi llegar el auto de María por la ventana de mi estudio, una hora y media después del horario que habíamos acordado. Se atrasó en la peluquería, según se excusó mientras entraba cargada de bolsas. Y, a pesar de mi impuntualidad, me predispuso mal su tardanza, sobre todo porque me había organizado con mi madre para que cuidase a Allegra y no podía quedarse a dormir. Aquella sensación crónica de apuro, y el tener que vivir organizando todo lo que hacía con tanta anticipación para dejar a mi hija con alguien me agotaba y me generaba asfixia.

Preparé el estudio exclusivamente para María. Con música francesa,

varillas aromatizantes de magnolia, té en hebras del mejor que tenía y hasta le armé una especie de camarín con una mesita sobre la que apoyé un espejo y una lámpara.

Sabía de su coquetería y supuse que querría verse lo mejor posible en las fotos.

Pero ella parecía estar tan acostumbrada a ese entorno que ni lo notó. Aunque eso no le restaba capacidad de observación porque apenas apoyó las bolsas en el piso del estudio me sorprendió con un comentario: “No hay fotos de tu hija por ningún lado”. Era cierto, en las paredes de mi casa había varias obras mías, en su mayoría fotos abstractas y algún que otro retrato de personas exóticas que conocí en viajes, además de fotos que compré a fotógrafos que admiraba. Pero fotos personales había muy pocas, dos de nuestro casamiento en el cuarto, portarretratos sobre la biblioteca con unas cuantas mías con amigas o con Juan.

De Allegra no había ni una sola pegada en la heladera. De hecho, tenía muy pocas fotos de mi hija, de la clínica cuando nació y de cuando me recuperé, meses después. Las imprimí porque Maritriz me pidió que llevase algunas a una sesión para hablar de ella, y luego las dejé dentro del libro que leía durante la espera. Pero de no haber sido por aquel pedido quizá no conocerían otra existencia que la digital.

María tenía razón. Y esto no lo habría notado en aquel momento, sino durante su replanteo de la casa como locación. Sentí vergüenza, ¿qué pensaría de mí? Me lo había dicho de un modo muy espontáneo, no creí que lo hubiera hecho con mala intención, pero lo viví como un golpe duro aunque tal vez merecido. Aquella verdad me exponía en mi triste condición de madre desinteresada. “En casa de herrero…”, le contesté entre risas para dar por terminado aquel momento de incomodidad.

En las bolsas, María había traído ropa para cambiarse entre tomas, maquillaje y una serie de objetos que hicieron de aquella sesión la que, finalmente, más disfruté de toda la serie. Por las posibilidades artísticas que me permitió y porque ella sabía cómo crear un clima de confesiones y anécdotas apasionantes. Había cientos de fotos de su embarazo en París. Sacó una cada día, mientras su panza crecía, con una Polaroid que le había regalado el padre de su beba para luego ver el proceso. También ropita de su hija, su oso de peluche preferido, un chupete, el pelo de la primera vez que la rapó y el primer diente que se le cayó.

Al ver los elementos que espontánea y genuinamente había traído, me surgieron varias ideas en cuanto a formato. Pensé que haría dípticos y trípticos con tomas de María enfrentada a las cosas que le remitían a su hija. Y se lo comenté, eufórica. Ella también estaba entusiasmada. Entonces empezamos a mirar las fotos, que desparramamos en el piso de madera. Acomodé la iluminación y ambas nos sentamos, ella a recordar y yo a inmortalizar.

—Mirá —María tomó una de las fotos, que tenía un número uno en la parte que se puede rotular de las Polaroid. Allí se veían unos mocasines negros de charol a través de su panza, que apenas asomaba. De fondo, los adoquines de París—.

Todas las mañanas desayunábamos juntas en una de las mesas de la vereda del Les Deux Magots, para mí el café más exquisito de París, en Saint-Germain-des-Prés. Allí tomé esta foto. “Deux cappuccino avec des croissants”, pedía mamá al garçon y todavía me parece oírla, tenía una voz tan hermosa en aquella época, cuando el cigarrillo aún no se la había destruido. Amaba escucharla hablar en francés, pronunciaba adorablemente, con tanta clase y, además, actuaba bastante cuando lo hacía, lo que me producía una enorme fascinación. Después la acompañaba hasta la maison Dior en la Avenue Montaigne y allí comenzaba mi caminata diaria, sin paradero alguno. Prendía el walkman fucsia que tenía bajo el arco del enorme marco de la puerta de aquella tienda que hoy recuerdo como el paradigma de lo chic, y arrancaba. Durante los meses que estuve en París, jamás saqué el cassette de Jane Birkin. Por eso siempre le digo a Camila que la razón por la que ama a Birkin es porque ella fue la que compuso la banda de sonido de su estadía en mi panza. Ella me lo niega, alegando que es por su buen gusto musical que está entre sus cantantes preferidas, pero yo estoy segura de su memoria intrauterina. En fin, ¿qué te estaba contando? Ah, sí, mis paseos.

Bordeaba el Sena en todas las direcciones posibles. Y no había día en que no pisase la Île de la Cité, que era y sigue siendo mi lugar preferido, te diría que del mundo. Allí late el corazón de París. Y esto no me lo vas a creer, pero jamás entré a Notre Dame. Lo intenté varias veces, pero en la puerta algo me detiene.

¿Serán las gárgolas? No lo sé, a veces creo que no me siento digna. Lo cierto es que me quedaba en la explanada de la catedral viendo pasar a la gente, tirándoles migas a las palomas. Hasta que me aburría y cruzaba el Sena nuevamente para internarme horas en Shakespeare and Company. Mirá, esta foto es de ahí —me mostró un autorretrato, en el que se veía hermosa, con su nariz natural antes de operarse, con

una gran biblioteca de fondo—. Dicen que hay que comprar un libro ahí para volver. Pero compré cientos y aún no volví. Al final del embarazo, cuando ya me costaba caminar muchas horas, iba directo allí y me instalaba con mi panzota en un silloncito que tienen junto una mesa repleta de libros. Leía durante horas. A veces subía una escalerita mínima, y me quedaba un rato mirando por una ventana que tienen en un piso que parece que se va a caer en cualquier momento. Adoraba la maravillosa historia de aquella librería que existe desde principios del 1900. Hemingway, Scott Fitzgerald, Gertrude Stein o James Joice solían ir y dicen que por ahí pasaba toda la cultura anglo-americana en París, hasta se conseguían libros prohibidos de Inglaterra. Un día me quedé dormida en el sillón de la planta alta y el dueño me tuvo que venir a despertar

para cerrar —María se tomó unos segundos para recordar aquel momento mientras sonreía. Yo miraba las fotos, que luego le pedí para escanear. Eran alrededor de doscientas, pasamos horas contemplándolas hasta que llegamos a la última. Allí estaba con su hija recién nacida, en el sanatorio—. Esta la sacó mamá, que presenció el parto y no me soltó la mano hasta que me pusieron a la beba en el pecho. Cami nació en agosto, hacía mucho calor. Rompí bolsa a la noche, después de una cena con algunos de los amigos parisinos de mamá, en nuestro departamento. Ella solía hacer reuniones con gente súper excéntrica, snobs del mundillo de la moda y la cultura francesa. Siempre sentí que tenía otra vida, que era otra mujer cuando estaba en París. Fumaba, cosa que en Buenos Aires no hacía jamás, tomaba whisky hasta emborracharse, se vestía con ropa suelta, no usaba corpiño, sólo enaguas lenceras de colores pasteles... Se veía libre, incluso más divertida que en casa, donde adoptaba una pose de mujer conservadora, de clase alta, pacata y distante. Pobre mamá, el resto de su vida fue así. Aunque sigue yendo a París, periódicamente, siempre sola. Sospecho que para encontrarse con ella misma, lo cual en cierto modo me enorgullece. Ella me enseñó lo poco que sé acerca de la maternidad: que ese amor, como cualquier otro, uno no se lo merece, sino que se lo gana.

—¿Cuándo regresaron a la Argentina? —intervine.

—Cuando el obstetra me permitió volar con la beba, creo que a los dos o tres meses. En la casona de San Isidro me esperaba listo el cuarto de Camilita, a lado del mío. Con una cuna soñada, en la que cada pieza de la ropa blanca tenía bordadas con hilo de seda las iniciales de la beba. La manta de abrigo era de terciopelo rosado, de Hermès. Y la ropita… perfectamente colgada en perchas forradas de raso blanco, cada una con un moño beige. Había desde batitas de hilo

hasta vestidos de fiesta. Mirá, este es uno —me señaló. Y me dieron ganas de filmarla, entonces pasé la cámara al modo de grabación y apreté Rec. Sus manos acariciaban con extrema dulzura aquel lienzo floreado, luego tomaban un osito de peluche con tanta delicadeza que era un placer observarla—. Había juguetes, una mecedora de caña, colonias, talcos y pañales descartables o de tela apilados, que nunca lavé. Mamá se había encargado de la decoración de ese cuarto desde París. Una amiga suya, interiorista, había estado en el día a día, pero fue mamá quien desde París, eligió cada género, cada prenda, el tono exacto del entelado de la pared y la alfombra. Pero, a pesar de tanto esmero, no dormí ni una sola noche en aquel lugar soñado con mi hija. Sentí ahogo, miedo, en cuanto lo vi.

Entonces armé un bolso el mismo día de nuestra llegada y me mudé a un departamento que tenía mi papá en San Telmo. Quería hacerlo sola. Y así fue.

Suspiramos juntas. Hubiese seguido escuchando absorta durante horas el relato de María. Su ritmo, el tono suave de su voz, sus pausas, los movimientos de sus manos, todo en ella era atractivo. Pero aquel punto final había sido abrupto, al menos por ese día. La única foto que le saqué a María esa tarde fue una toma cenital en la que se la veía rodeada de las cosas que le remitían a su hija, que ella tanto atesoraba.

Antes de irse, se acordó que me había traído el cheque con el pago por el alquiler de mi casa para la filmación de la película. Me lo dio y se fue. Pero a los cinco minutos volvió.

—Me voy a vivir a París con Helena. Le compré el piso a mis padres —disparó.

—¡Qué noticia! —me sorprendió.

—Sí, nos vamos el mes que viene. Estamos felices. Pensaba no contarlo aún, pero cuando me iba sentí que te lo tenía que decir.

—¿Le contaste a Camila?

—Sí, todo. Fue este fin de semana. La invité a dormir a casa. Cenamos, miramos una peli y cuando nos fuimos a la cama, después del beso que le doy antes de dormir, prendí la luz del velador, me senté en la cama y le pedí que me escuchase atentamente. Hablamos hasta que salió el sol. Se lo conté todo, con lujo de detalles.

—¿Cómo lo tomó?

—Bien. Dijo que algo sospechaba que, incluso, un tiempo había sufrido mucho aquel fantasma y hasta lo había hablado en su terapia, pobrecita. Pero que, luego, había resuelto que era mi historia, no la suya y que esperaba que fuera muy feliz.

—Qué fuerte. Eso, para vos María, se llama paz.

—Sí, pero mirá vos qué adulta mi Camilita. Me enorgullece.

—Claro que sí, me imagino. Te sacó del lugar de madre y te puso en el de mujer.

—Tal cual.

—¿Helena?

—También hizo sus confesiones. Nos vamos limpias, libres de culpa.

—Y, ¿por qué a París?

—Para transformarnos al savoir fair de los franceses —reía—. No es un chiste, la verdad es que no sé del todo el porqué. Tal vez porque para mí esa ciudad representa la libertad, la verdad, y es allí donde quiero estar.

—Te felicito, es un buen lugar para estar. Y, ahora que me pagaste, te aviso que muy pronto te voy a visitar con Juan y Allegra.

—¿Sí? ¡Maravilloso! —me dijo María mientras me abrazaba para despedirse.

Caminamos tomadas del brazo hasta su auto. Como dos viejas amigas. A paso lento y corto, para estirar la sensación de habernos encontrado, descubierto y querido. Esperé que se fuese y me senté en el banco de la entrada a saborear la energía con la que María me había inundado.

* * * * *

Era el último día del jardín rodante. Habían sido unos meses maravillosos para los nenes, de juegos, aprendizaje y un primer contacto con sus pares. La experiencia fue buena, para madres e hijos. Estaba contenta, pensando esto, mientras llevaba mi hija a su última clase, para la que habíamos convenido quedarnos las mamás, en una especie de picnic.

Toqué el timbre de la casa de Ana y me abrió Marta, que había

llevado a Marcos.

Enseguida noté un gesto extraño y mientras me saludaba, me susurró que la acompañase unos minutos al parque. Me quería contar algo. También estaba Lucrecia con Benjamín y Ana, sentada con todos los chicos jugando porque la maestra aún no había llegado. Me ofrecí para preparar unos mates y la miré a Marta para que me siguiese.

—¿Qué noticias tenés? —le pregunté, preocupada.

—Ayer a la noche vino el señor Pablo de la clínica con una cara rara. Todas las noches lo espero para calentarle la cena, porque vio que estoy viviendo en la casa desde que la patrona se fue con Luca. Pero ayer, Pablo estaba diferente. Le serví la comida y me retiré. Unos minutos después lo oí llorar. Le juro que intenté contenerme, no quería entrometerme, pero no aguanté y volví a ver qué le pasaba. No dejó de llorar al verme y me pidió que me sentase a la mesa. Le pasé una servilleta para que se secase los mocos, simplemente quería acompañarlo en ese momento de miércoles. No esperaba que me hablase. Pero lo hizo. Dijo que el proceso no venía bien, que Valeria no había dado indicios de su síndrome ante las cámaras ocultas durante sus ratos a solas con el nene. Y que no tenían pruebas suficientes para separarla de su hijo y hacerle los estudios psicológicos.

—Y ¿cómo van a hacer para proceder? Alguna prueba tiene que haber.

—Parece que va a volver a la casa, donde ya están instalando las cámaras y Pablo va a simular un viaje.

—Pero, ¿no es muy arriesgado?

—No, a mi no me pregunte señora que no entiendo nada.

—Perdón, Marta. Voy a hablar con el doctor Ruiz.

—Le dije al Pablo que voy a renunciar. Pensé que no la vería nunca más a Valeria. Pero ahora que vuelve tengo miedo. Se acuerda de lo último que me dijo, ¿no?

—No, Marta por favor. Es un peligro que esté sola en la casa con los nenes.

—Sí, pero también es un peligro para mí. No quiero terminar en cana. Además ando mal, con miedo, descompuesta…

—¿Ya tomaste la decisión?

—Sí, y se lo dije ayer mismo a Pablo.

—¿Qué te dijo?

—Que él también querría borrarse de toda esta mierda.

Entró Ana a la cocina protestando porque no llegaban los mates. Dimos por acabada la conversación. Y el resto del tiempo que duró la clase quedé ausente.

Como Marta, también tenía miedo. ¿Quién me había mandado a meterme? ¿Por qué me había involucrado hasta tal punto? Son preguntas que me sigo haciendo.

Aunque, por aquel entonces aún existía la posibilidad de que el proceso saliese bien.

Pintamos con témpera unos títeres con cabeza de papel maché que los nenes habían hecho. Allegra estaba feliz de compartir conmigo aquella actividad y me miraba con esos ojos de ilusión que me daban tanta culpa. Ana también estaba contenta, con Inés a upa, disfrutaba tanto de ese momento... Y, mientras la observaba, pensé que ella pertenecía, al menos para mí, al equipo de las buenas madres. Las que lo dejan todo por el hijo, las que amamantan años a libre demanda, las que no tienen apuros ni prioridades personales, las que dan sin esperar nada a cambio, las que se ven plenas recién cuando son madres. Ana daba aquella imagen, pero ¿cuánto le habría costado y a cuestas de qué renunciamientos?

Al final de la clase, la maestra nos entregó unas carpetas con el nombre de cada alumno en la tapa, junto a sus manitos marcadas con pintura. Dentro estaban todos los dibujos que habían hecho, algunas frases o poesías de esas que suelen bajar de internet las maestras jardineras. Tras una canción cantada a capela, dimos por terminada aquella experiencia gracias a la que nos habíamos conocido. Y yo había encontrado a Valeria.

* * * * *

“Maté a mi hijo”, retumbó su voz. Y el resto de lo que pude oír fue su respiración, primero jadeante, hasta el silencio absoluto. Esa fue la última vez que oí la voz de Valeria.

Cuando sonó el teléfono dormíamos. Miré la hora antes de atender, eran las tres de la mañana, lo cual ya me sobresaltó. Pero recién presagié lo peor al descubrir que el identificador de llamadas marcaba el número de Valeria. No me equivocaba, entonces me dio la noticia. Y durante aquellos segundos que tardó Juan en darse vuelta y preguntarme quién era, sólo pensé en una excusa, una

mentira para salir corriendo a su casa. Porque para eso me había llamado: para que fuese y comprobase con mis propios ojos su locura, hasta dónde, ella sí, era capaz de llegar. Valeria necesitaba ver mis ojos posados en la escena para darse por satisfecha. Esa era su obra: la realización del más alto deseo implorado por su omnipotente demencia.

Me levanté de la cama y sin salir de aquel estado le dije a Juan que Luca no paraba de vomitar y que Valeria me pedía ayuda. No estaba al tanto de las últimas noticias del proceso que se estaba siguiendo para desbaratar su plan siniestro y comenzar el tratamiento para el síndrome de Münchhausen. Luca ya estaba separado de su madre desde hacía unos días, y yo aún no entendía cómo había logrado quedarse sola con él. Tal vez la habíamos subestimado, algo anduvo muy mal.

Sabía que el sólo hecho de pronunciar su nombre bastaría para que Juan intentara oponerse de todas las maneras posibles a mi partida, pero no me importaba su reacción en aquel momento. Lo hubiese dormido de un golpe de haber podido. Me daba bronca cómo intentaba retenerme y me dolían las muñecas por la fuerza con la que me sostenía. Hasta que pude zafarme y decirle con firmeza y vehemencia que me dejase ir. Se dio vuelta y le pegó fuerte a la pared, mientras me ponía unas zapatillas. No se si lloraba. Le pedí que cuidase a Allegra y bajé la escalera corriendo. Salí así como estaba, en pijama, pero me detuve unos segundos en la entrada porque sentí que me olvidaba algo. Y antes de cerrar la puerta volví al estudio y agarré la cámara.

El fresco de la noche golpeó con fuerza mi cara empapada de sudor y lágrimas.

Corrí las tres cuadras que separaban su casa de la mía con una velocidad inesperada, mientras el raso de mi piyama blanco avanzaba como un Pacman perlado y hambriento por las calles desiertas de Altos del Oeste. Sólo se oían mis pasos y el ruido que hacía la correa de la cámara cuando chocaba con mi pierna derecha. Llegué con las rodillas temblorosas, por lo que me tomé unos segundos para

recuperar la respiración y prepararme para lo que iba que ver. Tenía miedo, sentí el aumento de la adrenalina.

Varias veces había imaginado cómo Valeria mataría a Luca. Pero no pensaba en diferentes maneras, siempre en la misma. Y, cada vez, le iba agregando más detalles. Ella entraría en medio de la noche al cuarto del nene, con algún medicamento en una mano y un vaso de agua en la otra. Vestida, no en piyama.

Hasta maquillada. Prendería un velador de la mesa de luz y se sentaría largo rato

a observar a su hijo. No se en qué pensaría. Si rezaría o simplemente juntaría valentía. Hasta que se activase su chip del horror, un motor capaz de cometer el peor crimen. Entonces lo despertaría y le daría el veneno. Quizá le pediría perdón o se despediría. Luego se acostaría a su lado y se dormiría, ella, mientras él moría.

Atravesé la puerta principal, que estaba abierta como la mayoría de las puertas de cualquier barrio cerrado. Subí la escalera y busqué el cuarto de Luca. Entré al primero que vi, pero no había nadie, las dos camitas estaban tendidas. Hasta que oí el sollozo de Valeria, que venía de la que debería ser la habitación principal.

Pensé en irme, volví a la escalera. No me creía capaz de enfrentar aquello. Pero algo en mi pudo más, cierto deseo macabro de constatación, ¿morbo? No lo sé.

Lo cierto es que avancé guiada por el llanto y entré. Allí me encontré con la escena más siniestra que jamás hubiese imaginado.

No había sangre, sólo agua por todas partes. “Manipulador, mentiroso, traidor, abandónico, hijo de puta, miserable, incapaz…”, Valeria había escrito listas de insultos con aerosol azul en las paredes blancas. Me detuve en los guiones que se anteponían a cada palabra que enumeraba, en la prolijidad de la letra y en la correcta ortografía. En un ángulo, con otra tipografía y letra más grande decía

“enjoy!” y sobre un espejo, con labial rojo: “loca de amor” y “te quedaste sin tu mejor hijo”. En el vanitory, dentro de una de las dos bachas, junto al lápiz de labio que había usado para escribir, vi un atado de cigarrillos abierto y una hoja de afeitar sin usar. Hasta que llegué con la vista a Valeria, que estaba sentada en una silla dorada con la mirada fija en el agua del jacuzzi, donde flotaba un cuerpito que me pareció muy pequeño para ser Luca. Me acerqué y comprobé que era Marcos.

Di varias vueltas sin saber qué hacer. Hasta que apoyé la cámara en el piso y presa del mayor pánico me metí en el jacuzzi, tenía que comprobar que el nene, en efecto, no tuviese pulso. Lo agarré de las axilas, lo di vuelta y puse mis dedos en su yugular. Estaba helado. No quería mirarle la cara, tenía mucho miedo. Pero mientras esperaba sentir su latido, miré. Marquitos tenía los ojos abiertos. Se los cerré. Y solté su cuerpo como si quemase, no podía soportarlo.

Salí del agua y me largué a llorar, arrodillada en el piso de cerámica blanco.

Lloré como no lo había hecho en años. Empecé a insultarla a los gritos, le pregunté si ya lo había matado a Luca también. Valeria dejó de llorar y permaneció enajenada durante aquellos minutos que estuvimos solas. Parecía no

haberse percatado de mi presencia y apenas pestañeaba. Yo sentía mucha culpa, no entendía cómo había logrado salirse con la suya. Pero, a la vez, me invadió una sensación de alivio enorme, como quien agradece no haberse subido al auto que luego choca, al avión que se estrella, al tren que descarrila.

—¿Fui la única persona a quien llamaste? ¿Pablo y Luca dónde están? —le pregunté cuando me recuperé del llanto. Como respuesta no obtuve más que su silencio, entonces hice una pausa y junté coraje para seguir—. Valeria, ¿qué rol interpreto en esta historia negra que te inventaste? Acabás de cometer un homicidio, ¿te das cuenta? El peor. ¿Qué papel pensaste para mi? ¿Soy tu testigo? ¿Otro cómplice? Me das asco y miedo, sos lo más detestable que se puede ser —no podía seguir hablando, se me cortaba la respiración— Asesina hija de puta, madre de mierda.

Vi la cámara, me paré y la agarré. La prendí temblando y empecé a fotografiar cada detalle que mis ojos habían visto desde que entré en aquel cuarto. Las paredes pintadas, el atado de cigarrillos, el labial, la hoja de afeitar intacta. La madre asesina. Sus manos manchadas de aerosol azul y rouge. El cadáver del hijo flotando en el agua.

Mientras me movía alrededor de ella trastabillé con el teléfono, que estaba junto a sus pies. También estaba muy mojado. No tenía tono, Valeria no habría cortado luego de llamarme. Corté y esperé unos segundos, hasta que pude llamar a la guardia del barrio. No sabía cómo decirles lo que había sucedido. “Necesito su ayuda, por favor vengan de inmediato”, dije con la poca voz que me quedaba.

Me le puse enfrente a Valeria, apenas unos centímetros nos separaban. Acomodé la cámara y miré por el visor. Ella bajó la mirada. No me daría la foto, nunca. Le escupí la cabeza. Quería pegarle, pero me contuve. Vi sus manos apretadas, como en posición de rezo sobre el regazo, y sentí pena por ella. Me acerqué y estiré mis manos para cubrir las suyas, para acariciarla. Pero me arrepentí de inmediato. Al final, estaba sintiendo lo que ella quería que sintiese. Me asombré, una vez más, de cómo lo lograba todo con pericia. Entonces me tomó fuertemente del brazo. Afortunadamente llegaron los hombres de la seguridad y Valeria me soltó. Invadieron aquel enorme baño blanco con la negrura de sus uniformes, cual sombras tenebrosas. La poca luz que quedaba se focalizó en la madre que había matado a su hijo. No la pude fotografiar, aunque hubiese querido.

Uno de los guardias me agarró de los hombros y me preguntó si estaba bien, qué había pasado, cuánto hacía que el chico estaba ahí… Pero pronto dejé de oírlo.

Un zumbido se apoderó de mí, me sentía caer en un remolino de aire espeso y el cuerpo me pesaba como nunca. Antes de desmayarme observé una vez más a Valeria, por encima de los hombros del tipo que me sujetaba. Otro guardia le hablaba, pero ella tampoco respondía. Giró la cabeza, como si hubiera sentido mi mirada e hicimos contacto visual durante unos segundos. Su intensidad convirtió lo fugaz en eterno, no me permitía desvanecerme, escapar por fin de esa pesadilla. Me perseguía con sus enormes ojos, estoica, a pesar de los cuerpos negros que se interponían entre nosotras, incapaces de cortar aquel misterioso y potente lazo que nos unía. Hasta que decidí cortarlo yo. Y me dejé caer.

Los días que siguieron a semejante episodio no ganaron en claridad ni en paz. En el barrio, la gente estaba muy movilizada. Durante las horas siguientes, los vecinos se amontonaron en la puerta y hubo que poner vallas para que no se pegasen a las ventanas. Aunque tampoco sirvieron de mucho porque un adolescente logró meterse en la casa de Valeria y hasta llegó a la escena del crimen, donde pudo tomar fotos con un celular. La policía se lo confiscó inmediatamente, sin embargo esas fueron las imágenes que minutos más tarde circulaban en todos los medios de comunicación visual. Lo mismo pasó con otras tomas que hicieron tanto vecinos como guardias del momento en el que la policía sacaba a Valeria de Altos del Oeste para llevarla al penal donde permanecería. Afortunadamente, yo había sacado la tarjeta de memoria con mis fotos y la había guardado en el bolsillo de mi pijama. No sabía qué haría con ellas, pero estaba segura de que no las entregaría a ningún medio.

Los detectives y el fiscal a cargo de la causa me retuvieron largo rato en la casa de Valeria, hasta que se hizo de día. Tal como ella lo había planeado, yo era el testigo principal. Manuel Ruiz fue el primero a quien atiné a llamar cuando uno de los prefectos me preguntó si me quería comunicar con alguien. Necesitaba contarle lo que había sucedido para que hablase con Pablo y seguramente también con Luca. Luego llamé a Juan y le rogué que por favor se quedase en casa con Allegra. Estaba furioso conmigo, le pedí perdón por última vez y corté segura de que a partir de ese día cierta paz se apoderaría de nosotros. No me equivocaba, pero la calma tardó mucho más de lo que previ en llegar.

El doctor vino de inmediato. Nunca voy a olvidar su paternal abrazo y las palabras que me dijo al oído: “Hicimos lo que pudimos”. Su frase bastó para desatar mi llanto, mi culpa, mi angustia, la imagen de verme abriendo una puerta que no era la de mi casa. Yo era parte de ese “nosotros” que había fallado. Pero, tal vez a diferencia de él, yo no estaba acostumbrada al fracaso y, por ende, no lo vivía con tal aceptación. Me dejé envolver en su afecto, en el estado en el que estaba no era capaz de razonar. Con el tiempo, me enojó su conformismo, hasta el punto de considerarlo un incompetente. Pero ya era demasiado tarde. Eso es lo que pasa cuando interviene la palabra negligencia: lo peor ya pasó y ya no queda más que lamentarse.

El resto de mi vida me preguntaré qué hubiera pasado si no me hubiese metido

¿Valeria habría llegado a tal límite o sostendría la mentira solapada, para siempre? Pablo, ¿habría hecho algo alguna vez? ¿Sería Luca la víctima fatal?

¿Por qué me había involucrado de ese modo en esa historia y con aquella mujer que la sociedad, ahora que había mostrado de qué era capaz, vería como un monstruo? Todos habíamos arriesgado algo: Pablo, Marta, Manuel y yo. Ahora nos encontrábamos frente al fracaso, a la pérdida, al peor escenario. ¿Cómo saldría parado cada uno luego de aquella mala jugada? No lo sabía. Por mi parte, iba a necesitar ayuda. En un primer momento pensé que cuando llegara a mi casa, estarían mi marido y mi hija para dármela, pero no fue tan fácil. ¿Qué sería de Pablo? Temí tener que volver mirarlo a los ojos, al tiempo que me recordé aventurándolo a enfrentar el drama que finalmente terminó en tragedia.

Hice las primeras declaraciones, presionada por la policía, allí mismo en la cocina de Valeria. Uno de los hombres que estaría a cargo de la

investigación me preguntó qué había tenido que ver yo con el crimen, por qué estaba allí. Le dije que Valeria me había llamado, le conté cuáles fueron sus palabras con la mayor exactitud que pude. Empecé a temblar, temí que me inculpasen. Estaba muy confundida, en estado de shock. Le dije al fiscal que yo había tratado de evitar esa muerte, que le presentaría testigos, que hablase con el doctor, con el marido… Lloraba y tenía mucho miedo. Me costaba creer que lo que me estaba pasando no fuese un sueño. Sólo pensaba en mi hija, quería ir a encontrarme con ella, sentir su cuerpito tibio, su aliento en mi cara, abrazarla muy fuerte. Las manos me temblaban, tenía la cara empapada de lágrimas y mocos. Hasta que Manuel les pidió por favor que se apiadasen de mí y tras pedirme los datos, me dejaron ir.

El doctor me acompañó a mi casa. Yo seguía en pijama. No recuerdo el trayecto, si hacía frío, calor o llovía, ni siquiera si mantuvimos una conversación. Sólo registré algo de lo que me dijo mirándome a los ojos antes de despedirme: me pidió que tratase de olvidar. Pero todavía sigo sin cumplir con su pedido. Al fin y al cabo, él tampoco cumplió como yo hubiese querido con el mío.

Juan me estaba esperando en la puerta con Allegra dormida en sus brazos.

Cuando me vio, se le llenaron los ojos de lágrimas. Intenté abrazarlo pero me rechazó.

—¿Qué pasa Juan? —le pregunté sorprendida mientras intentaba esquivar sus brazos y agarrar a mi hija— ¡Dámela! ¡Dame a mi hija! Te amo, te prometo que a partir de hoy voy a dejar que me cuides. Ya está, terminó la pesadilla —mi voz sonaba a súplica.

—Ignacia, te estaba esperando sólo para avisarte que me voy y me la llevo a Allegra.

—¡Nooooo, Juan! —empecé a gritar— ¡No me vas a sacar a mi hija!

Perdoname, perdoname —le susurré al oído a la nena presa de la mayor desesperación que experimenté—. Te juro que hoy todo va a cambiar. Voy a ser una buena madre. Ahora sí. Voy a cuidarte, a estar con vos como te lo merecés.

No me quiero perder un solo minuto más de tu vida —lo miré a Juan —. No me la saques, te pido la última oportunidad. No me hagas esto. Yo no hice nada.

—Es un peligro que esté con vos, sería un irresponsable, un pelotudo,

si dejase que las cosas continuasen como hasta ahora. Ya tomé la decisión —me dijo mientras acomodaba a Allegra, que seguía dormida, en la parte trasera del auto

—. Me la llevo a la casa de mi mamá y voy a estar allá con ella por un tiempo, mientras vemos cómo sigue lo nuestro. No te quiero ver. No quiero que la toques. Tengo miedo, Ignacia, de que nos cagues la vida —Me agarró de los hombros con tanta fuerza que me dolió. Luego apretó mis brazos como queriendo despertarme, volverme a la vida. Me miraba con furia—. ¡No te reconozco Ignacia! Pensé que habías superado tu trauma, que juntos lo habíamos logrado. Pero no, estás peor, loca, peligrosa, ¡y no quiero más! Dejame en paz, curate sola o matate, pero no me jodas más, no te voy a permitir que lastimes a mi hija. ¿Qué te pasó con esa mina? Esa loca de mierda, psicópata, asesina hija de puta, le arruinó la vida a todo el mundo. A vos te enfermó. ¿Te das cuenta que asesinó a su hijo? ¿A qué fuiste a la casa, Ignacia? ¿Por qué mierda te llamó a vos? ¿Tenían algún plan siniestro juntas? ¿Por qué me escondiste que seguías involucrada con toda su mierda? ¿Para qué carajo te metiste? Todavía no se si te mueve la solidaridad o la locura. Creo que son ambas cosas. La jugabas de heroína conmigo, ¿no? Pero yo no voy a correr el riesgo de que mates a mi hija

—Juan no paraba de llorar, nunca lo había visto así, casi no podía hablar ni mirarme a los ojos—. Es lo más maravilloso que tengo, ella no tiene la culpa, ni de tu enfermedad ni de mi poca valentía para enfrentar la verdad.

—¿Realmente creés que puedo llegar a matar a nuestra hija? —le pregunté ya con odio.

—Sí. Hoy creo que sos igual a Valeria —me contestó sin dudarlo. Se subió al auto y arrancó. Antes de irse me gritó desde la ventanilla que estaba por llegar mi madre.

Sentí que un frío me recorría por dentro, como si la seda del pijama no me tocase en ningún punto y entre la tela y mi piel circulase un viento helado. Hubiese querido morir congelada. Desaparecer. Entré a mi casa y me tiré al piso para golpear con furia mi cabeza contra el piso. Pero vi sangre y paré, aunque sentía que no merecía tener el más mínimo instinto de supervivencia. Quería huir, escapar del juicio de Juan, de la mirada desaprobatoria con la que me azotarían todos. Porque no había quedado expuesta cual heroína que había intentado evitar la muerte de ese nene, yo era una testigo a investigar. Empezando por Juan, todos sospecharían de mis intenciones con

Valeria, con mi hija. Y mi prontuario psicológico no era el ideal para considerárseme inocente. Me sentía culpable y demasiado débil para seguir adelante con tal hipocresía. Hasta que demostrase lo contrario, yo también era un monstruo.

Una extraña pulsión de vida me mantuvo inerte en el piso durante los minutos que tardó en llegar mi madre. El cuerpo desobedeció a la mente, sino me hubiese suicidado. Lo pensé. El ruido de las llaves en la puerta sonó como una campana de cristal, como si un ser angelical intentase despertarme desde el más allá. No vi su cara al entrar, no se si lloró. Su abrazo fue mi bendición, una pequeña porción del perdón que necesitaba, el punto que le siguió a la inflexión de mi vida. Mamá nunca me preguntó nada de lo que había pasado, de hecho no emitió ni una palabra, ni durante aquel primer encuentro con lo que quedaba de su hija, ni jamás. En cambio me ayudó a levantarme y a subir la escalera apoyada en su hombro. Me llevó al baño, me sacó la ropa ensangrentada, me limpió la frente mientras puso el agua de la bañera a correr. Una vez que estuvo tibia, colocó el tapón. Me tomó del brazo para que me metiese y se sentó en la sillita en que me sentaba yo para bañar a Allegra. Y me bañó. Yo sólo era capaz de sostener mi cuerpo. El agua, al caer, sonaba igual que en el jacuzzi de Valeria. Pero allí mataba y aquí sanaba. Me secó, me peinó con dedicación, me puso otro pijama y me dio un calmante para dormir. Sentí su presencia, su mirada, largo rato sentada en el borde de la cama. Pero no la vi, desde que había llegado yo tenía los ojos cerrados. No me animé a mirarla. Recuerdo el ruido de la puerta al cerrarse y, entonces, haber abierto los ojos. Mamá había puesto una foto de Allegra en mi mesa de luz. Y ante esa imagen juré que nunca le pasaría nada malo a mi hija mientras yo viviese. Le pedí perdón por mis ausencias, por mis sombríos pensamientos, por mi egoísmo. Y le prometí ser una buena madre, la mejor que pudiese, de ahí en adelante. Mi anhelo era genuino, aunque ahora tendría que demostrárselo al mundo, incluso a mí misma.

Me levanté muchas horas después, con la sensación de quien se siente curado de

algún dolor físico que lo venía azotando. Volví a observar la foto de Allegra durante un largo rato, mientras oía la televisión que estaría prendida en la planta baja. El crimen de Valeria ya era noticia. “Una mujer de un barrio cerrado ahogó a su hijo en el jacuzzi para vengarse de su marido”, relataba la conductora del noticiero. Luego comentaba con horror las fotos del baño y de ella, “la peor asesina”, como la llamó, saliendo de su casa. Sin moverme de la cama, las escenas volvieron a mí, como diapositivas que se sucedían a un ritmo

frenético.

No quería verlas, cerraba los ojos con fuerza, movía la cabeza, pero aquellas imágenes habitaban mi mente y era como si algún ser macabro, un verdugo, me sostuviese los párpados a la fuerza para que no pudiese evitar verlas. Me impactaban como si nunca hubiese estado allí. Recordé que tenía la tarjeta de memoria de mi cámara en el bolsillo del pijama que mi madre me había sacado y temí que la hubiese metido al lavarropas. No sabía qué habría pasado con la cámara y la di por perdida antes volver a esa casa a buscarla.

Mamá tomaba un café en la mesa del comedor cuando me vio bajar la escalera.

Enseguida se paró y vino a abrazarme. El olor de su cuello, su perfume, desde que tengo uso de razón, me hizo sentir que nunca estaría sola, que mientras ella viviese alguien cuidaría de mí. Me preguntó cómo me sentía, si quería comer algo. Pero a mí sólo me interesaba saber algo de Allegra, quería verla, abrazarla.

Estaba bien, me dijo, e intentó cambiar rápido de tema. Mientras me preparaba un sándwich comentó que me habían llamado de varios medios, periodistas amigos y otros desconocidos, que querían mi testimonio porque sabían que conocía a Valeria. Me negaría, pensé, entretanto la conductora presentaba un informe sobre el Síndrome de Münchhausen.

El caso monopolizó las noticias nacionales durante semanas bajo el título

“Crimen del country” y hasta había corresponsales de medios extranjeros cubriéndolo. Ocurre que tenía todos los ingredientes necesarios para que así fuese: madre que mata a su hijo para vengarse de su marido; ella, además padece este síndrome extrañísimo por el que enferma periódicamente a su otro hijo, obeso. Morbo puro. Pero podía ser peor. Mucho peor. Y así fue, cuando la historia obtuvo su recarga, su upgrade, su consagración: Valeria se había suicidado, ahorcándose con una toalla, a los dos días de su detención en una unidad especial del penal donde estaba detenida como paciente psiquiátrica.

Me enteré de su muerte por la tele porque no había salido de mi casa desde entonces. Fue durante la cena, cuando uno de los conductores del noticiero de la noche dio la noticia: “Crimen del country: se suicidó la mujer acusada de matar a

su hijo. Valeria Gutiérrez, detenida por el homicidio de su hijo de dos años en un country del partido bonaerense de Ituzaingó, murió hoy, horas después de intentar suicidarse por ahorcamiento en una celda de la cárcel de Ezeiza, según confirmaron el juez y el fiscal a cargo de la causa".

En mi campo visual, además de la televisión entraba mi madre. Y si bien yo fingía mirar fijo la imagen, percibí cómo ella apoyó los cubiertos en el plato y cambió su postura relajada hacia una más alerta. Clavó su mirada en mi perfil, esperando la reacción, mientras yo ya no oía qué decía aquel tipo de Valeria y pensaba cómo responderle a mi madre. Esa fue la primera vez que la razón que me había arrastrado a aquel estado se hizo presente entre nosotras. Y si bien mamá no me había reclamado ningún tipo de explicación, tal vez por miedo a mi reacción, supe que en ese momento necesitaba oírme decir algo, aunque fuese una razón, una excusa por la cual yo estaba así y me había visto involucrada con esa mujer.

—Valeria era yo, mamá —le dije mirándola a los ojos—. Desde que la conocí, algo en ella me intrigó. Aún no te puedo decir bien qué, quizá era su talante oscuro y todo lo que tejía, con mucho esfuerzo e inteligencia, para esconderlo.

Ella se mostraba como la mejor madre, su ética al respecto era impresionante, derribaba cualquier pensamiento sospechoso que recayese sobre ella. Pero, lamentablemente, pude saltar ese muro que Valeria había construido maquiavélicamente porque, de alguna manera, conocía su juego. Intenté salvarla, pero no pude. No me mires así mamá, por favor —le supliqué, y me tomé unos segundos para seguir—. Vos te preguntarás cómo me siento ahora, ¿no? —ella asintió con la cabeza— Aliviada.

Me levanté de la mesa y mamá intentó seguirme, pero le pedí por favor que me dejase sola un rato. El peso de la noticia cayó sobre mi cuerpo en la soledad de mi cuarto. Refugiada tras las paredes lloré a Valeria y a su hijo. Pero lloré, también, por las madres que sucumben ante sus pensamientos más sombríos: lloré por mí.

* * * * *

Quería ver a mi hija, pero Juan no me dejaba. El tampoco venía a verme, aunque

de a poco comenzó a llamar por teléfono, primero hablaba sólo con mi madre hasta que un día ella me lo pasó. La actitud de mi marido era

más controladora que afectiva, pero me alcazaba con eso. Temí que quisiera quitarme la tenencia de Allegra, aunque no lo creía capaz. Estaba enojado conmigo, dolido, decepcionado y, como me había dicho, tenía miedo. Lo entendía, y aunque no me gustaba no verlo, había algo en la actitud que había tomado frente a esta historia que me revelaba a un nuevo Juan, más firme. El hecho de que se haya retobado contra mi locura, y lo que ésta implicaba para nuestra hija, incluso para él, me cautivaba. Hasta llegué a convencerme de que si Juan no me hubiese puesto ese freno, quizá yo aún no hubiera empezado de vuelta.

Salvo a él o a mi hija, no tenía ganas de ver a nadie a pesar de la insistencia de los llamados que mamá atendía de amigos y familiares. Ana y Lucrecia se habían acercado hasta mi casa pero tampoco quise recibirlas. Por aquellos días, sólo me relacionaba cara a cara con dos personas: mi madre y mi psiquiatra.

Fueron esas dos mujeres quienes me salvaron la vida. Una, con amor, la otra con antidepresivos.

Diarios y revistas hicieron del "crimen del country" una verdadera novela negra y pusieron a sus mejores plumas policiales a venderla como pan caliente. Tenían una sola declaración de Valeria, que al parecer ella habría dicho a uno de los periodistas que la interceptó antes de la entrada en el penal: "Lo maté para cagar a mi marido". Y ante esta frase muy pocos de estos cronistas pudieron escapar a la tentación de empezar sus notas con la tragedia de Medea. "En uno de los countries del oeste bonaerense, una mujer fue Medea y llevó a cabo la venganza más cruel, la que ninguna mujer querría protagonizar porque sería peor que darse muerte a sí misma —publicaba uno de los dos diarios más leídos del país—. Al igual que en la obra de Eurípides, asesinó a su hijo con sus propias manos para castigar a un hombre al que acusa de haberla traicionado".

Tenía bastante presente la figura de esa mujer pasional hasta el hartazgo y algunas interpretaciones de corte feminista que la dejaban paradójicamente bien parada, teniendo en cuenta que había matado a sus dos hijos. Busqué el texto en una caja de fotocopias que guardaba del tiempo de la facultad, allí estaba. Lo releí y cuando terminé supe que entraría, de algún modo, en mi proyecto fotográfico. Inspirada, vi la sórdida película que Lars Von Trier hizo de Medea, y no pude dejar de ponerle a la actriz la cara de Valeria cuando la cámara mostraba a la mamá dulce y protectora que soplaba la rodilla lastimada del hijo, o cuando los mataba a ambos colgándolos de un árbol.

Recordé la historia de Romina Tejerina, aquella joven argentina que mató a su beba recién nacida tras aseverar que su embarazo había sido fruto de una violación. En su testimonio dijo que una madrugada que fue a buscar a su hermana a una bailanta, un tipo la violó. “Siete meses después parí a mi bebé en el baño de mi casa y vi la cara del violador”, confesó. Tejerina puso a la beba en una caja de cartón con tapa y le dio veinte puñaladas. El caso, al igual que el de Valeria, tomó notoriedad pública y se inició una causa contra la joven madre. El supuesto agresor estuvo detenido sólo veintitrés días y nunca fue condenado.

Para Romina, en cambio, el fallo fue unánime: catorce años de cárcel por el cargo de “homicidio calificado por el vínculo”. La defensa habló de un brote psicótico, producto de la violación; el fiscal que intervino en la causa argumentó en su contra que “usaba minifaldas, salía a bailar y se peleaba con los padres”.

Tejerina se convirtió en un símbolo del movimiento feminista y se abrió un gran debate. Me preguntaba qué hubiese pasado si alguien hubiera comprendido el dolor que le producía aquel embarazo que, forzada, tuvo que llevar a término.

Valeria también estaba sola. Ellas eran sólo dos casos, pero hubo y habrá muchos más. Algunas madres oyeron voces, otras fueron víctimas silenciosas del maltrato cotidiano de un marido borracho, de un padre abusador, de una madre enferma… Enloquecieron, explotaron y mataron.

¿Por qué matar a los hijos? ¿Por qué destruir lo más asombroso que hemos creado, lo más sublime que podemos hacer en el paso por esta vida? Yo había tenido una linda infancia y era básicamente feliz: amaba a la persona con quien había tenido a mi hija, juntos la habíamos soñado. Sin embargo, la tinta negra de sombríos pensamientos había manchado mi mente. Conocer a Valeria fue casi como toparme con la peor versión de mi misma en un callejón sin salida. Fui testigo de su locura porque me fascinaba ver cómo cumplía un deseo que, afortunadamente, yo me reprimía. Lo indecible, lo impensable: la sensación de sentirme frustrada como madre. Hasta que el final de Valeria me hizo ver con esperanza mi presente. Su tragedia había traído mi catarsis.

Más de cuatrocientos años antes de Cristo, Eurípides le dio voz a las mujeres de su época a través de Medea: “De todas las criaturas que tienen mente y alma no hay especie más mísera que la de las mujeres (…) Y dicen que vivimos en casa una existencia segura mientras ellos

con la lanza combaten, mas sin razón: tres veces formar con el escudo preferiría yo antes que parir una sola (…) Pues la mujer es medrosa y no puede aprestarse a la lucha ni contemplar las armas, pero, cuando la ofenden en lo que toca al lecho, nada hay en todo el mundo más sanguinario que ella".

Miles de años más tarde seguía habiendo Medeas, mujeres capaces de decir lo indecible y de concretar lo inaceptable. Valeria era una de ellas. Pero también existían tantas otras aspirantes, que por miedo a la condena vivían en la frustración y la mentira, presas del temor a la locura o, peor aún, a sí mismas.

Hipócritas éramos muchas, y no menos peligrosas. Pero si al verme reflejada en Valeria había experimentado la catarsis, ¿por qué otras no lo harían también?

Hoy me siento redimida, pero fue gracias a que proyecté en ella mi peor miseria.

Vi el castigo que le mereció y no lo quise para mí, entonces luché y sigo luchando contra la locura que sé que habita en algún rincón oscuro de mi ser, solapada, acechante.

Creo firmemente en el poder de la mujer, partiendo de la premisa fundamental de su capacidad para engendrar vida. Míticos o no, siempre se habló de matriarcados primitivos, madres que gobernaban comunidades. Desde la prehistoria, ¿cuántas se habrían unido para sobrevivir y cuidar a sus hijos, o para luchar frente a la hegemonía masculina cuando ésta las oprimía? Entonces decidí hacer una muestra respecto de la mirada que se me había revelado de la maternidad con las fotos que había sacado a Valeria, Ana, Lucrecia y María.

Expondría esas historias con los formatos que fuesen necesarios y así me pondría a disposición de las mujeres que visitasen la muestra a través de una performance, sí, yo misma, allí en la sala, para escucharlas. No hablaría, las miraría a los ojos con mirada comprensiva para hacerles sentir que no es ninguna vergüenza desoír el mandato de la maternidad, así como tampoco se puede juzgar el sentirse realizada siendo mamá; que el hecho de tener hijos es tan bello como complejo o que no están solas quienes sufren. Y si al menos una saliese transformada de aquella experiencia me sentiría realizada.

"Quiero volver a confiar. Hoy, después de lo que pasó, me da tanto

miedo dejar a nuestra hija en tus manos como dormir con vos", me dijo Juan el día que por fin accedió a verme. Fuimos a almorzar un domingo con Allegra, hacía un mes que no la veía ni hablaba con ella. Llegué antes y los esperé parada en la puerta.

Estaba desesperada y ansiosa. Cuando vi el auto me acerqué, me paré frente a la ventanilla y la saludé. Pero al verme se largó a llorar. Entonces Juan me hizo un gesto como para que me alejase y la contuvo por un rato, hasta que tras largos minutos de negociar con ella logró sacarla del auto y venir a mi encuentro. Me dio un beso de esos que daba cuando se lo pedíamos. Sentí ganas de estallar en llanto, pero me contuve.

—¿Cómo estás? —me preguntó Juan apenas nos sentamos.

—Bien, qué se yo. Dando todo para nortearme, más que nada intento volver a posicionarme ante los demás. Por dentro, me siento bien y estoy segura. Pero creo que el mundo, empezando por vos, no me ve así. Ahora tengo que convencer a todos de que Valeria no me contagió.

—Bueno, Ignacia, convengamos que vos tuviste un episodio de frustración con tu maternidad antes de conocer a Valeria. No todo tiene que ver con ella o con los demás.

—Sí, no lo niego. Pero cuando me pasó aquello, no me sacaste a mi hija. ¿No era igualmente peligrosa? Creo que, incluso, más.

—Entendeme.

—Y vos a mí.

—Convenceme. Demostrá con hechos que querés reconciliarte, esta vez genuinamente, con Allegra. Te doy la posibilidad, no te la estoy negando. Pero dame tiempo a mí también. Después estoy yo, estamos nosotros y nuestra relación, que también va a necesitar algunos ajustes. Pero nuestro tiempo no corre tan rápido como el tuyo con tu hija.

—Lo voy a hacer. Te lo prometo. Tengo mucha culpa, me siento horrible, estoy totalmente insegura por la actitud de los demás. El otro día fui a comprar algo a la proveeduría del barrio y oí a dos vecinas cuchichear cuando me vieron.

Decían que yo era amiga de la mina que había matado a su hijo, que mi marido

me había dejado y se había llevado a mi hija, que me habían sacado la tenencia de la nena —hasta ahí venía bien, hablando en un tono bajo y tranquilo por Allegra, que jugaba con una muñequita sentada a la mesa con nosotros— ¿Sabés lo mal que me sentí? Ahora para lo único que salgo de la casa es para ir a la psiquiatra o a correr, y voy de noche, tarde, o muy temprano, cuando ya no hay nadie en las calles, porque me cansé de los comentarios por lo bajo. Mis amigas me hablan diferente, me llamaron de compromiso después de la noticia y con algunas ya hace semanas que no hablo. Mi papá vino a casa pero no me pudo mirar a los ojos, ¿sabés lo que eso es para mí? Me pregunto si esto se va a revertir, tengo impotencia. Juan, intenté evitar la muerte de ese nene. Fui yo quien se contactó con Ruiz, quien habló con su marido…

—Sí, pero también fuiste vos a quien Valeria llamó para mostrarle aquella aberración, ¿por qué, Ignacia, tenías que ser vos?

—No sé —dije, y se me inundaron los ojos de impotencia. Lo cierto es que sí sabía, aunque no tenía ganas de cristalizarlo en ese momento, ni ante él. Allegra levantó la mirada de su juego y me miró preocupada, sintió mi dolor y me tiró los brazos para que le hiciera upa. Otra vez reprimí el llanto y le propuse ir a los juegos. Aceptó y me la llevé mientras Juan pedía la comida. Volver a cargar su cuerpito tibio, sus manos tocándome el pelo, como siempre lo hacía. Apoyó su cabeza en mi hombro y luego la giró hacia mi cuello. Hizo una exhalación profunda, como para olerme con fuerza y me ilusioné con la idea de que ese fuera el inicio de su perdón. Hubiese prolongado aquel camino a los juegos los años que tenía la vida de mi hija, pero sabía que no podía revertirse todo mágicamente. De lejos, atravesando vidrios, conversaciones, olores, el viento y la música, la mirada de Juan me quemaba en la nuca. Entonces supe que iba a tener que convivir el resto de mi vida con la inspección ajena, con la duda, con la sospecha, con el acecho. Sin embargo resistí. Y desde aquel reencuentro, las cosas sólo fueron mejorando.

Pasé dos meses más a solas con mi madre. Ella me acompañó y me cuidó como si fuese su culpa lo que me estaba pasando. Charlamos mucho, compartimos ricas comidas con las que nos sorprendíamos la una a la otra, miramos películas y leímos. Cuando me veía triste, me abrazaba y me besaba sin pudores. Siempre decía que el cariño era la mejor terapia. Yo, como Allegra, hundía mi nariz en su cuello y me proveía a raudales de su olor.

Mamá se había anotado los horarios de mi medicación y controlaba militarmente

que la tomase. Se hizo cargo de la casa, dirigía a la señora que limpiaba y planchaba, pagaba los impuestos, llamaba al jardinero y hasta hacía las compras.

Cuando sonaba el teléfono atendía siempre ella y muchas veces se iba a hablar al parque para que yo no oyera. Una vez me asomé por una ventana porque sentí que discutía. “Tenés que aflojar, Juan, pobrecita quiere ver a su hija, me pregunta todo el tiempo por ella”, decía y luego parecía convencerse de lo que mi marido le contestaba.

Mamá me contó, por aquellos días, que Allegra estaba empezando a hablar con mayor claridad y fluidez. Mi hija mejoraba en mi ausencia y eso me generaba angustia. Mi ego, otrora todopoderoso, comenzaba a verse más débil pero, paradójicamente, ese cambio me daba fuerzas porque me hacía entender que no podía controlarlo todo. Conocí el sabor de la paz.

Cuando se hacía la hora de alguna de las comidas, mamá me gritaba que bajase como cuando era adolescente y se enojaba porque no la oía. Me encerraba largas horas en el estudio y trabajaba en mi proyecto de fotos. Cada tanto, ella me golpeaba la puerta para traerme té o café con algo rico que había preparado.

Entraba y se quedaba un rato mirando y preguntando todo. En otro momento me hubiese fastidiado su excesivo interés en lo que yo hacía, siempre había sido muy independiente. Ella siempre contaba, entre risas, que cuando empecé primer grado tenía que mirarme los cuadernos a escondidas porque yo quería hacerlo todo sola. Pero lo cierto es que le debo eterna gratitud, la presencia de mi madre fue mi mejor medicina.

En una de aquellas oportunidades en las que se instalaba en mi estudio, mientras le explicaba de qué iba el proyecto, me di cuenta de que me faltaba fotografiar a una madre fundamental, la mujer cuya maternidad definía la mía como ninguna otra: ella, mi mamá. Eufórica, se lo propuse sin filtro ni reflexión alguna. No esperé su respuesta, que di por sentada, y me invadió una catarata de ideas que empecé a anotar en mi cuaderno delante de ella. Pensé en un túnel cuyo interior estaría recubierto con luces de neón y las fotos de mi madre o un solo retrato, y donde sonaría su voz susurrando la canción de cuna que me cantaba; su perfume, o un perfume cualquiera que emulase el suyo, y al final: la luz, la salida, el fin de la muestra. Su retrato sería el costado luminoso de mi maternidad, mi salvación, mi cura; mamá representaba a la madraza, a la buena madre. De pronto, me vino a la mente el símbolo del yin y el yang, entonces dibujé el

taijutu. Me sorprendió la asociación, jamás me había interesado en ninguna religión y menos en el taoísmo. Atribuí el hecho a alguna sabiduría ancestral que indudablemente vivía

en mí, no hubiese encontrado otra explicación a la aparición de esta imagen justo cuando decidí incorporar a mi madre al proyecto. Inmediatamente lo googlé:

“Según esta idea, cada ser, objeto o pensamiento posee un complemento del que depende para su existencia y que a su vez existe dentro de él mismo. De esto se deduce que nada existe en estado puro ni tampoco en absoluta quietud, sino en una continua transformación. Además, cualquier idea puede ser vista como su contraria si se la mira desde otro punto de vista”. Mientras leía en voz alta mamá soltó un “si te hace feliz contá conmigo, hija”.

Durante aquellos dos meses se sentaron las bases de mi sanación, tanto física como espiritual. Maritriz, mi psiquiatra, había dado con la droga y, luego de algunos ajustes, con la dosis exacta para equilibrarme. Para lo único que salía de Altos del Oeste era para ir a su consultorio. Tenía varias sesiones semanales.

“Esta vez, Ignacia, tenemos que encontrar tu verdadero eje, una ruta que seguir, un camino seguro para tu vida”, me dijo la primera vez que la vi luego del crimen de Valeria. Aquella bella mujer, que supo escucharme y lograr que la escuchase a ella, podría representarse como la soga de mi vida. De ella me agarré para salir de la oscuridad, pero con ella también me he enredado algunas veces, hasta ahorcarme o quedarme sin palabras. Como nadie, ella conoce mi verdad: sabe que coqueteo con la locura. Pero me acompaña, desde el día en que la conocí, cuando Allegra apenas tenía días, en la tarea que más ardua me ha resultado. Ella me ha dado fuerzas y la certeza de que puedo ser una buena madre.

Mamá me curó el alma, el espíritu, y el trabajo en aquel proyecto artístico me llenó de energía y ganas. Ansiaba las visitas de Juan, que cada vez eran más frecuentes a medida que veía mi progreso. Jugamos a ser novios de vuelta. Pero más anhelaba ver a mi hija y cuando llegaba el día saboreaba aquel gusto efímero, caprichoso y exquisito que era la felicidad. Todo eso me salvó. Pero también tuve que conocer a Valeria.

Antes de hacer la sesión con mamá volví a las fotos que había sacado.

Inspeccioné cada gesto, cada pose, pensé qué me decía de la

maternidad cada una y qué contaba, a su vez, de la mía. Decidí no retocar ninguna toma, su crudeza hablaba de mi verdad. La cicatriz de Ana, la blancura de Lucrecia, el excesivo maquillaje de Valeria, las fotos viejas de María… Todo se vería tal cual era. También regresé a los textos que había elegido para cada madre. Algunos los descarté, otros me seguían pareciendo atinados. Trabajé durante días con el video de María, con las fotos de su embarazo y las cosas de su hija. Le puse

música de Jane Birkin. Pero, inconscientemente, evitaba abrir la carpeta de Valeria, me daba miedo reencontrarme con las fotos que le había tomado en cualquiera de aquellas dos tristes oportunidades. Pero también sabía que no incluirlas era como negar una parte fundamental de lo que quería contar con aquel trabajo. Sí, era cierto que ella ocupaba la zona más oscura y dolorosa, pero era tiempo de sanar y de quitarme la hipocresía de los hombros. Yo también era, en parte y tal vez sólo en el pensamiento, esa madre. No lo negaría. De modo que tomé fuerza para enfrentarla, y luego de varios días de reflexionar me encontré con las imágenes: Valeria vestida, nerviosa, anteponiendo sus bellas manos a mi tenaz búsqueda de su mirada; Valeria desnuda, intimidándome, mirando a cámara finalmente, pero también tomando poder de mi trabajo; Valeria de espaldas, sentada frente su hijo muerto.

Imprimí todas las imágenes, que eran cientos, con sus textos y pegué todo en las paredes de mi estudio. Ensayé mi muestra para observar como espectadora y así saber qué me pasaba. Faltaba yo, pensé. Aunque pronto desistí de mi presencia, todas ellas, con la incorporación de mi madre, constituían mi autorretrato. Me senté en una silla giratoria, en el centro del cuarto, y contemplé aquel enjambre visual dando vueltas sobre mi propio eje, uno, dos, tres días. Hasta que junté fuerzas para hacer la última sesión.

—Antes que nada quiero decirte gracias, mamá —le dije no sin nervios, cuando la tuve enfrente, con la cámara en mano, en aquel estudio fotográfico casero que se había convertido en una especie de confesionario—. Y no sólo te estoy agradeciendo que te hayas entregado por completo a mí en este momento tan duro que atravieso, sino siempre. Desde que tengo consciencia, cuento con tu presencia. Me acuerdo de cuando éramos chicos en casa, qué hermosa infancia nos diste. Cada tanto cierro los ojos y viajo a aquella época. Siento el olor de los eucaliptos que habían plantado con papá en el parque, ¿te acordás que les pusimos nombres? Ramón y Osi… La música de María Elena Walsh, el sabor de tus vainillas caseras, que mojábamos en la leche chocolatada en las tazas verdes de lata. Nos dejabas ser libres,

ser nosotros mismos, niños que querían jugar, volar, pero siempre seguros de que podíamos volver a tus brazos… Cómo me gustaría volver, al menos por un rato, a una de las noches de mi infancia. ¿Te acordás del velador de cerámica amarilla que me dejabas prendido? No sabés el pánico que me daba atravesar el pasillo, que me parecía eterno, para llegar a tu cuarto a buscarte cuando tenía miedo. Pero valía la pena correr el riesgo de cruzarme con algún monstruo, porque el mundo era seguro de tu mano —mamá se había sentado en una banqueta y lloraba mientras me escuchaba—. Desde que

nació Allegra me pregunto, todos los días, cómo hacías, cómo hacés. Y he llegado a la conclusión de que sos un modelo muy difícil de alcanzar para mí.

—Ignacia —intervino al fin mi madre—, tenés una imagen idealizada de mí, hija. Pero también pasé momentos de angustia y crisis con mi maternidad, y lo sabés. Muchas veces sentí ganas de salir corriendo para liberarme de ser madre de cuatro hijos. Los amo, son mi vida, pero muchas veces me he sentido abrumada por su demanda. En esa época que vos recordás como dorada, con tu padre discutíamos mucho, nunca delante de ustedes como bien sabés. Pero él me reclamaba como mujer, pretendía tanto de mí… y yo no podía más que ser madre durante todos aquellos años de su infancia. Toda mi libido pasaba por mis hijos, pero ¿qué más valioso puede tener un hijo que a sus padres juntos?

Nosotros fuimos bastante hipócritas, durante muchos años. Incluso en aquel tiempo, que vos añorás con tanta nostalgia, fue también cuando más triste me sentí en mi vida. Me debatía constantemente entre mis necesidades y las de ustedes, entre los deseos de tu padre y los míos. Por aquella época no estaba bien visto que las madres dejasen a sus hijos para trabajar o estudiar. Me hubiese encantado poder hacerlo. Tampoco estábamos tan cómodos económicamente como para pagar una niñera. Siempre los elegí a ustedes aunque soñaba con otros destinos. Pero la mía no fue una decisión tan sabia tampoco, hija. Porque no siempre tenían a mi mejor versión.

—Pará mamá, no quiero saber tanto en realidad. Dejame quedarme con lo que armé de mi infancia y de ustedes como padres.

—Está bien, pero con la verdad podés construir una memoria mucho más maravillosa, algo real que le puedas heredar a Allegra y que le permita crecer sabiendo de dónde viene, o con qué carga. Nosotros, los padres, decidimos traerlos al mundo y rara vez prevemos de cuántos sufrimientos estarán hechas sus vidas.

—No fue tu culpa que mi gemelo haya muerto, ¿a eso te referís? —le pregunté adentrándome en un tema presente en la superficie de nuestras conversaciones, pero tabú entre los recuerdos de la familia—. Hablemos de eso, mamá. Porque lo cierto es que sé que, después de mí, nadie lo piensa tanto como vos. Mis hermanos jamás me preguntaron qué sentía yo al respecto, si tenía presente a ese ser cuya existencia había sido preconcebida para complementarse por una vida con la mía. Nunca te culpé, aunque debo reconocer que tu dolor me marcó.

—Soy culpable de no haber tenido la suficiente fuerza como para sobrellevar aquella pérdida durante los primeros meses de tu vida. Vos me necesitabas plena, no de luto. Ya habías tenido suficiente dolor dentro mío, cuando te quedaste sola.

No me agradezcas más, Ignacia, porque soy responsable no sólo de tu vida, sino también de gran parte de tu dolor.

—Mamá —le dije yendo a sus brazos para que me envolviese—, vos sos una madre maravillosa. Ya quisiera yo que mi hija me viera como te veo.

—¿Cómo me ves? —la pregunta me resonó en el oído que tenía apoyado en su pecho y luego, el tamboreo de su corazón ajetreado. Me tomé unos segundos para contestar mientras aclaraba la tormenta en mis ojos.

—Con los brazos abiertos, lista para abrazarme. El contorno de tu cuerpo brilla porque atrás hay mucha luz, tanta que encandila — mamá me separó de su pecho e intentó interrumpirme, pero hice fuerza para quedarme y continué—. Dejame verte como un lugar seguro, cálido y confortable. No me cuentes tu verdad, mamá. No me interesa llegar tan arriba, sobrevolarte, dejame verte de abajo para siempre.

Entonces logró zafarse de mi abrazo, se puso de pie y me pidió que hiciéramos las fotos. Mamá se entregó a mi visión, como si no pudiese hacer nada al respecto. La intensidad y el brillo de su mirada a cámara me emocionaron. Y

sólo bastaron un par de tomas para que volviésemos a nuestro abrazo.

Como fotógrafa había hecho algunas muestras colectivas sin demasiada trascendencia. Sin dudas, este proyecto era mi trabajo más ambicioso y lo cierto era que estaba bastante perdida respecto de cómo llevarlo a cabo, a quién presentárselo, o dónde. Entonces llamé a

Lucrecia. Sabía que se había mudado de vuelta a su antiguo barrio gracias a la compra íntegra de su última serie en manos de un famoso coleccionista peruano, lo que la había cotizado como artista. Nos escribíamos con frecuencia, interesada una en las noticias de la otra.

Algo químico nos unía, que no permitiría que nos perdiésemos el rastro.

Me trató como si nada hubiese pasado desde la última vez que nos habíamos visto. Yo no había atendido sus llamados desde lo de Valeria. Sin embargo no me hizo cuestionamientos al respecto, simplemente preguntó cómo estaba y mi

“tratando de recuperar a mi hija y a mi marido” pareció conformarla. Entonces le comenté el motivo de mi llamado. Me dijo que salía de viaje al otro día por una muestra, pero que le mandase rápido todo por mail: la idea, cómo creía que podía plantarse la muestra, dónde me gustaría o creía que podía llegar a ser, un texto con el desarrollo de la propuesta que pueda tentar a los curadores, etc. Fue simple, directa, práctica y me dio mucho aliento. Sus palabras me motivaron a seguir, entonces armé el mail de inmediato y se lo envié. La respuesta no tardó más de dos horas en llegar. Lucrecia me sugería unos cambios en el texto, en el armado de la muestra y respecto de la performance. “Investigá a Marina Abramovic”, me sugirió. Y, si bien me previno de lo ardua que me iba a resultar dicha empresa, abrió las puertas de un lugar inédito para mí: el de la confianza en mi misma. Al final, a modo de posdata, escribió: “En mi galería estarían encantados de montar tu muestra, felicitaciones. Hablá con Ismael”.

La galería PIC, que representaba a Lucrecia, era una de las más influyentes de arte contemporáneo de Buenos Aires. Su dueño y curador, Pedro Ismael Pereyra, constituía una auténtica marca curatorial tanto a nivel nacional como internacional. Promovía artistas consagrados y emergentes con igual ímpetu, el tipo tenía una de las colecciones de arte contemporáneo latinoamericano más importantes del mundo. Tantas veces había visitado aquella galería para ver la obra de artistas que admiraba, que el sólo hecho de pensar que en sus enormes paredes blancas se podrían colgar mis fotos, me colmaba de emoción.

Di vueltas para llamar a Ismael, me daba vergüenza. Contaba con el aval de Lucrecia, pero así y todo no me animaba a avanzar. Dar semejante paso era como quedar desnuda en la plaza del Obelisco, expuesta en mi vulnerable y

complejo ser maternal. Aunque, por otro lado, una extraña pulsión me había llevado hasta allí y me empujaba a la zambullida. Era el arte y su poder de sanar.

Del otro lado, estaba la locura. Y yo no quería ser su amiga. Entonces lo llamé.

Ismael me citó en la galería. Su despacho era en el tercer piso de aquel antiguo petit hotel de estilo francés. Allí me hizo pasar su secretaria tras un silencioso e incómodo viaje en un ascensor antiguo y mínimo, de esos que son como una jaula. La glamorosa señorita me dio un par de revistas de arte y vanguardia cultural para mitigar la espera y se fue. Todo era muy snob, los coffee table books de fotografía de moda y arquitectura en una enorme mesa ratona rodeada de sillones color crudo, con mantas de pieles y almohadones de todos los tamaños y formas. En un lateral, su escritorio con el último modelo de computadora mac también servía de repisa para algunos portarretratos en los que se podía ver a un joven Ismael junto a Andy Warhol o León Ferrari, entre otros artistas. Pensé que era una vergüenza que yo estuviese ahí sentada, esperándolo con el tupé de creer que podía hacer una muestra individual en su galería, y me levanté para irme. Pero justo entró él y vino eufórico a mi encuentro. Pedro Ismael Pereyra era un hombrecito transgresor en su estilo, que solía vestir de negro, todo ajustado, con zapatillas deportivas flúor. Ya rondaría los setenta y cinco años, pero su contextura pequeña, su abultada melena cobriza y los innumerables anillos plateados que usaba en ambas manos, hacían que destilase juventud.

—Lucrecia es una de mis joyas —me dijo mientras me besaba en las dos mejillas—, por lo que no podría desoír jamás sus pedidos y vos sos uno de ellos.

Te escucho.

—Bueno, gracias por el tiempo, antes que nada —empecé diciendo, nerviosa, al tiempo que comprobaba su fama de excéntrico y su personalidad tiránica—.

Supongo que Lucrecia te habrá mandado algo de mi proyecto. Se trata de una mirada propia respecto de la maternidad. Mi idea es hacer una muestra multidisciplinaria que incluya fotografía, performances, instalaciones, videoarte, etcétera. Lo que hice hasta ahora no tiene nada que ver con esto y tal vez no te interesa mi perfil ni mi propuesta, ya que no tengo currículum ni un nombre conocido en el mundo del arte, lo que entendería perfectamente… Así que no te

molesto más y mejor me voy —dije mientras atinaba a levantarme.

—Me interesa —me interrumpió— continúa.

—Algunas de mis fotos son muy perturbadoras. Una de las madres que fotografié es la mujer que ahogó a su hijo en el jacuzzi de su casa. La noticia fue conocida como “el crimen del country” y la muestra incluiría tomas de la escena del crimen —hice una pausa, para ver su reacción, pero su rostro mantenía el mismo gesto de inexpresividad desde que había comenzado a hablar—. Son cinco las madres que retraté, una de ellas es la mía…

—Y, ¿cómo describirías la muestra?

—Imagino el recorrido con una única dirección, una entrada y una salida.

Quisiera hacer vivir al espectador una experiencia, que resulte transformadora, en lo posible. Al ver los retratos, con los textos que acompañen, los videos y las instalaciones, me gustaría que se oigan susurros, gritos, canciones de cuna, llantos, risas, historias de amor. Quiero que queden expuestas todas las emociones que puede conllevar la maternidad, crímenes y culpas, frustraciones y escenas de felicidad, amor y entrega. Pensé en poner espejos en alguna sala para que la gente pueda encontrarse con la propia manera de ser madre; debería haber un cuarto oscuro para las fotos de Valeria, donde la única luz sería la que emitiese la proyección de alguna de las versiones cinematográficas de Medea.

Allí, quien pudiese entraría a enfrentarse con lo más sombrío de la maternidad...

—Ismael no me decía nada, entonces yo seguía hablando, no sabía si para convencerlo o por la incomodidad que me daba aquella situación —. En el centro de la muestra propongo una performance, donde yo misma me siente todos los días durante una hora a escuchar lo que otras madres quisieran decirme. Las miraría a los ojos, las contendría sin tocarlas, ni siquiera hablarles. Mi intención es lograr que al menos una persona salga transformada y enriquecida por la experiencia.

—No, querida, no entendiste en absoluto lo que te pregunté. De todo lo que hablaste me encargo y decido yo. Lo que quiero saber es cómo es la serie de fotos.

—Depende cada retratada…

—No, pensá un poco linda.

—No sé… —me puse muy nerviosa, no entendía qué quería saber.

—Sí sabés, recordá qué buscabas cuando las fotografiabas.

—La mirada a cámara, la honestidad absoluta, la verdad.

—Ahora me gusta más —me interrumpió—. Seguí.

—Buscaba verme en ellas, en su dolor, en su angustia, en su felicidad, en su locura.

—¿Te viste?

—Sí.

—Y, ¿por qué creés que tengo que montar esta exposición en mi galería?

—Porque necesito cerrar esta herida para seguir. Tengo que liberarme.

—Y yo necesito pensar. Gracias por venir, mi secretaria se comunicará con vos

—culminó Ismael.

Salí de la galería más ansiosa de lo que había entrado. Cargaba, ahora, con una nueva sensación: la de la incertidumbre. Quizá mi trabajo sí era valioso, y debía estar más segura de mi misma. Por otro lado, Ismael no se había mostrado tan dispuesto como me había anticipado Lucrecia. Me preguntaba si sería una exageración de ella o lo habría hecho para incentivarme. ¿Qué pensaría aquel señor de mí, que era una caradura? ¿Le habría parecido pretencioso? Por otro lado, de su boca había salido la palabra interés.

Pasó una semana y no tuve noticias de Ismael. Pero, no estaba desilusionada, más bien esperaba que se cumpliesen quince días para visitar otra galería y llevar mi oferta. Con los días sentía el encuentro con ese exótico caballero cada vez más revelador. Y, como le había logrado decir al marchand, me urgía hacer aquella exposición, se trataba de una necesidad para mí.

Exactamente doce días después de la reunión, entró en mi bandeja de entrada de mails uno de parte de Pedro Ismael Pereyra bajó el título “Sí”. En el cuerpo, tampoco se explayaba mucho: “Nos vemos la semana que viene para empezar a trabajar, hay mucho que pulir,

mucho. Y unas cuantas cuestiones legales que averiguar. Pero compro la propuesta. Bellement". Mi reacción fue extraña. No podía negar que estaba feliz, pero tampoco que tenía miedo. Un "no" me hubiese traído la certeza de que comenzaba una búsqueda difícil, tal vez, larga y hasta imposible, pero yo estaba acostumbrada a bogar por ese tipo de empresas. Y,

entretanto, la negación de Ismael me mantendría a oscuras. El "sí", en cambio, me precipitaba aunque estaba bastante segura de que me había encontrado preparada para enfrentarlo.

Los encuentros que siguieron, me fueron revelando a un hombre exigente y malhumorado, aunque también maravilloso por su generosidad y su espíritu creativo. Cada idea se vio enriquecida por su experiencia y sus conocimientos, por su exquisita mirada. Cuando algo no le gustaba, se mostraba tiránico y agresivo. Pero si alguna idea que yo le proponía le resultaba interesante, aplaudía y hasta bailaba. Ismael y yo nos reunimos durante meses en el espacio en el que sería la muestra. Y allí, sumidos en la blancura absoluta de aquel salón, sentados en el piso, entregados a la incertidumbre que genera todo inicio, escribimos, dibujamos, proyectamos mi historia, lo que yo quería contar. Fue duro y muy crítico, por momentos, con mi obra. Como cuando me dijo que si no fuera por la temática de la serie, jamás hubiese prestado atención a algunos de esos retratos, porque le parecían "del montón". Sin embargo, atesoré cada una de sus intervenciones porque lo respetaba y le estaba eternamente agradecida. Ismael dedicó su tiempo y su alma al proyecto, lo que me generaba mucha intriga, teniendo en cuenta el riesgo que corría incorporando una artista prácticamente anónima a su prestigiosa galería. Sin dudas era una apuesta diferente para un espacio que solía estar reservado para artistas consagrados. Jamás me preguntó si pensaba seguir produciendo o cualquier otra cuestión que no estuviese directamente relacionada con aquellas obras. La muestra, por otro lado, era polémica por demás. Hasta que un día le pregunté, ya en confianza, si se lo debía todo a Lucrecia. "Le debés mucho, sí, que esta puerta se te haya abierto, por ejemplo. Pero vamos a montar tu exhibición en esta galería porque no sucede tan a menudo que se de un cruce tan fuerte, tan genuino, entre el arte y la vida. Y no lo iba a desaprovechar", me contestó.

Una tarde, Ismael me esperó con láminas, libros y el proyector encendido sobre una de las paredes con el mingitorio de Marcel Duchamp. "Quiero que hablemos un poco de arte conceptual. Es lo que hiciste, de alguna manera, seguramente sin saberlo". Me subestimaba, por supuesto que sabía de qué se trataba aquel

movimiento. Pero al ver su entusiasmo y para no perderme el show de la exposición que había montado, le sonreí y me senté a escucharlo. "La obra artística ya no es interpretada como un objeto de contemplación fabricado por la mano de su creador, sino como un objeto de pura especulación intelectual", arrancó diciendo. Daba cátedra caminando de un lado a otro de la sala. El ruido de los taquitos de sus mocasines de charol marcaban su ritmo como castañuelas.

Su voz hacía eco y eso me encantaba. Poseído con el tema, hablaba más rápido que de costumbre. Nombró a John Cage y Yves Kleim, dijo que los medios más empleados en el arte conceptual son el texto, la fotografía, la performance y el video y que, en ocasiones, hasta se reduce a un conjunto de instrucciones indicando cómo crear una obra. Su clase comenzaba a aburrirme cuando llegó a un punto que me interesó: "el arte conceptual no es otra cosa que una reacción contra el formalismo".

—Es eso, Ismael —lo interrumpí y él giró sobre sus talones, con ese aire de bailarín que tenía, para apuntarme con sus ojitos de ratón, bajándose los anteojos a la nariz, cual institutriz enojada—. Las fotos, los videos, los textos, todo este proyecto es mi reacción ante algo.

—No se está entendiendo, querida —me apuró.

—La historia no es tan larga, tiene la edad de mi hija. Pero sí es dura y bastante oscura. ¿Querés oírla?

—Claro —y ahora fue él quien me prestó su atención…

Esa tarde, que luego se convirtió en noche y, después, en día, le conté todo a Ismael. Empecé el día que nació Allegra, cuando la rechacé. Casi sin ir al baño o tomar algo, llegué hasta el suicidio de Valeria. Relaté con lujo de detalles cada sesión de fotos, la historia de las madres que había elegido y por qué creía que decían algo de mí. No sé si le estaba hablando a él o lo hacía para mí, pero le confesé mis sentimientos más profundos acerca de Valeria. Cada tanto, él se paraba a buscar alguna foto para ponerle rostro a un nombre. Y hacía comentarios divertidos para alivianar la densidad de lo que estaba narrando o para incentivarme a seguir. Así fuimos justificando la elección de los textos, la importancia de la reproducción de Medea en la sala oscura de Valeria y mi necesidad de formar parte de la exhibición a través de la performance. Hasta que llegué al día en que lo conocí, cuando me dio la posibilidad en grande de culminar aquel ciclo y cerrar la grieta. Luego me callé. Ismael me miró reflexivo

durante algunos segundos, hasta que se me acercó y extendió sus manos hacia las mías para cerrar mis palmas, de cara al techo. “Guardá el alma, ya está limpia”, me dijo.

* * * * *

Juan volvió a casa en cuotas, lo que me hizo desearlo más. Primero solo y luego con Allegra. En aquel tiempo me sentí una mendiga del afecto de ambos, pero no me importaba rebajarme si eso era necesario para recuperarlos. En todos los ámbitos de mi vida había tenido que adoptar esa actitud, el mundo dudaba de mí mientras me empeñaba en convencerlos de que había una nueva Ignacia o una vuelta a la mejor versión de mi misma.

Mi marido fue, quizá, el primero en comprobarlo. Me esforcé para rescatar el espíritu de aquella mujer de la que él se había enamorado. Volví a estar disponible siempre, en cuerpo y alma. Afortunadamente, su amor por mí era estoico. No estaría tan segura del mío si el caso hubiera sido al revés. Pero Juan siempre demostró una especie de devoción por mí, que por momentos me resultaba digna del mayor respeto y hasta me daba mucha seguridad pero, por otros, me provocaba cierto fastidio, la sensación de que en ese terreno no había más que ganar. Aunque lo de Valeria lo había sacudido y eso me devolvió un nuevo Juan. Uno que me gustaba más, que protegía ante todo a su hija y que tenía suficiente amor propio como para cuidarse, él también, del peligro que emanaba de la locura de su mujer. No me quería perder a aquel tipo y una noche que estábamos en la cama, tras un acto desesperado de corroborar que al menos una parte de su amor hacia mi siguiese intacto, le propuse buscar otro hijo. No lo había pensado, o reflexionado al respecto, ni siquiera sentí que fuese un deseo inconsciente. Sin embargo se lo dije, en lugar de preguntarle si me amaba.

Primero se le nubló la mirada, se desató del abrazo en el que estábamos unidos y me dio la espalda por algunos minutos. Supuse que lo había sorprendido, entonces no interrumpí su reacción. Se paró y abandonó el cuarto, después oí sus pasos alejarse. Esperé expectante que volviese pero al cabo de un rato largo me dormí mirando el techo con la sensación de ser una miserable. De mierda.

Por quien más me esforcé fue por mi hija. El día que Valeria mató a su hijo sentí que perdía a la mía. Me pregunto por qué tuvo que morir alguien para que yo le diera valor a la vida. La psicoterapia y la medicación me ayudaron mucho. Pero encontrarme genuinamente con

ella, más. Empezamos a jugar juntas, muy de a poco, a compartir mayor cantidad y calidad de tiempo, a conocernos a través del diálogo y el afecto. Algunos días me rechazaba, incluso sostenía actitudes agresivas conmigo semanas enteras. Yo recaía y pensaba que sería imposible recuperar el vínculo. Pero luego, cualquier día, de repente, me miraba con devoción, sólo quería estar conmigo y Juan tenía que acceder a quedarse a

dormir en casa con ella.

Descubrí lo maravillosa que era Allegra, supe que era dueña de múltiples emociones, lo que la hacía rica. Comencé a sentir que el mundo estaba a sus pies y se lo decía todo el tiempo porque me gustaba oírme pronunciar esas palabras:

“Allegra, hija, tenés el mundo a tus pies”. Se reía o se me quedaba mirando con los ojos brillantes, sin entender el significado literal de la frase pero sí su mensaje amoroso. Y un día comprendí que el futuro ya no se trataba más de mí sino de ella, afortunadamente me había ubicado en el lugar que me correspondía desde su nacimiento.

Como si le hubiese corrido un velo que la tapaba desde su nacimiento, me impactaba la belleza de su rostro, sus rasgos tan finos, su piel blanca salpicada de algunas pecas en las mejillas, sus ojos redondos y amarillentos. Me di cuenta de cuánto se me parecía. Su cuerpo también era esbelto y su cabello del mismo castaño. Comencé a sacarle fotos y ella estaba muy disponible y contenta. Se convirtió en la protagonista de la mayoría de mis retratos.

Aunque fue tarde y sé que ese retraso trajo sus consecuencias y traería más, tomé las riendas de mi ser maternal. Me esmeré en ser amorosa con Allegra. Ella me fue devolviendo una imagen inédita de mi misma: la de ser, más allá de todo, una buena madre. Y, de pronto, dejé de soñar con la hormiga que trepaba hasta mi rodilla. No se si ese hecho tuvo algo que ver con mi reconciliación con la maternidad, pero sí puedo asegurar que ocurrió justo cuando comenzaba a sentirme más cómoda en aquel rol que otrora había desatado mi peor versión.

Los ecos de Valeria fueron cesando, de tal modo que llegó un día en el que me costó creer lo que había significado la irrupción de esa mujer en mi vida. Ya no me reconocía en aquel momento. Supe por Marta, quien cada tanto me visitaba a la salida de su trabajo cuidando a Luca, que Pablo, además de luchar por recomponerse junto a un acompañante terapéutico intentaba sanar a su hijo tras recuperar la tenencia, que en un primer momento le habían negado por

considerarlo cómplice de su mujer. Ya no viajaba tanto, y si lo hacía se lo llevaba al nene y a Marta. Así, ella había conocido ciudades que ni siquiera sabía que existían. La señora con cuerpo de nena y voz de fumadora me confesó que su patrón le dijo que se debía una charla conmigo, pero que le daba vergüenza verme porque sentía que a mi también me había fallado. Del mismo modo, yo creía que nos debíamos una conversación, pero nunca tuve el valor suficiente para enfrentarlo. Así, Valeria y todo lo que implicaba su nombre y el calvario

que había destapado en mi, se fue convirtiendo en un recuerdo, quizá el peor que tendré.

Como Allegra había empezado el jardín en un colegio, la relación con Ana se fue perdiendo porque era natural que así fuese. Nos cruzábamos en las calles del barrio, en los juegos de los chicos o en la proveeduría. Nos saludábamos con cierto afecto y prometíamos juntarnos, pero nunca lo hacíamos. La última vez que la vi, le conté de la muestra y se puso muy nerviosa, le dio vergüenza, aunque intentó mostrarse contenta. Supongo que se animó a que la retratase porque creía que aquel proyecto no saldría a la luz. Sentí alivio porque no viniese a la muestra.

De María no tuve más noticias luego de su partida a París junto a su pareja. Me había dejado su dirección para que la visitase durante mi viaje. Se lo prometí y lo cumpliría con genuino placer. Esa mujer me inspiraba todas cosas buenas, y por nada me perdería su foto en el escenario que la hacía florecer.

* * * * *

El día que se inauguró mi muestra, la galería PIC estaba atestada de gente.

Ismael trabajaba con una prestigiosa agencia de prensa que hacía de todos sus vernissages, concurridos eventos sociales. No importaba cuál fuese la exhibición, si se trataba de un artista con trayectoria o no, de hecho la gran asistencia de aquella noche lo demostraba. La mayoría no venía a ver mi obra, se trataba de socialtés cuyo único interés era figurar en las fotos. Luego estaban los intelectuales del arte, críticos y curadores, que venían a ver el trabajo de Ismael.

Había coleccionistas, otros artistas de la galería, directores de museos, y demás integrantes de la crema del mundo del arte porteño. Algunos se me acercaban, siguiendo la dirección de algún dedo que me

descubría, y me felicitaban. Yo no sabía muy bien qué hacer, dónde quedarme parada, cómo posar en las fotos, qué comentarios hacer… Pero lo cierto era que no estaba tan incómoda como había imaginado que iba a estarlo en aquel debut, quizá gracias a la protección que me confería el anonimato.

En la gacetilla de prensa, que Ismael me había hecho leer para obtener mi visto bueno, no había referencias al crimen del country, tal como yo se lo había

pedido. Lo último que quería era convocar a la prensa amarilla a mi muestra, ni mucho menos sacar provecho del triste episodio. Afortunadamente, a la inauguración sólo se habían presentado representantes de los medios especializados. O al menos eso creía yo hasta que se me acercó, grabador en mano, un joven de unos veintipico, en busca de las últimas vibraciones del caso del crimen del country.

—Hola, disculpe, soy periodista, mi nombre es Rodrigo Funes. Cubrí el caso del crimen de Valeria Gutiérrez —me dijo el chico al tiempo que me estrechaba la mano. Sabía perfectamente quién era. Varias veces había intentando comunicarse conmigo sin éxito. Era un buen cronista y hacía bien su trabajo, pero yo había decidido no hacer declaraciones.

—Hola, sí te conozco. Me imagino lo que venís a buscar, pero te pido por favor que desistas de escribir en el diario sobre mi muestra. Prefiero que quede en manos de las revistas de arte, que no pase de ahí.

—Pero acabo de ver las fotos del crimen empapelando una sala entera, iluminadas por la película de Medea. No me podés pedir que no escriba al respecto.

—Sí, puedo y te lo estoy pidiendo. Tampoco haré comentarios como la vecina de Valeria, hoy, aquí, soy una artista que presenta una muestra. Sos bienvenido para verla y llevarte la gacetilla de prensa, adentro no se pueden sacar fotos, tenés un cd con algunas en alta resolución para publicar, ninguna del crimen. Si sale alguna de esas, tu diario va a tener algunos problemas legales que, seguramente, no te gustaría protagonizar.

—Entiendo, pero tengo orden de mi editor de escribir algo.

—También te entiendo, sólo me queda apelar a la solidaridad que caracteriza a nuestra profesión. Si no cubren la muestra los grandes

medios, los más chicos tampoco van a levantar la noticia.

—Voy a ver qué puedo hacer, pero en tal caso tengo que pedirte algo a cambio.

—¿Qué?

—Me interesa la historia para escribir un libro. ¿Puedo contar con vos, como fuente? —me dijo al tiempo que guardaba el grabador en la mochila.

—Sí —le contesté sin dudarlo aunque sorprendida por la rapidez de su oferta con gusto a extorsión—. Eso sí, cuando termine la muestra.

—Trato hecho. —Me saludó con un beso en la mejilla y desapareció entre la gente. Recién entonces recuperé cierta tranquilidad.

La única retratada que se había hecho presente en la inauguración fue mi madre.

Orgullosa, saludaba a la gente cual anfitriona, mientras cuidaba a Allegra, que corría sorteando mozos e invitados. Ismael me presentó decenas de personas que nunca recordaré y en cada encuentro proponía un brindis. Tomé mucho champagne, me sentía aturdida. Necesitaba desaparecer por un rato. Entonces le pedí a la secretaria de Ismael, y después a él, que no me señalasen por un tiempo, que me diesen, al menos por un rato, la posibilidad de ser invisible a los ojos del público. Todavía gozaba de la impunidad del incógnito, y quería aprovechar para caminar la muestra sola, oír los comentarios, observar las reacciones.

Vi a una mujer muy elegante, de unos cincuenta años, quien estuvo largo rato parada frente a las fotos de Lucrecia. Disimuladamente, me le puse de costado para ver su rostro, no la conocía. Y noté que su mirada estaba perdida, más allá de la obra, vaya a saber uno en qué pensamientos. Cuando pasé por la zona donde habíamos colgado las obras de Ana, oí a un grupo de jóvenes reírse de su cicatriz, decían que parecía una carita triste. Lo era. Un hombre de mediana edad, muy buen mozo y bien vestido, sacaba fotos con su celular de la instalación de los objetos de María y luego filmaba, temeroso de que el guardia lo notase. Pero éste estaba muy ocupado mirando a una famosa actriz que había visitado la muestra. En el pasillo luminoso que dediqué a mi madre había mucha gente, casi no se podía pasar. Todos gustaban de verse reflejados en los espejos, con la luz de neón y se sacaban autorretratos con los celulares. Una mujer de aproximadamente mi edad me abrazó y me felicitó, sostenía de la

mano a una nena negra.

Para entrar en la sala oscura de Valeria tuve que juntar fuerzas. Allí dentro, un hombre estaba parado en el centro, de espalda a la entrada. Tenía una campera de cuero negro arratonado que ya conocía y que jamás olvidaría. En la cabeza, una gorra oscura que noté gracias a la luz de la escena de Medea que allí se proyectaba, donde la protagonista se aferraba a la orilla mientras el mar intentaba llevársela. Me le paré a lado, aunque me temblaba el cuerpo. El notó mi presencia y giró la cabeza para mirarme, pero al instante la regresó a la obra,

a las fotos que inmortalizaban la siniestra escena. No nos hablamos, apenas permanecimos mirando la película dos, tres minutos, hasta que Medea emergió del agua, bruscamente, para respirar. Él se dio vuelta y comenzó a irse, pero al cabo de unos pasos volvió sobre sí mismo. Sentí miedo. Pero pareció haberse arrepentido y, finalmente, se marchó. Tras su partida entró Ismael, era tiempo de hacer la primera performance para la prensa.

Me senté una silla y, con sólo una mesa de por medio, escuché las palabras de, al menos, unas diez madres. Una lloró durante cinco minutos, otra me insultó y algunas me relataron anécdotas, pero la mayoría me habló de sus hijos. No de ellas, de sus sueños o frustraciones, de sus hijos. Yo no hablé, simplemente las miraba, al tiempo que el resto del público nos observaba, en absoluto silencio. Al final hubo aplausos. Pero no sentí que fuesen para mí.

Con Juan habíamos decidido posponer el viaje a Europa hasta que las cosas mejorasen. Y, a pesar de que temía que ese día no llegase jamás, llegó. La mañana que llamamos un taxi para que nos llevase al aeropuerto subimos Juan, Allegra, yo y alguien más. Aún no sabía quién era. Ni siquiera si se trataba de un hombre o de una mujer. Apenas me enteraba de su incipiente existencia en mi vientre.

El camino que nos condujo a la puerta de Altos del Oeste era el de siempre, aunque se me antojó de un modo diferente. Las casas seguían siendo todas iguales, pero esa condición ya no les quitaba identidad a sus dueños. Los adolescentes aburridos y su eterno deambular ahora no me parecían oscuros o peligrosos, más bien creía que aportaban frescura al paisaje con su innovadora forma de vestir, sus estruendosas risas y aquellos besos apasionados que se daban descaradamente en cualquier lado. Ellos también estaban buscando un modo de ser en este mundo que tantas veces les era hostil. Las mujeres seguían corriendo con sus entrenadores personales, paseando carritos, lavando

platos, trabajando, jugando con sus hijos, haciendo jardinería o tomando sol. Cada una era una historia en sí misma, puertas adentro. Los niños en los juegos eran custodiados por sus niñeras y algún que otro padre aficionado a la nueva división de roles… Hasta que atravesamos la puerta del barrio y salimos de aquel micromundo, apacible sólo a simple vista, en el que se estaba tan expuesto al peligro como en su versión macro. Porque allí tal vez no entraban la pobreza ni la delincuencia, pero sí había lugar para la locura y la muerte.

La sensación de la nueva vida que llevaba dentro me hacía sentir poderosa. Sabía que era sólo el comienzo de la montaña rusa que se me avecinaba, pero lo abrazaba con ansias renovadas y un bagaje de experiencias que no me quitaban la incertidumbre, pero que me daba cierta paz. Acaricié mi panza mientras aspiraba el aire que entraba por la ventanilla y caí en la trampa de la mirada de Juan, que me sonrió con sus ojos acuosos. Movió su cabeza afirmativamente, nos dimos la mano y emprendimos el viaje.

Agradecimientos

A Claudio, Chloé y Rita, por quienes soy mamá.

A mi padre, que es sin dudas la persona que más cree en mí.

A Lela, porque su fuerza ha alentado siempre la mía.

A mis hermanos, Manuela y Alejo, que también están en esta historia.

A las amigas que leyeron y escucharon mi voz: Agos, Tati, Nacha, Sole, Mar, Mari.

A Sol Levinas, porque su hermosa mirada encontró la mía verdadera.

A Luis y Mariana Cantero, quienes me dieron una gran mano presentándome a Marcos Mayer, sin quien el cómo de esta historia sería otro.

A Silvina Ciocale que me regaló un gran personaje.

Y a quienes, con sus historias, sin darse cuenta me inspiraron.

Document Outline

- Cover Page
- Cubierta
- Portada
- Créditos
- Sobre este libro
- Sobre Agustina Fernandez
- Dedicatoria
- Epígrafe
- Nota de la autora
- Retrato de una mala madre
- Agradecimientos